



I CARTA A LOS CORINTIOS

CAPÍTULO I

PROLOGO (1,1 – 9)

SALUTACIÓN APOSTÓLICA. *1 “Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y Sóstenes, el hermano”*, El Apóstol escribió esta epístola durante su tercer viaje apostólico, en Efeso, a principios del año 57. Entre los cristianos de Corinto se habían producido disensiones y partidos que se combatían mutuamente: uno de Apolo, otros de Pedro y de Pablo, y hasta una que se proclamaba partido de Cristo. Además, cundían entre ellos grandes abusos y escándalos, procesos y pleitos, desórdenes en los ágapes. ciertas libertades de las mujeres en la iglesia, y otras cuestiones que llamaban la atención de San Pablo. Ningún otro documento apostólico pinta tan clásicamente las dificultades de la Iglesia en medio de un mundo pagano. Sóstenes, el hermano: así se llamaban entre ellos los discípulos de Cristo.

2 “a la Iglesia de Dios en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, santos por vocación, juntamente con todos los que, en cualquier lugar, invocan el nombre de Jesucristo Señor nuestro, de ellos y de nosotros”: Santificados: “En virtud de esta voluntad hemos sido santificados una vez para siempre por la oblación del cuerpo de Jesucristo” (Hebreos 10, 10). Santos por vocación de Dios a todos los creyentes: “Porque Él, a los que preconoció, los predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo, para que Éste sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a esos que predestinó, también los llamó; y a esos que llamó, también los justificó; y a esos que justificó, también los glorificó” (Romanos 8, 29-30); “porque no nos ha llamado Dios a vivir para impureza, sino en santidad” (I Tesalonicenses 4, 7), es decir, que la santidad es para todos los hijos de Dios (Cf. 1 Cor. 1, 2 y nota), y esto porque Él nos ha dado también su santo Espíritu, como no dice en Romanos 5, 5: “por cuanto en todo habéis sido enriquecidos en Él, en toda palabra y en todo conocimiento”, tal y como lo expresa San Ambrosio: “Dios ha bajado, y el hombre ha subido; el Verbo (la Palabra) se hizo carne para levantar al hombre y llevarlo a la diestra de Dios”. En la Palabra de Dios y el conocimiento sobrenatural que ella nos trae, ve San Pablo esas riquezas que nos fueron ganadas por la obra redentora de Cristo, como igualmente nos dice Él mismo en San Juan 17,3: “Y la vida eterna es: que te conozcan a Ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo Enviado tuyo”, el conocimiento del Padre y del Hijo -obra del Espíritu de ambos “que habló por los profetas”- se vuelve vida divina en el alma de los creyentes, los cuales son “partícipes de la naturaleza divina, huyendo de la corrupción del mundo que vive en concupiscencias.” (II Pedro 1, 4), misterio en que consiste

el destino inefablemente dichoso del hombre, que se realiza por medio del Espíritu Santo, por la cual merced a la Redención de Cristo somos hechos verdaderamente hijos de Dios como Él lo es aún en su Humanidad santísima. Por eso afirma Santo Tomás que la gracia nos diviniza. Y San Maximino que se nos da la divinidad cuando la gracia penetra nuestra naturaleza de su luz celestial y cuando, por la gloria, esa gracia nos eleva más allá de ella misma. Sobre la corrupción del mundo, San Bernardo nos afirma que Dios permite que la concupiscencia viva todavía en nosotros y nos aflija profundamente para humillarnos a fin de que, conociendo lo que la gracia nos proporciona, nos hallemos inclinados a perdersela sin cesar, para que veamos terminantemente destruida nuestra abominable suficiencia. El mismo Apóstol, por la forma de hablar, nos muestra su asombro ante la maravilla que nos está revelando. Porque según esto la santidad es un ofrecimiento de Dios que nos invita a ser santos como Él es santo, “*conformes al que os llamó, que es Santo, sed también vosotros santos en toda conducta*” (I Pedro 1,5), y en Lucas 6,36 se remacha: “*Sed misericordiosos como es misericordioso vuestro Padre*”, otro paralelismo de gran importancia para el conocimiento de Dios, señalaremos entre este texto y el correspondiente de Mat. 5, 48: “*Sed, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.*”. Aquí se nos manda ser perfectos y se nos da como modelo la perfección del mismo Padre celestial, lo cual parecería desconcertante para nuestra miseria y allí vemos que esa perfección de Dios consiste en la misericordia, y que Él mismo se digna ofrecérsenos como ejemplo, empezando por practicar antes con nosotros mucho más de lo que nos manda hacer con el prójimo, puesto que ha llegado a darnos su Hijo único, y su propio Espíritu, el cual nos presta la fuerza necesaria para corresponder a su amor e imitar con los demás hombres esas maravillas de misericordia que Él ha hecho con nosotros. Si aceptamos, si deseamos ser santos con sinceridad, Él mismo nos da entonces, como hemos visto, su propio Espíritu, que es el Espíritu de santidad.

3 “gracia a vosotros y paz, de parte de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesucristo. 4 Doy gracias sin cesar a mi Dios por vosotros, a causa de la gracia de Dios que os ha sido dada en Cristo Jesús; 5 por cuanto en todo habéis sido enriquecidos en Él, en toda palabra y en todo conocimiento, 6 en la medida en que el testimonio de Cristo ha sido confirmado en vosotros. 7 Por tanto no quedáis inferiores en ningún carisma, en tanto que aguardáis la revelación de Nuestro Señor Jesucristo; Como dice Lucas 17,30 “*Conforme a estas cosas será en el día en que el Hijo del hombre sea revelado*”, “*revelación de Cristo*” (Apoc. 1. 1) ¿por ser recibida de Cristo o porque tiene a Cristo por objeto? Para resolver esta cuestión hay que observar que el término Revelación, en griego Apocalipsis, en el lenguaje del Nuevo Testamento se aplica generalmente a la manifestación de Jesucristo en la Parusía o segunda venida. Hemos de admitir ambos sentidos: Jesucristo da

esta revelación, y Jesucristo es el objeto de la misma. La acepción de tener a Cristo por objeto corresponde más al sentido escatológico y a la idea del inminente juicio de Dios, que prevalece a través del libro del apocalipsis.

8 “el cual os hará firmes hasta el fin e irreprehensibles en el día de Nuestro Señor Jesucristo. 9 Fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a la comunión de su Hijo Jesucristo Nuestro Señor”.

I. REFORMAS DE LOS ABUSOS (1,10 – 6,20)

PERSONALISMOS. **10 “Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya escisiones entre vosotros, sino que viváis perfectamente unidos en un mismo pensar y en un mismo sentir. 11 Porque me he enterado respecto de vosotros, hermanos míos, por los de Cloe, que entre vosotros hay banderías. 12 Hablo así porque cada uno de vosotros dice: “Yo soy de Pablo”, “yo de Apolo”, “yo de Cefas”, “yo de Cristo”.** Esta es una fórmula eterna que nos enseña a no seguir a las personas sino en cuanto son fieles siervos del único Maestro Jesucristo. ¡Con Él sí que debemos ser “personalistas”!, y “regocijarnos de haber creído en Dios” (Hechos 16, 34), no olvidemos esta fórmula, para poder regocijarnos. ¿Quién se arrepintió jamás de haberle creído? En cambio. ¿no es cierto que cada día tenemos que dolernos de haber creído al hombre, y sin embargo seguimos creyéndole? Lección fundamental de doctrina y de vida es la que nos da San Juan en 2, 24 “*pero Jesús no se fiaba de ellos, porque a todos los conocía*”. Cuando aún no estamos familiarizados con el lenguaje del divino Maestro y de la Biblia en general, sorprende hallar constantemente cierto pesimismo, que parece excesivo, sobre la maldad del hombre. Porque pensamos que han de ser muy raras las personas que obran por amor al mal. Nuestra sorpresa viene de ignorar el inmenso alcance que tiene el primero de los dogmas bíblicos: el pecado original. La Iglesia lo ha definido en términos clarísimos (Denzinger. 174-200). Nuestra formación, con mezcla de humanismo orgulloso y de sentimentalismo materialista, nos lleva a confundir el orden natural con el sobrenatural, y a pensar que es caritativo creer en la bondad del hombre, siendo así que en tal creencia consiste la herejía pelagiana, que es la misma de Jean Jacques Rousseau, origen de tantos males contemporáneos. No es que el hombre se levante cada día pensando en hacer el mal por puro gusto. Es que el hombre, no sólo está naturalmente entregado a su propia inclinación depravada (que no se borró con el Bautismo), sino que está rodeado por el mundo enemigo del Evangelio, y expuesto además a la influencia del Maligno, que lo engaña y le mueve al mal con apariencia de bien. Es el “misterio de la iniquidad”, que San Pablo explica en II Tesalonicenses 2, 6, y que culminará en el Anticristo y su triunfo sobre todos los que crean a la mentira, por no haber aceptado el “misterio de la sabiduría,

ya está operando desde el principio, en forma subrepticia de cizaña mezclada con el trigo y de peces malos entre la red, a causa del dominio adquirido por Satanás sobre Adán, y mantenido sobre todos sus descendientes que no aprovechan plenamente la redención de Cristo. Es, no sólo el gran misterio de la existencia del pecado y del mal en el mundo, no obstante, la omnipotente bondad de Dios, sino principalmente, y en singular, ese misterio de la apostasía, que llevará al triunfo del Anticristo sobre los santos, a la falta de fe en la tierra; y, en una palabra, a la aparente victoria del diablo aparente derrota del Redentor hasta que Él venga a triunfar gloriosamente en los misterios más adelante señalados para el fin. Las armas del Anticristo son falsas ideologías y doctrinas que Satanás, “el príncipe de este mundo”, va introduciendo desde ahora bajo etiquetas de cultura, progreso y aun de virtudes humanas que matan la fe, y gracias a los medios que la técnica moderna le da para monopolizar la opinión pública. Hay quien ve el misterio de iniquidad en el “conformismo”, o lea en la acomodación de los cristianos al mundo, en la infiltración del mundo en las filas de los discípulos de Cristo. De ahí que todos necesitemos nacer de nuevo y renovarnos constantemente en el espíritu por el contacto con la divina Persona del único Salvador, Jesús, mediante el don que Él nos hace de su Palabra y de su Cuerpo y su Sangre redentora. De ahí la necesidad constante de vigilar y orar para no entrar en tentación, pues apenas entrados, somos vencidos. Jesús nos da así una lección de inmenso valor para el saludable conocimiento y desconfianza de nosotros mismos y de los demás, y muestra los abismos de la humana ceguera e iniquidad, que son enigmas impenetrables para pensadores y sociólogos de nuestros días y que en el Evangelio están explicados con claridad transparente. Al que ha entendido esto, la humildad se le hace luminosa, deseable y fácil.

13 “¿Acaso Cristo está dividido? ¿Fue Pablo crucificado por vosotros, o fuisteis bautizados en el nombre de Pablo? 14 Gracias doy a Dios de que a ninguno de vosotros he bautizado fuera de Crispo y Cayo; 15 para que nadie diga que fuisteis bautizados en mi nombre. 16Bauticé también, verdad es, a la familia de Estéfanos; por lo demás, no me acuerdo de haber bautizado a otro alguno”.

LA LOCURA DEL EVANGELIO. 17 “Porque no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el Evangelio, y eso no mediante sabiduría de palabras, para que no se inutilice la Cruz de Cristo”. Para que no se inutilice la Cruz: para que no se atribuyese las conversiones al poder de la elocuencia, sino a la virtud de la cruz de Jesucristo. De lo contrario, Cristo habría muerto en vano, como el mismo Pablo dijo a San Pedro en Gálatas 2, 2: “No inutilizo la gracia de Dios. Porque si por la Ley se alcanza la justicia, entonces Cristo murió en vano”. No inutilizo la gracia de Dios: ¡Expresión de profunda elocuencia! No seré tan insensato como para desperdiciar semejante don de

Dios. No soy tan opulento como para despreciar la salvación que el Hijo de Dios me ofrece a costa de toda su Sangre, *“que se entregó a sí mismo en rescate por todos, según fué atestiguado en su mismo tiempo”* (I Timoteo 2, 6). Si el Padre quiere aplicarme gratis los méritos de su Hijo, que son infinitos, ¿acaso habría de decirle yo que no se incomode, y que prefiero tratar de ser bueno por mi propio esfuerzo? Tal soberbia, disfrazada de virtud, sería tanto más abominable cuanto que por sí mismo nadie es capaz de ser bueno, aunque quiera, y las grandes promesas heroicas acaban siempre si Dios no nos ayuda... recordar las tres grandes negaciones de Pedro. Esta es no solamente la espiritualidad de San Pablo y la doctrina que él enseña deducida del Evangelio, sino que es también la espiritualidad de toda la Escritura. David la expresa a cada paso, y Job, además de ser consciente de que nadie puede aparecer justo ante Dios (Job 7, 21), añade que, aun cuando tuviese algo que alegar en su defensa, preferiría implorar la clemencia de su juez, porque *“¿quién soy yo para poder contestarle y hablar con Él?”* El que no piensa así, no ha entendido el misterio de la Redención y no puede decir que tiene fe en Jesucristo, el cual no vino a buscar a los que ya son justos, sino a los que necesitamos a Él para poder ser buenos, como nos explica San Pablo: *“Si, pues, la perfección se hubiera dado por medio del sacerdocio levítico, ya que bajo él recibió el pueblo la Ley ¿qué necesidad aún de que se levantase otro sacerdote según el orden de Melquisedec y que no se denominase según el orden de Aarón?”* (Hebreos 7, 11).

Añadiendo, con enorme elocuencia, que él no quería desperdiciar la gracia de Dios. Los corintios, como buenos paganos, desconocían esa divergencia entre la doctrina cristiana y la sabiduría humana: que el cristianismo no es filosofía ni ciencia, sino virtud de Dios, como bien explica el Apóstol en Col. 2, 8: *“Mirad, pues, no haya alguno que os captive por medio de la filosofía y de vana falacia, fundadas en la tradición de los hombres sobre los elementos del mundo, y no sobre Cristo”*. Fundadas en la tradición de los hombres: Es ésta una de las frases más expresivas de San Pablo. Pone el dedo en la llaga sobre la prudencia de los hombres, y el espíritu meramente humano, como predicador de una doctrina que no sólo es toda sobrenatural y divina, recibida por él de Cristo y *“no de los hombres”*, *“ni según los hombres”*, *“ni para agradar a los hombres”* (Gálatas 1, 1-12), sino que, como tal, es contraria a toda sabiduría humana, y tan despreciada y perseguida por los carnales cuanto por los intelectualistas, y por los que se jactan de sus “virtudes” (Lucas 10, 21). Todo esto forma lo que Cristo llama “el mundo”, que es necesariamente su enemigo (Juan 7; 7). Por el solo hecho de no estar con Él, está contra Él. (Lucas 11, 23), y no pudiendo recibir la verdadera sabiduría del Espíritu Santo, porque *“no lo ve ni lo conoce”* (Juan 14, 17), considera *“altamente estimable lo que para Dios es despreciable”* (Lucas 16, 15), y se constituye, a veces so capa de piedad y buen sentido, en el más fuerte opositor de las “paradojas” evangélicas, porque le escandalizan. El gran Apóstol que fué burlado en la

mayor academia clásica del mundo: “*Cuando oyeron lo de la resurrección de los muertos, unos se burlaban, y otros decían: “Sobre esto te oiremos otra vez.”*” (Hechos 17, 32), he aquí pintado magistralmente el espíritu del mundo. Los sabios de la Grecia admiraron el genio del Apóstol, mientras su discurso se mantuvo en el terreno de la especulación. Pero, en cuanto llegó a su verdadera razón de ser, esto es, a la verdad divinamente revelada, lo despidieron con amables palabras, dejando eso “para otro día”, que nunca había de llegar nos previene aquí contra el más peligroso de todos los virus porque es el más “honorable”. A propósito de lo anterior, al terminar la segunda guerra mundial, se anunció que el campo de la cultura, para orientar a la humanidad, se disputará entre dos tendencias: la humanista, por una parte, y por otra la pragmatista, utilitarista y positivista. San Pablo, que otras veces nos previene contra esta última y contra aquellos “cuyo dios es el vientre” (Filipenses 3, 19), señalándonos la inanidad de esta vida efímera, nos previene aquí también contra la primera, recordándonos que “*todo el que se cree algo se engaña, porque es la nada*” (Gálatas 6, 3), y que “*uno solo es nuestro Maestro: Jesús de Nazaret*” (Mateo 23, 8), el cual fué acusado precisamente porque “cambiaba las tradiciones” (Hechos 6, 4). “Si Babel trata de alzar más y más su torre, decía un Santo, cavemos nosotros más profundo aún nuestro pozo, hasta la nada total, hasta el infinito no ser, para compensar en cuanto se pueda el desequilibrio.”

¿No nos esforzamos, quizás, demasiado por demostrar la fe, en vez de mostrar la fuerza de la Palabra de Dios? Ella, dice Benedicto XV, “no necesita de afeites o de acomodación humana para mover y sacudir los ánimos, porque las mismas Sagradas Páginas, redactadas bajo la inspiración divina, tienen de suyo abundante sentido genuino; enriquecidas por divina virtud, tienen fuerza propia; adornadas con soberana hermosura, brillan por sí solas” (Encíclica “*Spiritus Paraclitus*”).

18 “La doctrina de la Cruz es, en efecto, locura para los que perecen; pero para nosotros los que somos salvados, es fuerza de Dios. 19 Porque escrito está: “Destruiré la sabiduría de los sabios, y anularé la prudencia de los prudentes.” 14. La obra asombrosa de Dios consiste en abandonarlos a su vana sabiduría y a su prudencia falaz. De ahí que caigan automáticamente en la obcecación espiritual que convierte la luz en tinieblas y la tiniebla en luz. “*Es ciego*, dice San Gregorio Magno, *aquel que quiere prescindir de la luz de las contemplaciones celestiales; aquel que, sumergido en las tinieblas de la vida presente, y no mirando jamás con amor la verdadera luz, ignora de qué lado encamina sus obras*”. “Por el pecado del primer hombre, de tal manera se declinó y se deterioró el libre albedrío, que nadie desde entonces puede rectamente amar a Dios o creerle, u obrar por amor a Dios lo que es bueno, sino aquel que haya sido socorrido previamente por la gracia de la divina misericordia” (Denzinger 199).

20 ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el escriba? ¿Dónde el disputador de este siglo? ¿No ha trocado Dios en necedad la sabiduría del mundo? 21 Pues en vista de que según la sabiduría de Dios el mundo por su sabiduría no conoció a Dios, plugo a Dios salvar a los que creyesen mediante la necedad de la predicación. 22 Así, pues, los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría; 23 en tanto que nosotros predicamos un Cristo crucificado: para los judíos, escándalo; para los gentiles, insensatez; 24 más para los que son llamados, sean judíos o griegos, un Cristo que es poder de Dios y sabiduría de Dios. 25 Porque la “insensatez” de Dios es más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres”. Esta sabiduría la encontramos, como observa San Jerónimo, en primer lugar, en la meditación y ciencia de las Sagradas Escrituras, que en medio de las tribulaciones y torbellinos del mundo conservan el equilibrio de nuestra alma. San Pablo la llama “nuestra consolación” (Romanos 15, 4). En ellas nos habla el mismo Dios, cuya Palabra es el fundamento inquebrantable de nuestra esperanza porque está llena de promesas. Promesas o profecías que no debemos menospreciar (I Tes. 5, 20). Hoy solemos interesarnos poco por las profecías, a las cuales la Sagrada Escritura dedica, sin embargo, gran parte de sus páginas. “Pues Yahvé, el Señor, no hará nada sin revelar su secreto a sus siervos los profetas” (Amós 3, 7), Dios trata a los profetas como amigos suyos. Los llama siervos, es decir, fieles ejecutores de lo que oyen, aunque los hombres no les den crédito. Y aquí vemos que, por amor nuestro, el Señor revela sus secretos planes a los profetas, para que puedan comunicárnoslos a fin de que no nos sorprendan. Hay que tener en cuenta que Doctrina y profecía tienen la misma íntima relación que conocimiento y deseo. Lo primero es doctrina, o sea conocimiento y fe; lo segundo es profecía, o sea esperanza y deseo vehementísimo, ambicioso anhelo de unión que quisiera estar soñando en ello a toda hora, y que, con sólo pensar en la felicidad esperada, nos anticipa ese gozo tanto más eficazmente cuanto mayor sea el amor. ¿Cómo podría entonces concebirse que hubiera caridad verdadera en un alma despreocupada e indiferente a las profecías?

DIVINA PARADOJA. 26 “Mirad, por ejemplo, hermanos, la vocación vuestra: no hay (entre vosotros) muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles, 27 sino que Dios ha escogido lo insensato del mundo para confundir a los sabios; y lo débil del mundo ha elegido Dios para confundir a los fuertes; 28 y lo vil del mundo y lo despreciado ha escogido Dios, y aun lo que no es, para destruir lo que es; 29 a fin de que delante de Dios no se glorie ninguna carne”, Carne llama el Apóstol a todo hombre en sí misma, para recordarnos, con saludable humillación, no sólo nuestro carácter de creaturas, sino también de seres caídos que de nada podrían gloriarse.

30 “Por Él sois (lo que sois) en Cristo Jesús. Él fué hecho por Dios sabiduría, justicia, santificación y redención para nosotros, 31 a fin de que, según está escrito, “el que se gloria, gloriése en el Señor”. No es, pues, nuestra sabiduría la fuente de nuestra justificación, como tampoco nuestra bondad nos merece la santificación. “Es el amor de Dios el que derrama y crea la bondad en todas las cosas” (Santo Tomás). Monseñor Kepler, antiguo obispo de Rottenburgo que unía a su celo de pastor la banda espiritualidad bíblica del exegeta y la vocación apostólica del predicador del Evangelio, nos formuló un día esta verdad profundísima, que penetró para siempre en el espíritu de más de uno de sus discípulos: “En buena cuenta, el hombre quisiera que Dios lo admirase y premiase como reconocimiento de sus méritos. Y resulta al revés. que Dios lo ama a causa de su miseria, y tanto más cuanto más miseria tiene, como hace un padre con el hijo enfermo. El que sienta mortificada su “dignidad” en aceptar, como hombre insignificante, un amor gratuito de misericordia, no podrá entender la pequeñez (que es la verdadera humildad), ni la gracia de la Redención. ¡Y ay de él sí, excluyéndose de la misericordia, cree poder contar con merecer un premio según la justicia!”

31 “a fin de que, según está escrito, “el que se gloria, gloriése en el Señor”. No dice que no nos gloriemos, sino que nos gloriemos en Dios. Con ello hacemos acto de verdadera infancia espiritual, que es el mejor modo para olvidarse a sí mismo, como lo hace el niño que camina ufanamente apoyado en el fuerte brazo de su padre. Notemos que Dios no nos prohíbe gloriarnos en absoluto. La admiración del propio ideal es una necesidad del espíritu humano, y Jeremías en 9,23, nos enseña que “*Yahvé nos dice: No se gloríe el sabio de su sabiduría, no se gloríe el poderoso de su poder, no se gloríe el rico de sus riquezas*”, mostrándonos que aquí hay un objeto legítimo en qué fundar nuestra gloria, y es el conocimiento del corazón de Dios, como dueño de la misericordia y fuente de nuestra justificación. San Pablo nos ofrece igualmente un objeto de gloria en la Cruz redentora de Cristo (Gálatas2, 20).

CAPÍTULO II

SAN PABLO NO PREDICA SINO A CRISTO, Y ÉSTE CRUCIFICADO. 1 “Yo, hermanos, cuando fuí a vosotros, no llegué anunciándoos el testimonio de Dios con superioridad de palabra o de sabiduría”, Tal es también lo que Jesús nos enseña al decir “*Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has mantenido estas cosas escondidas a los sabios y a los prudentes, y las has revelado a los pequeños. Si, Padre, porque así te plugo a Ti*” (Lucas 10, 21). He aquí el gran misterio de la infancia espiritual, que difícilmente aceptamos, porque repugna, como incomprensible al orgullo de nuestra

inteligencia. Por eso San Pablo dice que la doctrina del Evangelio es escándalo y locura.

2 “porque me propuse no saber entre vosotros otra cosa sino a Jesucristo, y Éste crucificado. 3 Y, efectivamente, llegué a vosotros con debilidad, con temor, y con mucho temblor”. Pablo no era persona de prestancia. Al contrario, su pequeña estatura y su falta de postura académica le quitaban todo prestigio externo como orador, de manera que se apoyaba únicamente en la virtud de la Palabra de Dios, y no en recursos humanos. Nada prueba mejor que su propio ejemplo la verdad aparentemente paradójica que aquí nos enseña: pues no ha habido desde él, en casi veinte siglos, palabra que arrastre tanto como la de este tímido.

4 “Y mi lenguaje y mi predicación no consistieron en discursos persuasivos de sabiduría (humana), sino en manifestación de Espíritu y de poder; es para que vuestra fe no se funde en sabiduría de hombres, sino en una fuerza divina”. “Discursos persuasivos”: Pio IX exhorta a los predicadores a no ejercer el ministerio evangélico en forma elegante de humana sabiduría, ni con el aparato y encanto profanos de vana y ambiciosa elocuencia, sino en la manifestación del espíritu y la virtud de Dios con fervor religioso, para que, exponiendo la palabra de la verdad, y no predicándose a sí mismo, sino a Cristo crucificado, anuncien con claridad y abiertamente los dogmas de nuestra santísima religión (Encíclica “Qui pluribus”).

LA VERDADERA SABIDURÍA ES SOBRENATURAL. **6 “Predicamos, sí, sabiduría entre los perfectos; pero no sabiduría de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, los cuales caducan, 7 sino que predicamos sabiduría de Dios en misterio, aquella que estaba escondida y que predestinó Dios antes de los siglos para gloria nuestra”;** “la que estaba escondida”: aquellas cosas “que desde todos los siglos habían estado en el secreto de Dios creador de todas las cosas” (Efesios 3, 9); especialmente el misterio de la Redención y de la gracia, que comprende el misterio de la Iglesia.

8 “aquella que ninguno de los príncipes de este siglo ha conocido, pues si la hubiesen conocido no habrían crucificado al Señor de la gloria”. Satanás nunca habría inspirado la traición de Judas (Juan 13, 27), ni la condenación de Cristo, si hubiera podido conocer su divinidad y el valor de Redención que había de tener su muerte. De ahí que Jesús le ocultase siempre su carácter de Hijo de Dios, a pesar de que el diablo intentase averiguar quién era Jesús (Lucas 4, 1 ss.). Efectivamente, Juan nos recalca el “preciso” momento en que entró Satanás en el corazón de Judas, para distinguir esta posesión diabólica

total de Judas del designio de la tentación que Satanás “había puesto en su corazón”.

9 *“Pero, según está escrito: “Lo que ojo no vió, ni oído oyó, ni entró en pensamiento humano, esto tiene Dios preparado para los que le aman.”* Es característico del hombre el hastío o el aburrimiento ante la monotonía o repetición de las mismas cosas. Y es que el hombre fué hecho a imagen de Dios. Bien podría Él desafiar a cualquiera a que encontrara dos crepúsculos iguales. No hay panorama en la creación que no cambie de aspecto con la mañana y con la tarde: con la luna o el sol: con las cuatro estaciones del año. El hombre también cambia con la edad como cambia el día según las horas, y cambian los climas, y las flores se renuevan como los frutos. Y como todas estas cosas de la naturaleza no son sino imágenes de las realidades espirituales, al mismo tiempo que vemos en su variedad un recuerdo de su fugacidad y una advertencia de que nuestro estado no es normal sino transitorio, vemos también en ello una figura y una prenda que el divino Padre nos da de la Infinita variedad y riqueza de que Él mismo se jacta para colmar, sin hastío, nuestro corazón por todas las edades de la eternidad. De la misma manera también su Palabra (que es su mismo Verbo o Sabiduría) colma sin medida el corazón de los que cada día buscan en ella su felicidad. Esto nos muestra que la doctrina divina está llena de secretos de santidad y no es simplemente la de un juez que premia o castiga.

10 *“Mas a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu, pues el Espíritu escudriña todas las cosas, aun las profundidades de Dios. 11 ¿Quién de entre los hombres conoce lo que hay en un hombre sino el espíritu de ese hombre que está en él? Así también las cosas de Dios nadie llegó a conocerlas sino el Espíritu de Dios”.* Nadie llegó a conocerlas: Sólo Dios, por su naturaleza, puede conocerse a Sí mismo: sólo su Hijo Unigénito, “que es en el seno del Padre” (Juan 1, 18) lo ve cara a cara: sólo el Espíritu que escudriña las cosas más íntimas de Dios penetra y sondea su naturaleza. Ahora bien, ese mismo Espíritu que dentro de Dios conoce las cosas de Dios, es el que nos es dado. Se explica, pues, que ese mismo Espíritu, dentro de nosotros, nos haga conocer también las profundidades de Dios. He aquí revelado en uno de sus admirables aspectos, el del conocimiento, el Misterio del Espíritu Santo en nosotros: “el Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce; más vosotros lo conocéis, porque Él mora con vosotros y estará en vosotros” (Juan 14, 17) “Mora con vosotros”: Casi siempre vivimos en un estado de fe imperfecta, como diciéndonos: si yo lo tuviera delante al Padre celestial o a Jesús, le diría tal y tal cosa. Olvidamos que el Padre y el Hijo no son como los hombres ausentes que hay que ir a buscar, sino que están en nuestro interior, lo mismo que el Espíritu. Nada consuela tanto como el cultivo suavísimo de esta presencia de Dios permanente en nosotros, que nos

está mirando, sin cansarse, con ojos de amor como los padres contemplan a su hijo en la cuna. Y nada santifica tanto como el conocimiento vivo de esta verdad que “*nos corrobora por el Espíritu en el hombre interior*” (Efesios 3, 16) “*como templos vivos de Dios*” (Efesios 2, 21). “Estará en vosotros”: Entendamos bien esto: El Espíritu Santo estará en nosotros como un viento que sopla permanentemente para mantener levantada una hoja seca, que sin Él cae. De modo que a un tiempo somos y no somos. En cuanto ese viento va realizando eso en nosotros, somos agradables a Dios, sin dejar empero de ser por nosotros mismos lo que somos, es decir, “*siervos inútiles*” (Lucas 17, 10). Si no fuese así, caeríamos fatalmente (a causa de la corrupción que heredamos de Adán) en continuos actos de soberbia y presunción, que no sólo quitaría todo valor a nuestras acciones delante de Dios, sino que sería ante Él una blasfemia contra la fe, es decir, una rivalidad que pretendería sustituir la Gracia por esa ilusoria suficiencia propia que sólo busca quitar a Dios la gloria de ser el que nos salva.

Y vuelve a repetirlo en Lucas 17,10: “*Así también vosotros, cuando hubiereis hecho todo lo que os, está mandado, decid: “Somos siervos inútiles, lo que hicimos, estábamos obligados a hacerlo.”*” Entregarse todo entero y considerarse siervo inútil es una cosa preciosa para el hombre espiritual. Porque el que lo ha hecho es el que descubre fácilmente cuán mal sabe hacerlo. Y como desea hacerlo cada vez más, pues ha encontrado en ello su reposo, vive pidiendo al Padre que le enseñe a entregarse, comprendiendo que todo cuanto pueda hacer en ese sentido es también obra de la gratuita misericordia de ese Dios cuyo Hijo vino a buscar pecadores y no justos, y sin el cual nada podemos. De ahí que al hombre espiritual ni siquiera se le ocurre pensar -como lo hace el hombre natural- que es dura e injusta esa palabra de Jesús al decir que nos llamemos siervos inútiles, pues el espiritual se da cuenta de que ser así, inútil, no sólo es una enorme verdad que en vano se pretenderla negar, sino que es también lo que más le conviene para su ventaja, pues a los hambrientos Dios lo llena de bienes, en tanto que si él fuera rico espiritualmente (o mejor: si pretendiera serlo) sería despedido sin nada, como enseña María en Lucas 1,53: “*llenó de bienes a los hambrientos, y a los ricos despidió vacíos*”. Vemos, pues, que en esto de ser siervo inútil está, no una censura o reproche de Jesús, sino todo lo contrario: nada menos que la “*bienaventuranza de los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*” (Mateo 5, 3). Pobres en el espíritu son, como observa Santo Tomás, citando a San Agustín, no solamente los que no se apegan a las riquezas (aunque sean materialmente ricos), sino principalmente los humildes y pequeños que no confían en sus propias fuerzas y que están, como dice San Crisóstomo, en actitud de un mendigo que constantemente implora de Dios la limosna de la gracia. En este sentido dice el Magnificat: “*A los hambrientos llenó de bienes y a los ricos dejó vacíos*” (Lucas 1, 53). Así es la suavidad inefable del Corazón de Cristo: cuando parece exigirnos algo, en realidad nos

está regalando. Y bien se entiende esto. pues a Él ¿qué le importarla que hiciéramos tal cosa o tal otra, si no buscara nuestro bien.... hasta con su Sangre? De ahí que la característica del hombre espiritual sea ésta: se sabe amado de Dios y por eso no se le ocurre suponerle intenciones crueles, aunque Él a veces disimule su bondad bajo un tono que nos parece severo, como al niño cuando el padre lo manda a dormir la siesta. Porque Él nos dice que no piensa en obligarnos sino en darnos paz (Jeremías 29, 11).

Volviendo el Misterio del Espíritu Santo en nosotros Lucas 11, 13 nos dice: “*Si pues vosotros, aunque malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre dará desde el cielo el Espíritu Santo a quienes se lo pidan*”. Dará el Espíritu Santo: Admirable revelación, que contiene todo el secreto de la vida espiritual. La diferencia entre nuestra actitud frente a Dios, y la que tenemos frente a todo legislador y juez, consiste en que a este último le obedecemos directamente, o incurrimos en el castigo, el cual no se perdona, aunque nos arrepintamos. Con Dios, en cambio, no sólo sabemos que perdona al que se arrepiente de corazón, sino que podemos también decirle esta cosa asombrosa: “*Padre, no soy capaz de cumplir tu Ley, porque soy malo, pero dame Tú mismo el buen espíritu, tu propio Espíritu, que Jesús nos prometió en tu nombre, y entonces no sólo te obedeceré, sino que el hacerlo me será fácil y alegre*”. Tal oración, propia de la fe viva y de la infancia espiritual, es la que más glorifica al divino Padre, porque le da ocasión de desplegar misericordia; y su eficacia es infalible, pues que se funda en la promesa hecha aquí por Jesús: “*Pero el intercesor, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, Él os lo enseñará todo, y os recordará todo lo que Yo os he dicho*” (Juan 14, 26). Jesús nos hace aquí quizá la más estupenda de sus revelaciones y de sus promesas. El mismo Espíritu divino, que Él nos conquistó con sus méritos infinitos, se hará el inspirador de nuestra alma y el motor de nuestros actos, habitando en nosotros. Tal es el sentido de las palabras “os lo enseñará todo”, es decir, no todas las cosas que pueden saberse, sino todo lo vuestro, como maestro permanente de vuestra vida en todo instante. San Pablo confirma esto en Romanos 8, 14 llamando hijos de Dios a “*los que son movidos por el Espíritu de Dios*”. Si bien miramos, todo el fruto de la Pasión de Cristo consiste en habernos conseguido esa maravilla de que el Espíritu de Dios, que es todo luz y amor y gozo, entre en nosotros, confortándonos, consolándonos, inspirándonos en todo momento y llevándonos al amor de Jesús para que Jesús nos lleve al Padre y así el Padre sea glorificado en el Hijo. Tal es el plan del Padre en favor nuestro, de tal modo que la glorificación de ambos sea también la nuestra. Para entrar en nosotros ese nuevo rector que es el Espíritu Santo, sólo espera que el anterior le ceda el puesto. Eso quiere decir simplemente el “renunciarse a sí mismo”.

El espíritu de este mundo es, según Santo Tomás. la sabiduría del mundo y el amor al mundo, el cual incita al hombre a hacer y gustar lo que es del mundo. Según otros, es el mismo Satanás príncipe y animador del mundo (Juan 14, 30). Notemos que ese espíritu sobrenatural se nos da para que apreciemos la gratuidad del don de Dios, pues el criterio de la lógica humana no nos dejaría comprender que Dios puede amarnos hasta tal punto.

12 “Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios; para que apreciemos las cosas que Dios nos ha dado gratuitamente. 13 Estas las predicamos, no con palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino con las aprendidas del Espíritu Santo, interpretando las (enseñanzas) espirituales para (hombres) espirituales,” Pablo insiste siempre sobre el origen y valor divino de su predicación. Destacando esta doctrina de que hemos de espiritualizarnos para entender las cosas espirituales -lo cual no significa ser eruditos sino ser como niños.

14 “porque el hombre natural no acepta las cosas del Espíritu de Dios, como que para él son una insensatez; ni las puede entender, por cuanto hay que juzgar de ellas espiritualmente.” Vemos en este versículo la diferencia entre el hombre espiritual y el que no lo es. El hombre natural: Literalmente, el hombre psíquico o simplemente razonable. No se refiere, pues, al hombre entregado a los vicios, sino a todo hombre natural, a toda naturaleza caída que no haya nacido de nuevo por el Espíritu, es decir, a todo el que no es espiritual y no vive la vida sobrenatural de la fe, aunque pueda haber sido bautizado, pues esto le quitó el pecado original, mas no la depravación natural. Así también los sabios del paganismo, sin la luz de la revelación bíblica, sólo llegaron a ver la virtud como la concibe tristemente Horacio: “Virtus est medium vitiorum utrimque reductum”, es decir, como la simple resultante de los vicios opuestos entre sí y limitados unos por otros. Sólo nuestro Dios se nos revela como el Maestro de la virtud positiva, de la cual Él mismo es la fuente, y que Él comunica mediante su propio Espíritu a los que, dejando de ser siervos, se hacen hijos de Él.

15 “El (hombre) espiritual, al contrario, lo juzga todo, en tanto que él mismo de nadie es juzgado”. El hombre espiritual es capaz de valorar las cosas profanas y las espirituales; el hombre carnal, empero, sólo puede discernir las cosas materiales: porque le falta el espíritu, la luz del Espíritu Santo. De nadie es juzgado: es decir, que los hombres en general, simplemente naturales, no son capaces de comprenderlo ni de apreciarlo rectamente. De ahí las persecuciones que Jesús anuncia a todos sus discípulos, no obstante tratarse de hombres benéficos que, en lógica humana, debieran ser amados de todos.

16 “Pues ¿quién ha conocido jamás el pensamiento del Señor para darle instrucciones? Nosotros, en cambio, tenemos el sentido de Cristo”. “Nosotros”: es decir, los hombres espirituales. Esos tienen el instinto sobrenatural que les hace entender las cosas de Dios, porque se las muestra el Espíritu Santo que está en ellos. No son así los corintios, aun carnales, como va a decírsele el Apóstol en 3, 1. Esta permanencia en nosotros del Espíritu Santo, que nos da el sentido de Cristo, es, pues, un punto de suma importancia, y está fundada en la Palabra de Jesús que nos lo prometió para *“que quede siempre con vosotros el Espíritu de verdad”*. (Juan 14, 16). Y ésta ha de ser en el cristiano una situación permanente y, puesto que ya se nos ha dado, está cumplida la promesa de Lucas 11, 13, y hemos de creer en la ayuda del Espíritu Santo y que en esa fe ha de estar el íntimo resorte de nuestra rectitud, pues, sabiendo que a Dios no podríamos engañarlo, el aceptar esta situación creyendo ingenuamente a la promesa, lejos de ser presunción (como sería si creyésemos tener alguna capacidad propia), nos obliga a mantener nuestra alma bien desnuda en la presencia de Dios *“como el que vuela en avión y sabe que la caída sería mortal”*.

CAPÍTULO III

DISCORDIAS y BANDOS. 1 “Yo, hermanos, no he podido hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo”. Los corintios, a pesar de la cultura que ostentaban, carecían de la verdadera sabiduría, y en tal sentido el Apóstol los llama niños. Guardémonos de confundir la infancia espiritual con esta imagen usada aquí como señal de ignorancia, puesto que Jesús enseña, muy al contrario, que en ser niños está la mayor santidad: *“En aquel tiempo, los discípulos se llegaron a Jesús y le preguntaron: “En conclusión, ¿quién es el mayor en el reino de los cielos?” 2Entonces, Él llamó a sí a un niño, lo puso en medio de ellos, 3y dijo: “En verdad, os digo, si no volviereis a ser como los niños, no entraréis en el reino de los cielos. 4Quien se hiciere pequeño como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos”*. (Mateo 18, 1-4) y la más alta sabiduría: *“En aquella hora se estremeció de gozo, en el Espíritu Santo, y dijo: “Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has mantenido estas cosas escondidas a los sabios y a los prudentes, y las has revelado a los pequeños. SI, Padre, porque así te plugo a Tí”*. (Lucas 10, 21). He aquí el gran misterio de la infancia espiritual, que difícilmente aceptamos, porque repugna, como incomprensible al orgullo de nuestra inteligencia. Por eso San Pablo nos ha dicho en esta misma Epístola, capítulos 1 y 3 que la doctrina del Evangelio es escándalo y locura.

2 “Leche os di a beber, no manjar (sólido), porque no erais capaces todavía, y ni aun ahora sois capaces; 3 siendo como sois todavía carnales; puesto que mientras hay entre vosotros celos y discordias ¿no sois acaso carnales y

vivís a modo de hombres? “Cuando uno dice: “yo soy de Pablo”; y otro: “yo soy de Apolo”, ¿no es que sois hombres? 5 ¿Qué es Apolo? Y ¿qué es Pablo? Servidores, según lo que a cada uno dió el Señor, por medio de los cuales creísteis. 6 Yo planté, Apolo regó, pero Dios dió el crecimiento. 7 Y así, ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento. 8 El que planta y el que riega son lo mismo; y cada uno recibirá su galardón en la medida de su trabajo”.

RESPONSABILIDAD DE LOS PREDICADORES. 9 “Nosotros somos los que trabajamos con Dios; vosotros sois la labranza de Dios, el edificio de Dios”. 10 Según la gracia de Dios que me ha sido dada, yo, cual prudente arquitecto, puse el fundamento, y otro edifica sobre él. Pero mire cada cual cómo edifica sobre él, 11 Porque nadie puede poner otro fundamento, fuera del ya puesto, que es Jesucristo. 12 Si, empero, sobre este fundamento se edifica oro, plata, piedras preciosas, (o bien) madera, heno, paja”, Pablo es, pues, el gran arquitecto del Evangelio, el gran expositor de sus bases, y esto no sólo para los de Corinto, sino para todos nosotros. El “otro” (versículo 10), que edifica sobre el cimiento, era quizás aquí Apolo (versículo 6), pero se aplica a todos los predicadores, de palabra o de pluma. Para esto dice Lacordaire que Santo Domingo, “viendo que el apostolado parecía en la Iglesia”, propuso al Papa Inocencio III, la fundación de una Orden que fuese de Predicadores, es decir, “que tuviese como función perpetua y universal enseñar el Evangelio”. El fundamento sobre el que edifican los predicadores, “es el mismo Jesucristo, su Persona y su obra, pero en cuanto encarna en sí todo el Evangelio, predicado a los Corintios por el Apóstol” (Bover). Oro, plata, piedras preciosas (versículo 12) señalan la recta predicación del Evangelio según el Espíritu sobrenatural; madera, heno, paja, su predicación según las enseñanzas de la sabiduría humana, cuya vanidad viene explicando el Apóstol desde los capítulos que preceden.

13 “la obra de cada uno se hará manifiesta, porque el día la descubrirá, pues en fuego será revelado; y el fuego pondrá a prueba cuál sea la obra de cada uno”. “El fuego”: el día del Señor, o sea la venida de Cristo triunfante, el cual, como dice la Liturgia, vendrá a juzgar a este siglo por media del fuego. Por el fuego entienden San Agustín y San Gregario, las tribulaciones; o, también puede ser, “el conjunto de pruebas y juicios” que acompañarán el día del Señor.

14 “Si la obra que uno ha sobreedificado subsistiere, recibirá galardón”; Como dice Fillion, “esta recompensa no consistirá solamente en la salvación eterna, común a todos los justos, sino en algunos privilegios particulares”. Nuestro horizonte es, pues, más vasto que la expectativa de la muerte y el

destino inmediato del alma sola. Jesús vendrá, como aquí vemos “trayendo su recompensa”.

15 “si la obra de uno fuere consumida, sufrirá daño; él mismo empero se salvará, más como a través del fuego”. A través del fuego, es decir, a duras penas, después de tanto trabajo perdido. He aquí un tema de profunda meditación. Según San Gregorio, “*esta doctrina se dirige a aquellos predicadores, que semejantes a los adúlteros, que no buscan en sus delitos la fecundidad, sino cómo satisfacer a su sensualidad, predicán por vanidad; y llevados de la gloria temporal, no se aprovechan de la gracia, que Dios les ha dado, para engendrar hijos espirituales para Dios, sino que abusan de ella, para hacer una vana ostentación de su saber*”. En este fuego suele verse una insinuación del purgatorio. En tal caso no sería el mismo fuego mencionado antes como propio del día del Señor, puesto que el Apóstol no habla directamente del purgatorio; primero, porque sólo trata de los predicadores del Evangelio, y luego, porque se refiere al juicio universal.

16 “¿No sabéis acaso que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? 17 Si alguno destruyere el templo de Dios, le destruirá Dios a él; porque santo es el templo de Dios, que sois vosotros”. El Espíritu de Dios que nos convierte en templo de Dios, habitando en nosotros (versículo 16), ha de ser nuestro maestro, sin lo cual no podemos entender las cosas de Dios ni, en consecuencia, edificar según ellas con oro y piedras preciosas. Destruye, pues, el templo de Dios quien pretende escuchar como maestro al Espíritu Santo y pretende edificar sobre el fundamento de Cristo, según su propia iniciativa.

LA SABIDURÍA DEL MUNDO ES LOCURA ANTE DIOS. **18 “Nadie se engañe a sí mismo. Si alguno entre vosotros cree ser sabio en este siglo, hágase necio para hacerse sabio. 19 Porque la sabiduría de este mundo es necedad para Dios. Pues escrito está: “Él prende a los sabios en su misma astucia. 20 Y otra vez: “El Señor conoce los razonamiento de los sabios, que son vanos.”** Todas estas advertencias, han de referirse en primer lugar a los predicadores de que trata aquí el Apóstol. Uno de los grandes secretos prácticos de la vida del cristiano está en comprender cómo se armoniza la caridad con la desconfianza que hemos de tener en los hombres. El más celoso amor de caridad, que desea en todo el bien del prójimo y nos impide hacerle el menor mal, no nos obliga en manera alguna a confiar en el hombre, ni a creer en sus afirmaciones para halagar su amor propio.

21 “Así pues, que nadie ponga su gloria en los hombres. Porque todo es ciertamente vuestro; 22 sea Pablo, sea Apolo, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo porvenir, todo es vuestro”,

Admirable felicidad. Somos dueños de todas las cosas con tal que pertenezcamos a Dios, porque, como dice San Buenaventura “*el Señor, el Amigo, el Padre no permitirá que falte nada a su servidor, a su amigo, a su hijo*”. Por ello se nos dice: “*Descargad sobre Él todas vuestras preocupaciones, porque Él mismo se preocupa de vosotros*”. (1 Pedro 5, 7). Entre los privilegios con que Dios colma a los que confían en su divina providencia ¿no es este uno de los más maravillosos? Él toma sobre sí nuestras preocupaciones y nos anticipa, por medio de la gracia, la fruición de las cosas divinas, frente a las cuales nada son los bienes ni los cuidados de esta vida.

23 “*más vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios*”. Cristo es del Padre que lo engendró, y que es su Cabeza, y así la voluntad de Jesús durante toda la eternidad será estar sometido Él mismo al Padre, junto con todo su reino. (En el capítulo 15, versículos 24-28 se nos revela este sublime misterio).

CAPÍTULO IV

LOS APÓSTOLES SON SIERVOS DE CRISTO. 1 “*Así es preciso que los hombres nos miren; como a siervos de Cristo y distribuidores de los misterios de Dios*”. El Apóstol es depositario de los misterios de la fe. Por lo tanto, no le es lícito predicar sus propias ideas, y tampoco está sometido a juicio humano alguno. Y puesto que “*nadie debe poner su gloria en los hombres*” (3, 21), consiguientemente tampoco debe confiar en los hombres, no ha de verse en los apóstoles valores propios, sino mirarlos solamente como agentes cuyo valor depende todo de la fidelidad con que cumplen aquel mandato que consiste en poner al alcance de las almas esos misterios revelados por Dios. Los misterios de Dios son “*las verdades evangélicas predicadas por los apóstoles y los otros misioneros de Cristo*”.

2 “*Ahora bien, lo que se requiere en los distribuidores es hallar que uno sea fiel*.” **3 “*En cuanto a mí, muy poco me importa ser juzgado por vosotros o por tribunal humano; pero tampoco me juzgo a mí mismo*”.** Dado que todo apóstol es siervo de Dios (v. 1), sólo por Él debe ser hallado fiel (v. 4), sin importarle los vanos juicios de los hombres, ni el juicio propio, que podría ser parcial, “*pues no es aprobado el que se recomienda a sí mismo, sino aquel a quien recomienda el Señor*” (II Corintios 10, 18). San Pablo confirma esto elocuentemente en Romanos 14, 4: “*¿Quién eres tú para juzgar al siervo ajeno? Para su propio señor está en pie o cae*”. Para juzgar al siervo ajeno: Cuando nos vemos en conflicto con el prójimo, sentimos una fuerte inclinación a formarnos un juicio sobre él: sea para condenarlo, satisfaciendo nuestro amor propio, o para justificarlo benévolamente. La verdad no está ni en una cosa ni en la otra. Está en el abstenerse de ese juicio. No es necesario que sepamos a qué atenernos con respecto a una persona, sino con respecto a

su doctrina. Por eso se nos dice: *"No juzguéis, para que no seáis juzgados"* (Mateo 7, 1). Se prohíbe el juicio temerario. S. Agustín observa al respecto: *"Juzguemos de lo que está de manifiesto, pero dejemos a Dios el juicio sobre las cosas ocultas"*. Hay en este sentido una distinción fundamental entre el juicio del prójimo que nos está absolutamente prohibido, y el juicio en materia de espíritu que nos es recomendado por San Juan, San Pablo y el mismo Señor. En esto último sí que hemos de proceder con libertad de espíritu para aceptar o rechazar la que nos proponen. Pero esa tendencia a juzgar al prójimo debe abandonarse y dejarse el caso para que Dios lo resuelva, sin pretender justificarse uno mismo con las fallas del otro. No juzgar al siervo de otro es, pues, prescindir de la opinión propia, resignarse a ignorar, sin condenar ni absolver. Entre los tesoros de doctrina que nos brinda a cada paso la Escritura, he aquí uno que es a un tiempo de virtud sobrenatural y de sabiduría práctica. San Pablo no descuida su buen nombre, y aun lo defiende a veces con cruda sinceridad, pero conoce las lecciones del gran Maestro sobre la falacia de los hombres, *"porque Jesús no se fiaba de ellos, porque a todos los conocía"* (Juan 2, 24), y sobre la inconveniencia de sus aplausos: *"¡Ay cuando digan bien de vosotros todos los hombres! porque lo mismo hicieron sus padres con los falsos profetas"* (Lucas 6, 26), ¡y pensar que éste es tal vez el más acariciado deseo de los hombres en general, y que el mundo considera muy legítima, y aun noble, esa sed de Gloria! Vemos así cuán opuesto es el criterio del mundo a la luz de Cristo. Y entonces les fulmina aquí su despreocupación por el "qué dirán", con una libertad de espíritu que "en sociedad" sería de muy mal tono y calificada de soberbia, en tanto que no es sino verdadera humildad cristiana que desprecia el mundo, empezando por despreciarse a sí mismo: No me importa nada lo que ustedes piensan de mí, porque no aspiro al elogio; ni creo merecerlo, pues nadie lo merece; ni lo aceptaría si me lo dieran, ni lo creería sincero, etc., por lo cual sólo me interesa "quedar bien" con mi buen Padre celestial, el único sabio, que me juzga con caridad porque me ama, y ha entregado mi juicio a su Hijo, que es mi propio abogado, un abogado que se hizo matar por defenderme. "Por tribunal humano": literalmente: por humano día: algunos piensan que el Apóstol alude más bien a la dispensación actual; queriendo decir que nada vale juzgar antes que venga el verdadero Juez.

4 *"Pues aunque de nada me acusa la conciencia, no por esto estoy justificado. El que me juzga es el Señor. 5 Por tanto, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor; el cual sacará a luz los secretos de las tinieblas y pondrá de manifiesto los designios de los corazones, y entonces a cada uno le vendrá de Dios su alabanza"*.

LOS APÓSTOLES SON "BASURA DEL MUNDO". **6** *"Estas cosas, hermanos, las he aplicado figuradamente a mí mismo y a Apolo, por vuestra causa; para que aprendáis en nosotros a "no ir más allá de lo escrito"; para*

que no os infléis de orgullo como partidarios del uno en perjuicio del otro. 7 Porque ¿quién es el que te hace distinguir? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste ¿de qué te jactas, como si no lo hubieses recibido?

Es decir: si tienes ventaja sobre otro, ¿quién te la da, sino Dios? Algunos traducen: ¿qué es lo que te distingue a ti? o sea ¿qué tienes tú de propio? Bien claro nos lo explica San Pablo en Gálatas 5,3: “*Pues si alguien piensa que es algo, él mismo se engaña en su mente, siendo como es nada*”. Terminante afirmación de que todo hombre es nada. Peor aún, “ningún hombre tiene de propio más que la mentira y el pecado”, dice Denzinger 195 can 22, pues la imagen y semejanza de Dios se perdió por el pecado original, y sólo la recupera en Cristo el hombre que renace de Él por el agua y por el Espíritu, para lo cual es necesario negarse a sí mismo (Mateo 16, 24). Todo el horrible daño que la fe ha sufrido del orgullo humano le viene del olvido de esta doctrina elemental que expone Juan 2,24: “*Pero Jesús no se fiaba de ellos, porque a todos los conocía*”, lección fundamental de doctrina y de vida. Cuando aún no estamos familiarizados con el lenguaje del divino Maestro y de la Biblia en general, sorprende hallar constantemente cierto pesimismo, que parece excesivo, sobre la maldad del hombre. Porque pensamos que han de ser muy raras las personas que obran por amor al mal. Nuestra sorpresa viene de ignorar el inmenso alcance que tiene el primero de los dogmas bíblicos: el pecado original. Nuestra formación, con mezcla de humanismo orgulloso y de sentimentalismo materialista, nos lleva a confundir el orden natural con el sobrenatural, y a pensar que es caritativo creer en la bondad del hombre, siendo así que en tal creencia consiste la herejía pelagiana, que es la misma de Jean Jacques Rousseau, origen de tantos males contemporáneos. No es que el hombre se levante cada día pensando en hacer el mal por puro gusto. Es que el hombre, no sólo está naturalmente entregado a su propia inclinación depravada (que no se borró con el Bautismo), sino que está rodeado por el mundo enemigo del Evangelio, y expuesto además a la influencia del Maligno, que lo engaña y le mueve al mal con apariencia de bien. Es el “misterio de la iniquidad”, que San Pablo explica en II Tes. 2: El misterio de la iniquidad, que culminará en el Anticristo y su triunfo sobre todos los que crean a la mentira por no haber aceptado el “misterio de la sabiduría”, ya está operando desde el principio, en forma subrepticia de cizaña mezclada con el trigo y de peces malos entre la red, a causa del dominio adquirido por Satanás sobre Adán, y mantenido sobre todos sus descendientes que no aprovechan plenamente la redención de Cristo. Es, no sólo el gran misterio de la existencia del pecado y del mal en el mundo, no obstante, la omnipotente bondad de Dios, sino principalmente, y en singular, ese misterio de la apostasía, que llevará al triunfo del Anticristo sobre los santos, a la falta de fe en la tierra, y, en una palabra, a la aparente victoria del diablo aparente derrota del Redentor hasta que Él venga a triunfar gloriosamente en los misterios más adelante señalados para el fin. Las armas del Anticristo son falsas ideologías y doctrinas que

Satanás, “el príncipe de este mundo”, va introduciendo desde ahora bajo etiquetas de cultura, progreso y aun de virtudes humanas que matan la fe, y gracias a los medios que la técnica moderna le da para monopolizar la opinión pública. También se piensa actualmente que el misterio de iniquidad en el “conformismo”, o sea en la acomodación de los cristianos al mundo, en la infiltración del mundo en las filas de los discípulos de Cristo. De ahí que todos necesitemos nacer de nuevo y renovarnos constantemente en el espíritu por el contacto con la divina Persona del único Salvador, Jesús, mediante el don que Él nos hace de su Palabra y de su Cuerpo y su Sangre redentora. De ahí la necesidad constante de vigilar y orar para no entrar en tentación, pues apenas entrados, somos vencidos. Jesús nos da así una lección de inmenso valor para el saludable conocimiento y desconfianza de nosotros mismos y de los demás, y muestra los abismos de la humana ceguera e iniquidad, que son enigmas impenetrables para pensadores y sociólogos de nuestros días y que en el Evangelio están explicados con claridad transparente. Al que ha entendido esto, la humildad se le hace luminosa, deseable y fácil. Por donde quien creyese que el cristiano ha de ser un hombre orgulloso de sus cualidades personales, iría directamente contra la doctrina del santo Apóstol, pues la nada nunca puede estar orgullosa. Y si se trata de lo que hemos recibido por gracia de Cristo, no es sino mayor motivo para humillarnos, como hace la Virgen Santísima en Lucas 1, 48: *“porque ha mirado la pequeñez de su esclava. Y he aquí que desde ahora me felicitarán todas las generaciones”*, pues de lo contrario se opondría también al Apóstol como hemos visto en capítulo u versículo 1: que dice: *“¿Qué tienes tú que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorias como si no lo hubieses recibido”*.

8 *“Ya estáis hartos; ya estáis ricos; sin nosotros habéis llegado a reinar... y ¡ojalá que reinaseis, para que nosotros también reinásemos con vosotros!”*

Esta es una amarga acusación contra los críticos y murmuradores, que en su altivez desprecian a los mensajeros de Dios. Las antítesis son tan cortantes y sarcásticas, que revelan la profundísima indignación del Apóstol. Habéis llegado a reinar: “Mordiente ironía... Al fin de los tiempos, cada cristiano participará en el Reino de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Esta época gloriosa habría, pues, comenzado ya para los corintios?

9 *“Pues creo que Dios, a nosotros los apóstoles, nos exhibió como los últimos (de todos), como destinados a muerte; porque hemos venido a ser espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres.* Traza aquí San Pablo un cuadro elocuentísimo de cómo todo verdadero apóstol ha de ser despreciado a causa de Cristo, aun por aquellos por quienes se desvela. No es esto sino un comentario de lo que Jesús anunció mil veces como característica de sus verdaderos discípulos, y nos sirve para saber distinguir a éstos, de los falsos que arrebatan el aplauso del mundo. “Espectáculo”: como las víctimas del circo, entregadas a las fieras. ¿No los envió Jesús como a “corderos entre

lobos”? (Mateo 10, 16). Para los ángeles: ¡He aquí el consuelo dulcísimo! Mientras los hombres nos desprecian o juzgan mal, los ángeles obran como Rafael en Tobías 12, 12: “*Cuando tú orabas con lágrimas y enterrabas a los muertos y dejabas tu comida y escondías de día los muertos en tu casa y los sepultabas de noche, yo presentaba tu oración al Señor*”.

10 “Nosotros somos insensatos por Cristo, más vosotros, sabios en Cristo; nosotros débiles, vosotros fuertes; vosotros gloriosos, nosotros despreciados”. La ironía culmina en esta antetesis. ¿Vosotros recibís honores y creéis ser discípulos de Cristo? ¡Como si eso fuera posible! Recordemos la severidad con que Jesús niega aquí la fe de los que buscan gloria humana: “*¿Cómo podéis vosotros creer, si admitís alabanza los unos de los otros, y la gloria que viene del único Dios no la buscáis?*” (Juan, 5, 44).

11 “Hasta la hora presente sufrimos hambre y sed, andamos desnudos, y somos abofeteados. y no tenemos domicilio. 12 Nos afanamos trabajando con nuestras manos; afrentados, bendecimos; perseguidos, sufrimos”. “Trabajando con nuestras manos”: Se refiere al trabajo manual que practicaba San Pablo para ganarse la vida y para no ser molesto a las Iglesias por el fundadas. El Apóstol trabajaba manualmente, haciendo tiendas de campaña, para ganarle el sustento, lo que es de valorar tanto más si pensamos en su inmensa actividad espiritual.

13 “infamados, rogamos; hemos venido a ser como la basura del mundo, y el desecho de todos, hasta el día de hoy”.

PREDICAR ES ENGENDRAR EN EL EVANGELIO. **14 “ No escribo estas líneas para avergonzaros, sino que os amonesto como a hijos míos queridos. 15 Pues aunque tuvierais diez mil pedagogos en Cristo, no tenéis muchos padres; porque en Cristo Jesús os engendré yo por medio del Evangelio”.** Es decir que por medio del Evangelio se engendran en Cristo hijos para que lo sean del Padre. ¿Puede concebirse misión más alta y divina que semejante predicación? En tal sentido Pablo llama “hijo” a Timoteo (versículo 17), como Pedro a Marcos (1 Pedro 5, 13), convertidos por ellos.

16 “Por lo cual, os ruego, haceos imitadores míos como yo de Cristo. 17 Por eso mismo os envié a Timoteo, el cual es mi hijo querido y fiel en el Señor. Él os recordará mis caminos en Cristo, según lo que por doquier enseñé en todas las Iglesias”. Sobre esta fidelidad de Timoteo nos dice en Filipenses 2, 20: “*Pues a ninguno tengo tan concorde conmigo, que se interese por vosotros tan sinceramente*”, Insuperable elogio que contrasta con el tremendo versículo siguiente propio de todos los tiempos: “*porque todos buscan lo de ellos mismos, no lo que es de Cristo Jesús*”.

18 “Algunos se han engraido, como si yo no hubiese ya de volver a vosotros. 19 Mas he de ir, y pronto si el Señor quiere; y conoceré, no las palabras de esos hinchados, sino su fuerza. 20 Pues no en palabras consiste el reino de Dios, sino en fuerza. 21 ¿Qué queréis? ¿Que vaya a vosotros con la vara, o con amor y con espíritu de mansedumbre?” Contra esos hinchados de palabras, escribe San Cipriano: “*Nosotros somos filósofos de hechos, no de palabras; ostentamos la sabiduría no en el manto de filósofo, sino mediante la verdad*”. Su fuerza: (en griego: dynamis). Otros traducen: poder, eficacia, realidades, etc. Debe notarse que es el mismo término que el Apóstol aplica al Evangelio en Romanos 1, 16. “El reino de Dios” (v. 20) no consiste, pues, en palabras, cuando ellas son de hombres, según esa sabiduría humana que San Pablo acaba de desahuciar tan inexorablemente en los anteriores capítulos. Pero sí consiste en la Palabra divina, a la cual él mismo, en el citado pasaje, la llama fuerza de Dios para salvar. Esa fuerza de que aquí habla por oposición a las palabras de los hombres, es, pues, la del Verbo; o sea precisamente la palabra del Evangelio, de la cual viene la fe (Romanos 10, 17) y cuya suma eficacia quedó afirmada en el versículo 15. En Romanos 14, 17, San Pablo nos dice que “*el Reino de Dios no consiste en comer y beber, sino en justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo*”.

CAPÍTULO V

EXCOMUNIÓN DE UN INCESTUOSO. 1 “Es ya del dominio público que entre vosotros hay fornicación, y fornicación tal, cual ni siquiera entre los gentiles, a saber: que uno tenga la mujer de su padre”. La mujer de su padre: la madrastra. Como lo anotan diferentes historiadores la corrupción de Corinto era proverbial, al punto de que en toda la Grecia se usaba el verbo “corintiar” como sinónimo de vivir de manera disoluta. San Pablo muestra aquí que algunos cristianos tampoco eran ajenos a esa corrupción, aunque solían ser harto inflados, como vimos en el capítulo precedente.

2 “Y vosotros estáis engraidos, en vez de andar de luto, para que sea quitado de en medio de vosotros el que tal hizo. 3 Pero yo, aunque ausente en cuerpo, más presente en espíritu, he juzgado, como si estuviese presente, al que tal hizo. 4 Congregados en el nombre de nuestro Señor Jesús vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesús, 5 sea entregado ese tal a Satanás, para destrucción de su carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús”. Los tormentos y las vejaciones de Satanás deben conducirlo al arrepentimiento para que se convierta y pida perdón.

6 “No es bueno que os jactéis así. ¿Acaso no sabéis que poca levadura pudre toda la masa?” El incestuoso es como una bacteria peligrosa que puede

contagiar a toda la comunidad. Ejemplo de ello en la naturaleza es que un fruto sano, en contacto con otro picado, no puede sanar a éste, sino que, a la inversa, se pica él también.

7 *“Expurgad la vieja levadura, para que seáis una masa nueva, así como sois ázimos porque ya nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolada”*. “Masa nueva”: por la gracia del Bautismo. La levadura simboliza la corrupción, ya desde el Antiguo Testamento. La razón principal que hacía proscribir el pan fermentado en la octava de Pascua y en las ofrendas (Éxodo 29, 2) era que la fermentación es una manera de putrefacción”. Los ázimos (panes sin levadura) se comían en la semana de Pascua. La Iglesia usa este pasaje en la Liturgia de esa misma semana para movernos a resucitar espiritualmente en Cristo y con Cristo. Y San Pablo nos dice en Romanos 6,4: *“Por eso fuimos, mediante el bautismo, sepultados junto con Él en la muerte, a fin de que como Cristo fué resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en nueva vida”*. Refiriéndose al Bautismo de los primeros cristianos, los cuales se bautizaban sumergiéndose completamente en el agua, *“así como Cristo fué sepultarlo en la muerte, así nosotros somos sepultados en el agua del Bautismo”* (Colonenses 2, 12), San Pablo nos revela aquí el aspecto más hondo de la doctrina del Cuerpo Místico, que no sólo consiste en esa comunicación de bienes espirituales entre los cristianos, que se llama la Comunión de los Santos, sino esencialmente en que Cristo vive, sufre y muere sustituyéndose a cada uno de nosotros, por lo cual el cristiano de viva fe, siendo verdaderamente parte del mismo Cristo, puede decir que murió cuando Cristo murió, y que resucitó con Él (Colonenses 3, 1). Por ello nos dice Santo Tomás: *“Es cierto que físicamente uno muere primero y después es sepultado, pero espiritualmente es la sepultura en el Bautismo la que causa la muerte del pecador”*. Lo que acontece en el Bautismo, propiamente no es otra cosa que - si así se lo puede llamar- una extensión del proceso de la divina generación de la segunda persona de Dios, sobre el hombre, a través de la Encarnación del Hijo de Dios; sobre el hombre que, por estar en Cristo Jesús, también se hace hijo de Dios.

8 *“Festejemos, pues, no con levadura añeja ni con levadura de malicia y de maldad, sino con ázimos de sinceridad y de verdad”*.

LOS ESCANDALOSOS QUE SE LLAMAN HERMANOS. **9** *“Os escribí en la carta que no tuvieseis trato con los fornicarios”*. Esa carta no se encuentra entre los libros canónicos y se la considera perdida, aunque algunos, como el Crisóstomo, pensaban que se trataba de la Epístola presente.

10 *“No digo con los fornicarios de este mundo en general, o con los avaros, ladrones o idólatras, pues entonces tendríais que salir del mundo. 11 Mas lo que ahora os escribo es que no tengáis trato con ninguno que, llamándose hermano, sea fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o*

ladrón; con ese tal ni siquiera tornéis bocado". "Llamándose hermano": Los que son sólo cristianos de nombre, perjudican a la Iglesia más que los paganos. Por lo tanto, no debemos tener trato con ellos. Tal conducta no es falta de caridad sino prudencia y respeto por la fe. El que recibe a los que hacen profesión de mala doctrina se hace cómplice de ella.

12 "Pues ¿qué tengo yo que juzgar a los de afuera? ¿No es a los de adentro a quienes habéis de juzgar?" Gran lección de humildad colectiva, para que no queramos ver siempre el mal fuera de nuestra comunidad.

13 "A los que son de afuera los juzgará Dios: "Quitad al malvado de en medio de vosotros." Quitad al malvado..., es una cita de Deuteronomio 13, 5. Nótese que no es el caso de la cizaña, la cual no debe arrancarse hasta la siega. La cizaña está en el campo del mundo, mientras que San Pablo habla aquí de los que se dicen discípulos de Cristo, en la red. Cuando en el versículo 10 habla de los fornicarios nos dice claramente que no se trata de los del mundo, sino que su severidad se refiere a los nuestros, como vemos en 1 Timoteo 5, 20: ***"A aquellos que pequen repréndelos delante de todos, para que los demás también cobren temor"***.

CAPÍTULO VI

NO HAYA PLEITOS ENTRE CRISTIANOS, Y MENOS ANTE JUECES PAGANOS.

1 "¿Se atreve alguno de vosotros, si tiene pleito con otro, a acudir a juicio ante los inicuos, y no ante los santos?" El Apóstol entiende por inicuos a los paganos y llama santos a todos los verdaderos cristianos. Deberían avergonzarse de ir en busca de jueces paganos en vez de escoger como tales a hermanos cristianos.

2 "¿No sabéis acaso que los santos juzgarán al mundo? Y si por vosotros el mundo ha de ser juzgado, ¿sois acaso indignos de juzgar las cosas más pequeñas? 3 ¿No sabéis que juzgaremos a ángeles? ¡Cuánto más unas cosas temporales!" He aquí una de las más estupendas promesas divinas: los santos juzgarán al mundo y a los ángeles. Así lo comentan San Crisóstomo, Teofilacto, Teodoreto, San Ambrosio, San Anselmo y otros expositores antiguos. Fundándose tanto en estos testigos de la tradición, como en el contexto, que habla del establecimiento de un juicio en sentido literal, se dirige Cornelio a Lapide contra los que intentan diluir la promesa en una alegoría y expone que en aquel día del Señor los apóstoles y los que todo lo despreciaron por amor a Cristo estarán sentados más cerca del divino Juez, en calidad de príncipes y asesores del Reino. Más o menos explícitamente se encuentra la misma enseñanza consoladora en Sabiduría 3, 8: ***Juzgarán a las naciones y***

dominarán a los pueblos. El Señor reinará sobre ellos eternamente". La plena revelación de que reinaremos con Cristo, estaba reservada al Nuevo Testamento. Véase Mateo 19,28: "Jesús les dijo: *"En verdad, os digo, vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, "cuando el Hijo del hombre se sienta sobre su trono glorioso, os sentaréis, vosotros también, sobre doce tronos, y juzgaréis a las doce tribus de Israel"*". "En la regeneración": esto es, en la resurrección; según San Crisóstomo, en la regeneración y renovación del mundo en el día del Juicio. Si bien es verdad que en Lucas 22,30 no se fija en número de tronos: *"para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis sobre tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel"*. La Liturgia de Todos los Santos recuerda en Sabiduría 3,8: *"Los santos juzgarán a las naciones y dominarán a los pueblos y reinará su Dios para siempre"* en el introito de la Misa de la Vigilia como para señalar una de las grandes promesas hechas por Dios a sus amigos. Muchos consideran esto como una extensión de la promesa hecha por Jesús a los apóstoles (Mateo 19, 28), *"a todos los cristianos que hayan vivido su vocación"*, si bien es de observar que allí se habla de doce tronos y de las tribus de Israel, en tanto que en otros lugares se habla de juzgar a las naciones (Apocalipsis 2, 26 s.). De todas maneras, vemos que San Pablo levanta aquí buena parte del velo que cubre los Novísimos, como lo hace también en otros muchos versículos de sus epístolas penetrando resueltamente en el campo de la profecía escatológica. De todo esto se sigue que aquel "día" en que Dios juzgará a la Humanidad y formará "nuevos cielos y nueva tierra", no ha de medirse con el reloj humano, sino que, como observa San Agustín, Dios es eterno y, por eso, paciente. Su día no tiene noche. Por lo cual mil años son para Él como un día, Tal y como nos habla II Pedro 3, 8: *"A vosotros, empero, carísimos, no se os escape una cosa, a saber, que para el Señor un día es como mil años y mil años son como un día"*, y cabrán en él muchas cosas que nos son todavía oscuras, como vemos en la pregunta que hacen a Jesús sus discípulos en Mateo 24, 3: *"Dinos cuándo sucederá esto, y cuál será la señal de tu advenimiento y de la consumación del siglo"*, y Jesús les respondió: *"Jesús les respondió diciendo: "Cuidaos que nadie os engañe. Porque muchos vendrán bajo mi nombre, diciendo: "Yo soy el Cristo", y a muchos engañarán. Oiréis también hablar de guerras y rumores de guerras. ¡Mirad que no os turbéis! Esto, en efecto, debe suceder, pero no es todavía el fin. Porque se levantará pueblo contra pueblo, reino contra reino, y habrá en diversos lugares hambres y pestes y terremotos. Todo esto es el comienzo de los dolores."*

Después os entregarán a la tribulación y os matarán y seréis odiados de todos los pueblos por causa de mi nombre. Entonces se escandalizarán muchos, y mutuamente se traicionarán y se odiarán. Surgirán numerosos falsos profetas, que arrastrarán a muchos al error; y por efecto de los excesos de la iniquidad, la caridad de los más se enfriará, Mas el que perseverare hasta el fin, ése será salvo", y esta Buena Nueva del Reino será proclamada

en el mundo entero, en testimonio a todos los pueblos. Entonces vendrá el fin. Cuando veáis, pues, la abominación de la desolación, predicha por el profeta Daniel, instalada en el lugar santo -el que lee, entiéndalo-, entonces los que estén en Judea, huyan a las montañas; 17quien se encuentre en la terraza, no baje a recoger las cosas de la casa; 18quien se encuentre en el campo, no vuelva atrás para tomar su manto. ¡Ay de las que estén encintas y de las que críen en aquel tiempo! Rogad, pues, para que vuestra huida no acontezca en invierno ni en día de sábado. Porque habrá, entonces, grande tribulación, cual no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá más.” (Mateo 14, 4 -21). Para comprender este discurso y los relatos paralelos en Marcos 13 y Lucas 21, hay que tener presente que según los profetas los “últimos tiempos” y los acontecimientos relacionados con ellos que salemos designar con el término griego escatológicos, no se refieren solamente al último día de la historia humana, sino a un período más largo, que Santo Tomás llama de preámbulos para el juicio o “día del señor”, que aquí considera también inseparable de sus acontecimientos concomitantes. No es, pues, necesario que todos los fenómenos anunciados en este discurso se realicen juntos y en un futuro más o menos lejano. Algunos de ellos pueden haberse cumplido ya, especialmente teniendo en cuenta el carácter metafórico de muchas expresiones de estilo apocalíptico. Por su parte, San Agustín señala en una fórmula cuatro sucesos como ligados indisolublemente: la Venida, de Elías (Mateo 11, 14: “Y, si queréis creerlo, él mismo es Elías, el que debía venir); la conversión de los judíos (“Y también otra Escritura dice: “Volverán los ojos hacia Aquel a quien traspasaron” Juan 19, 37); la persecución del Anticristo (Apocalipsis. 13 -1 “Y del mar vi subir una bestia con diez cuernos y siete cabezas, y en sus cuernos diez diademas, y en sus cabezas nombres de blasfemia”), y la Parusía o segunda venida de Cristo (Mateo 16, 27: “Porque el Hijo del hombre ha de venir, en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras”).

4 “Cuando tenéis pleitos sobre negocios temporales, tomad por jueces a los más despreciables de la Iglesia”. Según esto no valdría la pena ocupar en eso a los más sabios. Pero este versículo es diversamente interpretado. Fillion cree que San Pablo habla aquí irónicamente. La solución estaría quizá en la forma interrogativa: ¿Acaso sentáis como jueces a los despreciables? Como si dijera: ¿Es que vais a otros jueces porque no sabéis elegir los vuestros? ¿No tenéis otros mejores?

5 Para vuestra confusión os lo digo. ¿O es que acaso entre vosotros no hay ningún sabio, capaz de juzgar entre hermanos, 6 sino que hermano contra hermano pleitea, y esto ante infieles? 7 Ahora bien, si ya es una mancha en vosotros el que tengáis pleitos unos con otros ¿por qué más bien no soportáis la injusticia? ¿Por qué antes no os dejáis despojar?”

¿Por qué más bien no soportáis la injusticia? Es la doctrina del Sermón de la Montaña, fundamental por lo tanto en el cristianismo, como todo lo que afecta a la caridad. Vemos así cuanto importa huir de los litigios y de cuántos males nos libra Dios con ello, tanto en el orden colectivo como en el individual. Y si bien miramos tal doctrina afecta, más que a nuestros intereses, a nuestro amor propio. Sabemos que hay, por ejemplo, personas de corazón sensible, que con verdadero gusto dan importantes cantidades para los pobres, y que sin embargo se indignan furiosamente de que alguien les tome, sin su permiso, aunque sea una gallina, porque con esto se sienten burlados. ¿No valdría mucho más ante Dios, dejarse quitar la gallina, que entregar una suma, puesto que aquella cosa, materialmente pequeña, requiere una negación de sí mismo, una renuncia a la voluntad de la carne, mucho mayor que lo otro? Porque está claro que, si uno no es capaz de dejarse tomar la gallina, menos tendrá la caridad sobrenatural necesaria para hacer una obra mayor; por donde se ve que una gran donación muchas veces no responde a la pura voluntad caritativa, sino que va mezclada con sentimentalismo y propia satisfacción. De ahí lo que el Apóstol nos dice en el versículo 5 del capítulo 4: *“Por tanto, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor; el cual sacará a luz los secretos de las tinieblas y pondrá de manifiesto los designios de los corazones, y entonces a cada uno le vendrá de Dios su alabanza”*. Sólo Dios conoce lo que vale cada alma, y por eso no hemos de pretender condenarlas ni canonizarlas desde ahora, porque el Señor nos dice: *“No juzguéis según las apariencias, sino que vuestro juicio sea justo”* (Juan 7, 24), y nosotros tendemos a juzgar por las apariencias.

8 *“Pero sois vosotros los que hacéis injusticia y despojáis, y eso a hermanos”*. Nótese la fuerza del contraste: son ellos los victimarios, lejos de soportar como víctimas, a imitación de Cristo: *“Porque en esto está la gracia: en que uno, sufriendo injustamente, soporte penas por consideración a Dios. Pues ¿qué gloria es, si por vuestros pecados sois abofeteados y lo soportáis? Pero si padecéis por obrar bien y lo sufrís, esto es gracia delante de píos. Para esto fuisteis llamados. Porque también Cristo padeció por vosotros dejándoos ejemplo para que sigáis sus pasos. “Él, que no hizo pecado, y en cuya boca no se halló engaño”; cuando lo ultrajaban no respondía con injurias y cuando padecía no amenazaba, sino que se encomendaba al justo Juez. Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, a fin de que nosotros, muertos a los pecados, vivamos para la justicia. “Por sus llagas fuisteis sanados”* (1 Pedro 2, 19-24).

9 *“¿No sabéis que los inicuos no heredarán el reino de Dios? No os hagáis ilusiones. Ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, 10 ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los que viven de rapiña, heredarán el reino*

de Dios. 11 Tales erais algunos; más habéis sido lavados, más habéis sido santificados, mas habéis sido justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios. “Tales erais”: es decir, cuando necios paganos: (v. 1). Así nos lo muestra en Romanos 1, 18-32: 18 “*Pues la ira de Dios se manifiesta desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que injustamente cohíben la verdad; 19 puesto que lo que es dable conocer de Dios está manifiesto en ellos, ya que Dios se lo manifestó. 20 Porque lo invisible de Él, su eterno poder y su divinidad, se hacen notorios desde la creación del mundo, siendo percibidos por sus obras, de manera que no tienen excusa; 21 por cuanto conocieron a Dios y no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su insensato corazón fué oscurecido. 22 Diciendo ser sabios, se tornaron necios, 23 y trocaron la gloria del Dios incorruptible en imágenes que representan al hombre corruptible, aves, cuadrúpedos y reptiles. 24 Por lo cual los entregó Dios a la inmundicia en las concupiscencias de su corazón, de modo que entre ellos afrentasen sus propios cuerpos. (Los entregó Dios: Como observa Santo Tomás, no lo hizo empujándolos al mal, sino abandonándolos, retirando de ellos su gracia. Así cayeron en grandes errores y en vicios vergonzosos: “y las obras de la carne son manifiestas, a saber: fornicación, impureza, lascivia” (Gálatas 5, 19) y en Efesios 4, 19: “y habiéndose hecho insensibles -espiritualmente- se entregaron a la lascivia, para obrar con avidez; toda suerte de impurezas”*. Lo mismo hizo con Israel según el Salmo 80, 13: “*Por eso los entregué a la dureza de su corazón: a que anduvieran según sus apetitos*”). 25 *Ellos trocaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y dieron culto a la creatura antes que, al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén. 26 Por esto los entregó Dios a pasiones vergonzosas, pues hasta sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza. (La perversión sexual tan extendida en los centros de cultura moderna, es consecuencia de la apostasía de nuestro siglo, que lo asemeja a aquellos tiempos paganos señalados por San Pablo. La santa crudeza con que habla el Apóstol nos sirva de ejemplo de sinceridad y amor a la verdad. “El mundo suele escandalizarse de las palabras claras más que de las acciones oscuras”). 27 E igualmente los varones, dejando el uso natural de la mujer, se abrazaron en mutua concupiscencia, cometiendo cosas ignominiosas varones con varones, y recibiendo en sí mismos la paga merecida de sus extravíos. 28 Y como no estimaron el conocimiento de Dios, los entregó Dios a una mente depravada para hacer lo indebido, 29 henchidos de toda injusticia, malicia, codicia, maldad, llenos de envidia, homicidio, riña, dolos, malignidad; murmuradores, 30 calumniadores, aborrecedores de Dios, insolentes, soberbios, fanfarrones, inventores de maldades, desobedientes a sus padres; 31 insensatos, desleales, hombres sin amor y sin misericordia. 32 Y si bien conocen que según lo establecido por Dios los que practican tales*

cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que también se complacen en los que las practican”.

LA CASTIDAD CRISTIANA. 12 *“Todo me es lícito”; pero no todo conviene. “Todo me es lícito”; pero yo no dejaré que nada me domine. 13 “Los alimentos son para el vientre y el vientre para los alimentos”; pero Dios destruirá el uno y los otros. En tanto que el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. 14 Y Dios, así como resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros por su poder. 15 ¿No sabéis acaso que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Tomaré pues los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una ramera? Tal cosa ¡jamás! 16 ¿Ignoráis que quien se junta con una ramera, un cuerpo es (con ella) porque dice (la Escritura): “Los dos serán una carne?”* Decían algunos, a la manera de los materialistas modernos: fornicación y lujuria son cosas tan naturales y necesarias como satisfacer las exigencias del estómago. A ellos responde el Apóstol: En verdad el estómago es para los manjares, pero el cuerpo, como templo del Espíritu santo (versículo 19), está destinado para la gloria eterna. La Iglesia rechaza, por consiguiente, el culto de la carne, tan fomentado en los teatros y en la literatura, y esto no porque desprecie el cuerpo en un falso ascetismo: *“Que nadie, pues, os juzgue por comida o bebida, o en materia de fiestas o novilunios o sábados”* (Colosenses 2, 16), sino porque respeta la dignidad del mismo. Si tú dices: tengo derecho a llevar una vida regalada y entre placeres, respóndete el Apóstol: Ya no eres hombre libre y dueño de ti mismo; ya eres esclavo del regalo y del placer. El cuerpo es para el Señor, etc.: Es decir, para hacerse uno mismo con Cristo, como miembro de Él. Teniendo en cuenta que *“he aquí que todas las almas son mías; mías son el alma del padre alma del hijo, más el alma que pecare, esa morirá”* (Ezequiel 18, 4). Todas las almas son mías: Adorable expresión de amor. No hay mayor muestra de amor e interés por otro, que decirle: tú eres mío. No es esto un alarde del poder de Dios, que por sabio se calla, sino de amor e interés por cada alma. Todas son mías y no quiero perder ninguna. Declaración tanto más notable aquí, cuanto que Israel era objeto de una elección colectiva (Hechos 15, 14). Jesús nos dirá más tarde el valor que esas almas tienen para Dios, revelándonos que ellas son el don que el Padre hizo al Hijo como lo más precioso que existe (Juan 10, 29 s); que en salvarlas y divinizarlas está toda la gloria que el Hijo puede dar al Padre (Juan 17,2), aumentándole así la familia divina (Romanos 8, 29); por lo cual, lejos de rechazarse el pecador, es indecible la alegría de los cielos por uno solo que se arrepiente (Lucas 15, 10). No atribuyamos al Padre de las misericordias (II Corintios 1, 3) un rostro falso y duro (Salmo 138, 1), porque entonces no lo podremos amar, ni siquiera arrepentirnos, pues dudaríamos de su perdón. De ahí que ese empeño por llevarnos a la desesperación, sea la gran arma del diablo y de sus agentes, como lo muestra Dios aquí y en la indignación que manifiesta contra los falsos

profetas que así obran en Jeremías 23, 33 s. “*Morirá*”: se refiere a la muerte corporal, como el mayor de los males de esta vida. En efecto, la muerte es el castigo del pecado Téngase presente, además, que en la religión de Israel sólo se esperaba la resurrección que traería el Mesías (Job 19,23 ss.) y por tanto no se ponía el acento sobre la inmortalidad del alma (Salmo 6, 6), cuyo premio o castigo inmediato a la muerte era ignorado. El cuerpo es para el Señor es para el cuerpo, pues será Él quien lo resucitará y glorificará. “*En cambio la ciudadanía nuestra es en los cielos, de donde también, como Salvador, estamos aguardando al Señor Jesucristo; el cual vendrá a transformar el cuerpo de la humillación nuestra conforme al cuerpo de la gloria Suya, en virtud del poder de Aquel que es capaz para someterle a Él mismo todas las cosas*”. (Filipenses 3, 20 y 21). “La ciudadanía nuestra”: Nuestra patria o morada donde habitamos espiritualmente. “Como Salvador”: Aquí se nos llama la atención sobre la maravillosa gloria de esta Resurrección que nos traerá Jesús, mostrándonos que la plenitud de nuestro destino eterno no se realiza con el premio que el alma recibe en la hora de la muerte como nos dice San Pablo en Colonenses 3,4: “*Cuando se manifieste nuestra vida, que es Cristo, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria*”. “La vida de la gracia está escondida en el fondo del alma: así como nuestros ojos mortales no perciben a Cristo en el seno del Padre, nada tampoco manifiesta exteriormente nuestra unión a Cristo y a su Padre. Pero el día en que Cristo vendrá a inaugurar la fase definitiva de su reino, la gracia florecerá en gloria y nosotros seremos asociados a su triunfo.

17 “*Pero quien se allega al Señor, un mismo espíritu es (con, Él)*”. “Un mismo espíritu”, por participar de la divina naturaleza mediante la gracia, como nos dice San Pedro en su segunda carta 1, 4: “*por medio de las cuales nos han sido obsequiados los preciosos y grandísimos bienes prometidos, para que merced a ellos llegaseis a ser partícipes de la naturaleza divina, huyendo de la corrupción del mundo que vive en concupiscencias*”. “Partícipes de la naturaleza divina”: este misterio, en que consiste el destino inefablemente dichoso del hombre, se realiza por medio del Espíritu Santo, por la cual merced a la Redención de Cristo somos hechos verdaderamente hijos de Dios como Él lo es aún en su Humanidad santísima (Efesios 3, 5). Por eso afirma Santo Tomás que la gracia nos diviniza. Y San Maximino: “*Se nos da la divinidad cuando la gracia penetra nuestra naturaleza de su luz celestial y cuando, por la gloria, esa gracia nos eleva más allá de ella misma.*” Sobre “la corrupción del mundo”, sabemos que “*Jesucristo se entregó por nuestros pecados, para sacarnos de este presente siglo malo, según la voluntad de Dios y Padre nuestro*” (Juan 14, 30). “Este siglo malo”: Es esta una de las orientaciones básicas de la espiritualidad que nos enseña la Escritura en oposición al mundo. Jesús nos la hace recordar continuamente al darnos la afanosa petición del Padrenuestro: “venga tu Reino” (Mateo 6, 10), protesta

ésta que los cristianos del siglo I parafraseaban diciendo en la Didajé, al rogar por la Iglesia: *“reúnela santificada en tu Reino... Pase este mundo, Venga la gracia”*. “Este mundo” es pues este siglo malo, con el cual no hemos de estar nunca conformes (Romanos 12, 2), porque en él tiene su reino Satanás (Juan 14, 30): en él serán perseguidos los discípulos de Cristo (Juan 15, 18) y en él la cizaña estará ahogando el trigo has la que venga Jesús (Mateo 13, 30) y no encuentre la fe en la tierra (Lucas 18, 8); pues Él no vendrá sin que antes prevalezca la apostasía y se revele el Anticristo (II Tesalonicenses 2, 3 ss.), a quien Jesús destruirá con la manifestación de su Parusía” (II Tesalonicenses 8). Nunca podrá, pues, triunfar su Reino mientras no sea quitado el poder de Satanás (Apoc. 20, 1 ss.) y Cristo celebre las Bodas con su Iglesia (Apocalipsis 19, 7), libre ya de toda arruga. (Efesios 5, 27); después de la derrota del Anticristo (Apocalipsis 19, 11-20), cuando la cizaña haya sido cortada (Mateo 13, 39-40), los peces malos estén separados de los buenos. (Mateo 13, 47 ss.) y sea expulsado del banquete el que no tiene traje nupcial (Mateo 22, 11 ss.). Tal es la dichosa esperanza del cristiano (Tito 2, 13) sin la cual nada puede satisfacerle ni ilusionarle sobre el triunfo del bien (Apocalipsis 13, 7). Doce San Bernardo que *“Dios permite que la concupiscencia viva todavía en nosotros y nos aflija profundamente para humillarnos a fin de que, conociendo lo que la gracia nos proporciona, nos hallemos inclinados a pedírsela sin cesar”*. Amén de que como dice Santo Tomás: *“De la naturaleza del amor es transformar al amante en el amado; por consiguiente, si amamos lo vil y caduco nos hacemos viles e inestables... Si amamos a Dios nos hacemos divinos”*.

18 “Huíd, pues, la fornicación. Cualquier pecado que cometa el hombre, queda fuera del cuerpo, más el que fornicar, contra su mismo cuerpo peca.
19 ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en vosotros, el cual habéis recibido de Dios, y que ya no os pertenecéis a vosotros? La impureza es un materialismo grosero, un sacrilegio que deshonra los miembros de Cristo, una degradación del propio cuerpo, una profanación que viola el templo del Espíritu Santo, una injusticia que desconoce los derechos de Cristo sobre nosotros” (Bover).

20 “Porque fuisteis comprados por un precio (grande). Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo”. “Por un precio grande”: El texto dice solamente: por un precio: el Apóstol quiere recalcar que en esa compra el precio fué enteramente pagado, de modo que no puede dudarse que ya no somos nuestros. Como veremos más adelante en esta misma Epístola 7, 23: *“Comprados habéis sido por un precio (grande); no os hagáis esclavos de los hombres”*. Se insiste en esa misma verdad para convencernos de que no podemos esclavizar tampoco a otros hombres. Y así nos dice Santo Tomás: *“No contento con purificarnos, el Salvador nos ha enriquecido, pues nos mereció*

con su muerte la gracia santificante y la felicidad celeste. Por lo tanto, considerando que la Sangre de Cristo ha sido el precio de nuestro rescate, ¿no nos sentimos inducidos a guardarnos más cuidadosamente de toda caída?”.

II. RESPUESTAS A VARIAS PREGUNTAS (7,1 – 15,58)

A. MATRIMONIO Y VIRGINIDAD (7,1-40)

CAPÍTULO VII

EL MATRIMONIO. 1 “En cuanto a las cosas que escribisteis, bueno es al hombre no tocar mujer. 2 Mas para evitar la fornicación, tenga cada uno su mujer, y cada una su marido. 3 El marido pague a la mujer el débito, y así mismo la mujer al marido”. Santo Tomás nos advierte: *“Existen algunos que enseñan que la unión del varón y la esposa no está libre de pecado, lo que es herético”.*

4 “La mujer no tiene potestad sobre su cuerpo, sino el marido; e igualmente, el marido no tiene potestad sobre su cuerpo, sino la mujer”. He aquí algo que probablemente ignora gran parte de los cónyuges. El recordarlo convertiría en caridad lo que antes era pura concupiscencia egoísta.

5 “No os privéis recíprocamente, a no ser de común acuerdo por algún tiempo, para entregaros a la oración; y después volved a cohabitar, no sea que os tiende Satanás por medio de vuestra incontinencia”. Contestando el Apóstol a las consultas que le habían sido presentadas, expone el ideal del matrimonio cristiano con admirable libertad de espíritu, previniendo a los cónyuges que si Dios los mueve a dejar, por algún tiempo, la cohabitación y dedicarse a la oración, lo hagan siempre atendiendo a la debilidad humana del modo que lo dijo en el versículo 2, esto es, para evitar el peligro de la incontinencia, o sea para que la presunción de ostentar ante Dios una virtud heroica, no los haga olvidar la miseria humana y caigan en adulterio u otros actos prohibidos, por evitar aquellos que no lo están. Véase la promesa que él contiene de las más grandes bendiciones para el hogar y el ejemplo de Tobías 6, 18-22: *“Mas tú, cuando la hubieres tomado por mujer, y hayas entrado en el aposento, no llegues a ella en tres días, y no pienses en otra cosa sino en hacer oración en compañía de ella. En la primera noche, quemarás el hígado del pez, y será ahuyentado el demonio. En la segunda noche serás admitido en la unión de los santos patriarcas. En la tercera alcanzarás la bendición para que de vosotros nazcan hijos sanos. Pasada la tercera noche, recibirás la doncella en el temor del Señor, llevado más bien del deseo de tener hijos, que de la pasión, para que consigas en tus hijos la bendición reservada al linaje de Abrahán”.* No tenía que velar toda la noche, según veremos en el

Tobías 8, 15. Si los contrayentes cristianos consideraran esto, ¿cuántos no ambicionarían conquistar semejantes bendiciones aprovechando la lección del Ángel? ¡Qué unión de espíritu para toda la vida no se labraría en esas tres noches de oración! Ahora bien, por encima del estado matrimonial, recomienda el Apóstol la virginidad como veremos en el versículo 26 de esta misma epístola.

6 “Esto lo digo por condescendencia, no como precepto. 7 Quisiera que todos los hombres fuesen así como yo, más cada uno tiene de Dios su propio don, quien de una manera, y quien de otra. 8 Digo, empero, a los que no están casados y a las viudas: bueno les es si permanecen así como yo. 9 Mas si no guardan continencia, cádense; pues mejor es casarse que abrasarse”. Abrasarse, es decir, entregarse a malos pensamientos y pasiones “hasta consumirse en el oculto fuego” (San Agustín).

MATRIMONIOS ENTRE CRISTIANOS Y PAGANOS. 10 “A los casados ordeno, no yo, sino el Señor, que la mujer no se separe de su marido”; La indisolubilidad del matrimonio es, como se ve, un mandamiento que viene del Señor, y del que no puede dispensar ninguna potestad. Y así queda reflejado en Mateo 5, 32: “Mas Yo os digo: “*Quienquiera repudie a su mujer, si no es por causa de fornicación, se hace causa de que se cometa adulterio con ella; y el que toma a una mujer repudiada comete adulterio.*” En Marcos 10, 11 y Lucas 16, 18. El divorcio es, pues, contrario a la ley de Dios, aunque fuera aprobado en un país por la unanimidad de los legisladores. Y lo deja claro Marcos 5. 11: “Les dijo: “*Quien repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra la primera*”; hay un bello matiz de caridad en esta clara definición que condena el desorden de nuestra época, en la que una legislación civil se cree autorizada para separar “lo que Dios ha unido”.

12 “A los demás digo yo, no el Señor; si algún hermano tiene mujer infiel, y ésta consiente en habitar con él, no la despida”. Esta norma que se llama Privilegio Paulino o “privilegio de la fe”. Es, pues, una institución del Derecho Canónico de la Iglesia católica, pensada para favorecer la conversión de los no bautizados. Su supuesto de hecho es un matrimonio entre no bautizados válido para la Iglesia, en el que uno de los cónyuges se bautiza y el otro no acepta tal conversión. En ese caso, previa interpelación del obispo competente sobre las intenciones del cónyuge no bautizado para asegurarse de que tal es su intención, puede el cónyuge convertido volver a casarse, quedando disuelto el primer matrimonio, aun habiendo sido válido para la Iglesia. De acuerdo con los especialistas, son cuatro las condiciones para que opere este privilegio:

1.- Debe haber un matrimonio válido previo entre dos personas no bautizadas.

2.- Se da la conversión y el bautismo (en la Iglesia católica o en otra Iglesia) de uno de los cónyuges.

3.- Se produce la separación física o moral del cónyuge no bautizado. Se considera que la parte no bautizada se separa si no quiere cohabitar con la parte bautizada, o no quiere cohabitar sin ofensa del Creador, a no ser que ésta, después de recibir el bautismo, le hubiera dado un motivo justo para separarse.

4.- Hay una interpelación a la parte no bautizada. Para su validez se requiere que la parte no bautizada sea interrogada acerca de los siguientes puntos: si desea recibir el bautismo; si quiere por lo menos cohabitar pacíficamente con la parte bautizada, sin ofensa (contumelia) del Creador. La respuesta negativa a estas preguntas confirma la “separación” de la parte no bautizada y confiere validez al segundo matrimonio.

El matrimonio queda disuelto con la celebración del nuevo matrimonio.

13 “Y la mujer que tiene marido infiel, y éste consiente en habitar con ella, no abandone ella a su marido. 14 Porque el marido infiel es santificado por la mujer, y la mujer infiel es santificada por el hermano; de lo contrario vuestros hijos serían inmundos, mientras que ahora son santos”. El cónyuge convertido, santificado como miembro de Cristo, santifica al otro por la íntima unión que con él tiene. “La limpieza de la mujer fiel vence la inmundicia del varón infiel, y también la limpieza del varón fiel vence la inmundicia de la mujer infiel” (San Crisóstomo). Es una notable excepción a la ley del contagio, y coincide con lo que dice San Pedro sobre la santidad de la misión de los cónyuges: “De igual manera, vosotras, mujeres, sed sumisas a vuestros maridos, para que si algunos no obedecen a la predicación sean ganados sin palabra por la conducta de sus mujeres” (1 Pedro 3, 1). Al igual que San Pablo, así también San Pedro ve la misión de la mujer cristiana más en una vida ejemplar que en palabras y discusiones, tan raras veces fructuosas y a las cuales no está llamada. Come aquí vemos, la misión de la esposa puede alcanzar un extraordinario valor apostólico. La caridad aconseja no separarse en este caso, dice San Agustín, porque la separación dificultaría la salvación de los infieles. “Vuestros hijos”: Los Padres griegos (Crisóstomo, Teodosio, etc.) advierten que el cónyuge infiel por su unión con el fiel tiene mayor esperanza de salvación, así como los hijos de padres cristianos más seguramente llegan a la fe. Los autores coinciden hoy en señalar que San Pablo, al decir aquí “vuestros”, se refiere no ya a los hijos de aquellos matrimonios mixtos, sino a los de todos los cristianos de Corinto.

15 “Mas si la parte infiel se separa, sepárese; en tal caso no está sujeto a servidumbre el hermano o la hermana; pues Dios nos ha llamado a la paz. 16 Porque (de lo contrario) ¿sabes tú, mujer, si salvarías a tu marido? ¿O sabes tú, marido, si salvarías a tu mujer?” En este caso ya no podría seguirse

sin presunción el caritativo empeño del versículo 14. Por donde vemos la suavidad de los caminos que Dios abre a los rectos de corazón, que miran la amistad de Él como la preocupación central de su vida.

CADA CUAL PERMANEZCA EN SU ESTADO. 17 *“Cada cual, según el Señor le ha dado, y según Dios le ha llamado, así ande. Esto es lo que establezco en todas las Iglesias. 18 ¿Ha sido llamado alguno siendo circunciso? No se haga incircunciso. ¿Fue uno llamado incircunciso? No se circuncide”*. “No se haga incircunciso”: Por medio de una operación quirúrgica los judíos helenistas que apostataban de su Dios disimulaban la circuncisión para evitar la burla de los griegos en los gimnasios donde aparecían desnudos (gimnasio viene del griego gymnós, desnudo).

19 *“Nada es la circuncisión, y nada la incircuncisión; sino el guardar los mandamientos de Dios. 20 Cada cual persevere en el estado en que fue llamado. 21 ¿Fuiste llamado siendo esclavo? No te dé cuidado; antes bien, saca provecho de eso, aun cuando pudieses hacerte libre”*. El cristianismo remedia la lucha de clases y quiere que todos se hagan, voluntariamente, siervos de Cristo y hermanos entre sí.

22 *“Porque el que fue llamado en el Señor, siendo esclavo, liberto es del Señor; así también el que fue llamado siendo libre, esclavo es de Cristo. 23 Comprados habéis sido por un precio (grande); no os hagáis esclavos de los hombres”*. “Por un precio (grande)”: esto es, con la preciosísima Sangre de Jesucristo. Habéis sido hechos libres por Jesucristo, y vuestro espíritu no puede ser esclavo de nadie, por lo tanto, no importa a qué condición social pertenezcáis.

24 *“Hermanos, cada uno permanezca ante Dios en la condición en que fue llamado”*.

VENTAJAS DE LA VIRGINIDAD. 25 *“Respecto de las vírgenes, no tengo precepto del Señor; pero doy mi parecer, como quien ha alcanzado la misericordia del Señor para ser fiel”*. “Misericordia para ser fiel”: He aquí un pasaje que, como muchas otras palabras reveladas, puede escandalizar al criterio humano, naturalmente opuesto al criterio esencialmente divino de la Sagrada Escritura. La Iglesia lo cita, con algunos más: *“a mí, que antes fui blasfemo y perseguidor y violento, más fui objeto de misericordia, por haberlo hecho con ignorancia, en incredulidad”* (1 Timoteo 1, 13); *“Porque os ha sido otorgado, por la gracia de Cristo, no sólo el creer en Él, sino también el padecer por la causa de Él”*, (Filipenses 1, 29); *“Porque habéis sido salvados gratuitamente por medio de la fe; y esto no viene de vosotros: es el don de Dios”* (Efesios 2, 8); *“De lo alto es todo bien que recibimos y todo don*

perfecto, descendiendo del Padre de las luces, en quien no hay mudanza ni sombra (resultante) de variación” (Santiago 1, 17); “Juan les respondió: “No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo”. (Juan 3, 27), para demostrar que la fidelidad del hombre a Dios, lejos de ser un favor que a Él le hacemos es un favor, el más grande, que recibimos de Él.

26 “Juzgo, pues, que, en vista de la inminente tribulación, es bueno para el hombre quedar como está”. Las ventajas y excelencias de la virginidad por causa de Dios no se pueden destacar mejor que en este incisivo discurso, de un valor que no sufre menoscabo por el cambio de tiempos ni de circunstancias. La inminente tribulación, a saber, las cargas y cruces de la vida matrimonial, las persecuciones y la vanidad y fugacidad de este mundo, cuyo fin siempre puede estar cerca con el ansiado Retorno del Rey de Reyes. Sobre esto insiste también, en el versículo 29, diciéndonos que *“el tiempo es limitado”*, y en el capítulo 10, versículo 11: *“ha venido el fin de las edades”*. Como se ve, San Pablo no presenta la virginidad como precepto: *“prohíben el casarse y el uso de manjares que Dios hizo para que con acción de gracias los tomen los que creen y han llegado al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 4, 3)*, sino que la ofrece como un estado más conveniente y feliz aún en esta vida, de acuerdo con lo que Jesús dijo en Mateo 19, 11 y 12: *“Pero Él les respondió: “No todos pueden comprender esta palabra, sino solamente aquellos a quienes es dado. Porque hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos hechos por los hombres, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el reino de los cielos. El que pueda entender, entienda”*. Lo mismo dice sobre el estado de viudez en el versículo 40.

27 “¿Estás atado a mujer? No busques desatarte. ¿Estás desatado de mujer? No busques mujer. 28 Si te casares, no pecas; y si la doncella se casare no peca. Pero estos tales sufrirán en su carne tribulaciones, que yo quiero ahorraros. 29 Lo que quiero decir, hermanos, es esto: el tiempo es limitado; resta, pues, que los que tienen mujeres vivan como si no las tuviesen”; 30 y los que lloran, como si no llorasen; y los que se regocijan, como si no se regocijasen; y los que compran, como si no poseyesen”. “Limitado”: El griego usa una expresión náutica que significa cargar las velas, y es para señalar que no podemos contar con largo tiempo, que estamos próximos a zarpar, lo cual es doblemente cierto, por la brevedad e incertidumbre de nuestra vida y por el eventual retorno del Señor en cualquier momento.

31 “y los que usan del mundo, como si no usasen, porque la apariencia de este mundo pasa”. “La apariencia de este mundo pasa”: El cristiano pleno, en vez de ser, pues, el tipo del hombre satisfecho, casi prosaico, según se lo imagina el mundo al verlo huir de sus oropeles, es el grande y audaz aventurero, que se juega el todo por el todo frente a lo infinito. Él ve que las

bellezas temporales, según la carne, producen emociones intensas, y que lo espiritual no es emotivo sino tranquilo. Pero él sabe que aquello es apariencia, y que esto es “*la verdad*”; porque “*las cosas que se ven son transitorias, más las que no se ven son eternas*” (II Cor. 4, 18). Entonces, al ver que todo esto es una apariencia, una escena como en el teatro, no se resigna a poner todo su destino en tan poca cosa, porque es ambicioso, Y entonces no tarda en descubrir que la realidad está escondida en el misterio, y que ese misterio es todo de amor, como el mismo Dios, por lo cual sin el amor no podemos entender nada (1 Juan 4, 8). Y cuando se entrega del todo al amor, es decir, a la felicidad de ser amado, empieza a sentirse satisfecho, tanto en su corazón como en su mente; y a medida que va hallando la sabiduría, va haciéndose cada día más pequeño delante de Dios, como un niño de pecho, y comprueba alborozada cómo es que el Padre muestra a los pequeños esas cosas que oculta a los que los hombres llaman sabios (Lucas 10, 21).

32 *"Mi deseo es que viváis sin preocupaciones. El que no es casado anda solícito en las cosas del Señor, por cómo agradar al Señor; 33 más el que es casado, anda solícito en las cosas del mundo (buscando), cómo agradar a su mujer, y está dividido".* “Está dividido”: Tal es sin duda lo común. Podemos sin embargo agregar, para consuelo de los casados que quieren amar a Dios, aquello que Jesús dijo en Lucas 18, 27: “*Las cosas imposibles para hombres, posibles para Dios son.*”

34 *“La mujer sin marido y la doncella piensan en las cosas del Señor, para ser santas en cuerpo y espíritu; más la casada piensa en las cosas del mundo (buscando), cómo agradar a su marido. 35 Esto lo digo para vuestro provecho; no para tenderos un lazo, sino en orden a lo que más conviene y os une mejor al Señor, sin distracción. 36 Pero si alguno teme deshonor por causa de su (hija) doncella, si pasa la flor de la edad y si es preciso obrar así, haga lo que quiera; no peca. Que se casen. 37 Mas el que se mantiene firme en su corazón y no se ve forzado, sino que es dueño de su voluntad y en su corazón ha determinado guardar a su doncella, hará bien. 38 Quien, pues, case a su doncella, hará bien; más el que no la casa, hará mejor”.*

LAS VIUDAS. **39** *“La mujer está ligada todo el tiempo que viva su marido; más si muriere el marido, queda libre para casarse con quien quiera; sólo que sea en el Señor”.* “Que sea en el Señor”: esto es, dentro del Cuerpo Místico, con un esposo cristiano. De ahí que la Iglesia prohíba los matrimonios mixtos y no los permita sino con ciertas precauciones. La forma externa actual del Matrimonio data del Concilio de Trento.

40 *“Sin embargo, será más feliz si permaneciere así, según el parecer mío, y creo tener también yo espíritu de Dios”.* El estado de viudez ha merecido

siempre gran respeto en la Iglesia, como vemos en 1 Tim. 5, 3- 5: “*A las viudas hónralas si lo son de verdad. Pero si una viuda tiene hijos o nietos, aprendan éstos primero a mostrar la piedad para con su propia casa y a dar en retomo lo que deben a sus mayores, porque esto es grato delante de Dios. La que es verdadera viuda y desamparada tiene puesta la esperanza en Dios y persevera en súplicas y en oraciones noche y día. Mas la que se entrega a los placeres, viviendo está muerta*”. Verdaderas viudas son las que, conservando su estado de castidad y de luto, están desamparadas y necesitan socorro.

B. ¿ES LÍCITO COMER DE LOS MANJARES CONSAGRADOS A LOS ÍDOLOS?

(8,1 – 10,33)

CAPÍTULO VIII

NO HAY IMPUREZA EN COMER CARNES OFRECIDAS A LOS ÍDOLOS. **1** “*En cuanto a las carnes ofrecidas a los ídolos, sabemos que todos tenemos ciencia. Pero la ciencia infla, en tanto que la caridad edifica*”. Parte de los sacrificios que los paganos ofrecían a sus ídolos, se vendía en el mercado. Por lo tanto, algunos cristianos se sentían inquietos al comer carne, especialmente cuando eran convidados por algún pagano.

2 “*Si alguno se imagina que sabe algo, nada sabe todavía cómo se debe saber. 3 Pero si uno ama a Dios, ése es de Él conocido. 4 Ahora bien, respecto del comer las carnes ofrecidas a los ídolos, sabemos que ningún ídolo en el mundo existe (realmente), y que no hay Dios sino Uno. 5 Porque aunque haya algunos que se llamen dioses, sea en el cielo, sea en la tierra - de esta clase hay muchos “dioses” y “señores-*”. Quiere decir: nada sabe”; y esto no solamente porque la pura ciencia infla y nada vale sin la sabiduría sino también porque son tantos los misterios revelados por Dios en la Escritura, que jamás sabremos de ellos todo cuanto habría que saber. En cambio, el que ama, o sea el que tiene la caridad que edifica, ése es conocido de Dios. Y esto es lo que importa: lo que Él conoce; porque la realidad es lo que sucede ante Dios y no lo que ocurre en el campo de la mente nuestra, sujeta a error y que puede ser víctima de la imaginación. Por eso es que las emociones propias no tienen tanto valor en la vida espiritual.

6 “*Mas para nosotros no hay sino un solo Dios, el Padre, de quien vienen todas las cosas, y para quien somos nosotros; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas, y por quien somos nosotros*”. “Un solo Dios, el Padre, etc.”: Es ésta una de las grandes luces para el conocimiento del verdadero Dios, que hallamos en la Sagrada Escritura, donde el ¡Padre siempre es llamado Dios por antonomasia! El Padre es amor, el Hijo es amor, el

Espíritu Santo es amor, porque los tres son una sola Divinidad y Dios es amor: *“En cuanto a nosotros, hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en ese amor. Dios es amor; y el que permanece en el amor, en Dios permanece y Dios permanece en él”*. (1 Juan 4, 16). Permanecer en el amor no significa (como muchos pensarán), permanecer amando, sino sintiéndose amado, es decir tener conciencia del amor que Dios nos tiene. El Padre es el Principio del amor (“Caritas Pater”). El Hijo es el Don del amor (“Gratia Filius”), y al mismo tiempo su expresión (Verbo del amor), su conocimiento (“*la luz del amor que viene a este mundo*”: Juan 1, 9; 3, 19: 12, 46), y su contenido mismo: “*resplandor de la gloria del Padre y figura de su sustancia*” (Hebreos 1, 3), y viene como “*Dios con nosotros*” o Emmanuel (Isaías 7, 14). El Espíritu Santo es el Soplo del amor (“Communicatio Spiritus Sanctus”) y da todavía un paso más que el Verbo Jesús, realizando la divinización de los hombres como hijos de Dios, si ellos aceptan a Jesucristo. El Padre es, diríamos, Dios Amor en Sí. El Hijo es ese Dios Amor con nosotros. El Espíritu Santo es ese Dios Amor en nosotros, terminando así el proceso divino ad extra, es decir trayéndonos eficazmente, en virtud de la voluntad del Padre que nos dió al Hijo, y de los méritos del Hijo ante el Padre, la participación en la naturaleza divina, el nacimiento de Dios como hijos, la vida de amistad con el Padre y el Hijo en virtud de ese amor y la unidad, en fin, consumada con el Padre y el Hijo en Juan 17,21: 21 *“a fin de que todos sean uno, como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti, a fin de que también ellos sean en nosotros, para que el mundo crea que eres Tú el que me enviaste*. “Para que el mundo crea”: Se nos da aquí otra regla infalible de apologética sobrenatural, que coincide con el sello de los verdaderos discípulos, señalado por Jesús en 13, 35: *“En esto reconocerán todos que sois discípulos míos, si tenéis amor unos para otros”*. En ellos el poder de la palabra divina, y el vigor de la fe se manifestarán por la unión de sus corazones, y el mundo creará entonces, ante el espectáculo de esa mutua caridad, que se fundará en la común participación a la vida divina). *“Y la gloria que Tú me diste, Yo se la he dado a ellos, para que sean uno como nosotros somos Uno”* (Juan 17, 22): Esa gloria es la divina naturaleza, que el Hijo recibe del Padre y que nos es comunicada a nosotros por el Espíritu Santo mediante el misterio de la adopción como hijos de Dios, que Jesús nos conquistó con sus méritos infinitos. *“Yo en ellos y Tú en Mí, a fin de que sean perfectamente uno, y para que el mundo sepa que eres Tú quien me enviaste y los amaste a ellos como me amaste a Mí”* (Juan 17 23). “Perfectamente uno”: ¡consumarse en la unidad divina con el Padre y el Hijo! No hay panteísmo bralimánico que pueda compararse a esto. Creados a la imagen de Dios, y restaurados luego de nuestra degeneración por la inmolación de su Hijo, somos hechos hijos como Él; participes de la naturaleza divina; denominados “dioses” por el mismo Jesucristo; vivimos de su vida misma, como Él vive del Padre, y, como si todo esto no fuera suficiente, Jesús nos da todos sus méritos para que el Padre pueda considerarnos coherederos de su Hijo: *“Y si hijos,*

también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo, si es que sufrimos juntamente (con Él), para ser también glorificados (con Él)” (Romanos 8, 17) y llevarnos a esta consumación en la Unidad, hechos semejantes a Jesús: *“Carísimos, ya somos hijos de Dios aunque todavía no se ha manifestado lo que seremos. Mas sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a Él, porque, lo veremos tal como es”* (1 Juan 3, 2), aun en el cuerpo cuando Él venga, y compartiendo eternamente la misma gloria que su Humanidad santísima tiene hoy a la diestra del Padre y que es igual a la que tuvo siempre como Hijo Unigénito de Dios.

NO ESCANDALIZAR A LOS DÉBILES. 7 *“Mas no en todos hay esta ciencia; sino que algunos, acostumbrados hasta ahora a los ídolos, comen esas carnes como ofrecidas antes a los ídolos, y su conciencia, débil como es, queda contaminada”*, no por el hecho mismo, sino por la viciada intención del que lo hizo creyendo que era pecado. Vemos aquí la importancia capitalísima y decisiva que tiene ante Dios la rectitud de conciencia.

8 *“Pero no es el alimento lo que nos recomienda a Dios; ni somos menos si no comemos, ni somos más si comemos. 9 Cuidad, empero de que esta libertad vuestra no sirva de tropiezo para los débiles”. 12 “Pecando de esta manera contra los hermanos, e hiriendo su conciencia que es flaca, contra Cristo pecáis”*. Pecan contra Cristo porque son culpables de que muera un miembro de su Cuerpo Místico, un alma que Él amó hasta entregarse por ella, tal y como nos lo dice San Pablo: *“y ya no vivo yo, sino que en mí vive Cristo. Y si ahora vivo en carne, vivo por la fe en el Hijo de Dios, el cual me amo y se entregó por mí”* (Gálatas 2, 20) y cuyas ofensas Él mira como hechas a Sí mismo: *“Y respondiendo el rey les dirá: “En verdad, os digo: en cuanto lo hicisteis a uno solo, el más pequeño de estos mis hermanos, a Mí lo hicisteis.” Entonces dirá también a los de su izquierda: “Alejaos de Mí, malditos, al fuego eterno; preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era forastero, y no me acogisteis; estaba desnudo y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel y no me visitasteis.” Entonces responderán ellos también: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?” Y Él les responderá: “En verdad, Os digo: en cuanto habéis dejado de hacerlo a uno de éstos, los más pequeños, tampoco a Mí lo hicisteis.”* (Mateo 25, 40 y 45).

13 *“Por lo cual, si el manjar escandaliza a mi hermano, no comeré yo carne nunca jamás, para no escandalizar a mi hermano”. El cristianismo es la religión de la caridad, y no una tabla de derechos y fórmulas. Es, por consiguiente, deber nuestro renunciar a una cosa lícita para salvar un alma.*

Lo que en sí es cosa indiferente y lícita, puede redundar en perjuicio de otro, si para éste es ocasión de pecado.

CAPÍTULO IX

EL EJEMPLO DEL APÓSTOL. 1 “¿No soy yo libre? ¿No soy yo apóstol? ¿No he visto a Jesús nuestro Señor? ¿No sois vosotros mi obra en el Señor? 2 Si para otros no soy apóstol, a lo menos para vosotros lo soy; porque el sello de mi apostolado sois vosotros en el Señor”. Como podemos comprobar en Gálatas 1,12: *“Pues yo no lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo”*, y en Gálatas 2, 8: *“Pues el que dió fuerza a Pedro para d apostolado de los circuncisos. me la dió también a mí para el apostolado de los gentiles”*. Era el mismo Cristo quien había instituido a ambos, por diversos modos. ¿Quién podría rectificarlo a Él? Por lo demás, la vocación de Pablo hacia los gentiles (Hechos 9, 15) no le impidió evangelizar también a los judíos, así como Pedro fué el primero en admitir a los gentiles en la Iglesia (Hechos 10).

3 “Esta es mi defensa contra los que me juzgan. 4 ¿No tenemos acaso derecho a comer y beber? 5 ¿No tenemos derecho de llevar con nosotros una hermana, una, mujer, como los demás apóstoles, y los hermanos del Señor, y Cefas?” No se trata de las mujeres casadas con los apóstoles, pues ellos habían abandonado sus familias, y San Pablo practica y recomienda el celibato, como lo ratifica en el capítulo 7, 7, sino más bien de mujeres piadosas que los acompañaban y asistían con sus bienes, como lo hicieron con el mismo Señor: *“En el tiempo siguiente anduvo caminando por ciudades y aldeas, predicando y anunciando la Buena Nueva del reino de Dios, y con Él los Doce, y también algunas mujeres, que habían sido sanadas de espíritus malignos y enfermedades: María, la llamada Magdalena, de la cual habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cuzá el intendente de Herodes; Susana, y muchas otras, las cuales les proveían del propio sustento de ellas”* (Lucas 8, 1-3).

6 “¿O es que sólo yo y Bernabé no tenemos derecho a no trabajar?” Se refiere al trabajo manual o lucrativo para la propia subsistencia, lo cual le quitaría tiempo para el apostolado. Ello, no obstante, bien sabemos que Pablo hacía aún esos trabajos, para no ser gravoso a las Iglesias y conservar su libertad de espíritu.

7 “¿Quién jamás sirve en la milicia a sus propias expensas? ¿Quién planta una viña y no come su fruto? ¿O quién apacienta un rebaño y no se alimenta de la leche del rebaño? 8 ¿Por ventura digo esto según el sentir de los hombres? ¿No lo dice también la Ley? 9 Pues escrito está en la Ley de Moisés”: “No pondrás bozal al buey que trilla.” ¿Es que Dios se ocupa

(aquí) de los bueyes? 10 ¿O lo dice principalmente por nosotros? Sí, porque a causa de nosotros fué escrito que el que ara debe arar con esperanza, y el que trilla, con esperanza de tener su parte. 11 Si nosotros hemos sembrado en vosotros los bienes espirituales ¿será mucho que recojamos de vosotros cosas temporales? 12 Si otros tienen este derecho sobre vosotros ¿no con más razón nosotros? Sin embargo, no hemos hecho uso de este derecho; antes bien, todo lo sufrimos, para no poner obstáculo alguno al Evangelio de Cristo". Los sembradores o predicadores del Evangelio merecían como se ve, especial consideración, y en 1 Timoteo 5, 17 San Pablo nos dice como proceder con los presbíteros: *"Los presbíteros que dirigen bien sean considerados dignos de doble honor, sobre todo los que trabajan en predicar y enseñar"*.

13 *"¿No sabéis que los que desempeñan funciones sagradas, viven del Templo, y los que sirven al altar, del altar participan?"* Los apóstoles tienen, pues, derecho a ser sustentados por los fieles a quienes sirven. Sin embargo, San Pablo renunció a tal derecho, ganándose la vida con su propio trabajo corporal, como acto ejemplar de caridad.

14 *"Así también ha ordenado el Señor que los que anuncian el Evangelio, vivan del Evangelio"*. Se refiere a lo dicho por Jesús sobre el sustento de los obreros evangélicos en Luc. 10, 7: *"Permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que os den, porque el obrero es acreedor a su salario. No paséis de casa en casa. Y en toda ciudad en donde entréis y os reciban, comed lo que os pusieren delante"*. En cuanto a la generosidad de los fieles, por una parte, y el desinterés de los pastores por otra, está claro en Mateo 10, 8-10: *"Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad fuera demonios. Recibisteis gratuitamente, dad gratuitamente. No tengáis ni oro, ni plata, ni cobre en vuestros cintos; 10ni alforja pata el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, m bastón; porque el obrero es acreedor a su sustento"*. En estas palabras se contiene una exhortación a amar y practicar la pobreza, un llamado especial que Dios hace a los religiosos y sacerdotes que se dedican al sagrado ministerio. Jesús manda, tanto a los apóstoles, como a los discípulos (Lucas 10, 4), que no lleven bolsa, ni alforja, ni dinero, confiando en la eficacia propia de la divina Palabra, cuya predicación es el objeto por excelencia del apostolado, según se nos muestra en la despedida de Jesús: *"Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; 20enseñándoles a conservar todo cuanto os he mandado. Y mirad que Yo con vosotros estoy todos los días, hasta la consumación del siglo."* (Lucas 28, 19-20); en la conducta de los Doce después de Pentecostés: *"Por lo cual los doce convocaron la asamblea de los discípulos y dijeron: "No es justo que nosotros descuidemos la palabra de Dios para servir a las mesas"* (Hechos 6, 2) y en las declaraciones de San Pablo,

que hemos visto en (1 Cor. 1. 17) “*Porque no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el Evangelio...*”

EL APÓSTOL NO HACE USO DE SUS DERECHOS. 15 “*Yo, por mi parte, no me he aprovechado de nada de eso; ni escribo esto para que se haga así conmigo; porque mejor me fuera morir antes que nadie me prive de esta mi gloria*”. La gloria consiste en haber trabajado gratuitamente por el Evangelio: “*y como era del mismo oficio, hospedóse con ellos y trabajaba, porque su oficio era hacer tiendas de campaña*” (Hechos 18, 3). Así podía increpar a los que negociaban con las almas: “Ahora, pues, cuando os reunís en un mismo lugar, no es para comer la Cena del Señor” (II Corintios 11, 20).

16 “*Porque si predico el Evangelio no tengo ninguna gloria, ya que me incumbe hacerlo por necesidad; pues ¡ay de mí, si no predicare el Evangelio!*” “¡Ay de mí si no predicare el Evangelio!”: Vemos una vez más la importancia capitalísima que los apóstoles atribuyen a la predicación de la Palabra de Dios. Vale la pena destacar cómo, al cabo de dos mil años, el amor a la verdad ha llevado a un escritor moderno -venido del judaísmo y que explotó antes muchos campos literarios con éxito tan brillante como su estilo— a esta misma conclusión de San Pablo. En plena mitad del siglo XX, frente a los horrores de la guerra y del odio, tan parecidos a las señales del fin anunciadas por Jesús, René Schwob ha dicho que sólo un campo queda, sólo un asunto tiene sentido para ocupar al escritor de hoy: el comentario al Evangelio. Por lo demás, el Papa Pío XII corrobora el concepto en la Encíclica “Divino Afflante Spiritu”, sobre la Biblia, al decir que, lejos de ser éste un campo ya agotado, está muy al contrario lleno de cosas que quedan por entender y explicar. De modo que puedo vaticinarse el alcance insospechado que tuvo, con el favor de Dios, el movimiento bíblico católico que se inició en muchos países del mundo con una simultaneidad que responde a la sed universal de las almas.

17 “*Si hago esto voluntariamente tengo galardón; más si por fuerza (para eso) me ha sido confiada mayordomía. 18 ¿Cuál es pues mi galardón? Que predicando el Evangelio hago sin cargo el Evangelio, por no (exponerme a) abusar de mi potestad en el Evangelio. 19 Porque libre de todos, a todos me esclavicé, por ganar un mayor número. 20 Y me hice: para los judíos como judío, por ganar a los judíos; para los que están bajo la Ley, como sometido a la Ley, no estando yo bajo la Ley, por ganar a, los que están bajo la Ley; 21 para los que están fuera de la Ley, como si estuviera yo fuera de la Ley - aunque no estoy fuera de la Ley de Dios, sino bajo la Ley de Cristo por ganar a los que están sin Ley. Con los débiles me hice débil, por ganar a los débiles; me he hecho todo para todos, para de todos modos salvar a algunos*”. Para de todos modos salvar a algunos. La Vulgata dice: para salvarlos a todos.

23 “Todo lo hago por el Evangelio, para tener parte en él. 24 ¿No sabéis que en el estadio los corredores corren todos, pero uno solo recibe el premio? Corred, pues, de tal modo que lo alcancéis”. El Apóstol pinta en los siguientes versículos al cristiano militante, valiéndose de las comparaciones con los famosos juegos ístmicos (juegos Panhelénicos de la antigua Grecia, llamados así porque se celebraban en Istmo de Corintio en honor de Poseidón): Donde tanto en carrera como en pugilismo todos se lanzan, se controlan y renuncian a cuanto pueda apartarlos de su objetivo. Así hemos de empeñarnos nosotros, y con tanta mayor razón, por obtener el premio de la eternidad, renunciando a la propia gloria y al propio interés y haciéndolo “todo por el Evangelio”. La comparación recuerda la que hace Jesús entre el celo de los hijos de las tinieblas y el de los hijos de la luz: Y alabó el señor al inicuo mayordomo, porque había obrado sagazmente. “*Es que los hijos del siglo, en sus relaciones con los de su especie, son más listos que los hijos de la luz*” (Lucas 16, 8).

25 “Y todo el que entra en la liza se modera en todo; ellos para ganar una corona corruptible, y nosotros, en cambio, por una incorruptible”. Las monedas que se conservan de Corinto, traen grabada la corona de aquellos efímeros triunfos, que era de pino, de perejil o de olivo. El apóstol nos lleva a fijar en cambio la atención sobre el premio que nos espera, por lo que dice: “*corro derecho a la meta, hacia el trofeo de la vocación superior de Dios en Cristo Jesús. Todos los que estamos maduros tengamos este sentir; y si en algo pensáis de diferente manera, también sobre eso os ilustrará Dios.*” (Filipenses 3, 14-5), “**corro derecho**”: La vida cristiana es esencialmente progreso hacia la unión con Dios. Si no, es muerte. “*Si tú dices: basta, ya estás muerto*” (San Agustín). “**Vocación superior**”. Fillion hace notar que el Apóstol usa aquí una “locución extraordinaria”, que otros traducen por superna, altísima, suprema, etc., porque es la más alta de cuantas pueden darse, ya que nos identifica con Cristo. “**Os ilustrará Dios**”: El Maestro que Dios nos envió para ello es Jesucristo, y Él “no nos extravía porque es el Camino; no nos engaña, porque es la Verdad” (San Hilario). De ahí que Pablo promete así la plenitud del progreso espiritual a los que sean fieles a la luz (gran consuelo para las almas pequeñas), enseñando de paso que no rechazemos a los que aún no han llegado.

Y también el apóstol nos llama la atención a alegrarnos desde ahora “*por quien, en virtud de la fe, hemos obtenido asimismo el acceso a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios*” (Romanos 5, 2) en la esperanza cierta de una felicidad, que si no nos cautiva el corazón es porque apenas tenemos una vaga idea del cielo, e ignoramos las innumerables promesas que Dios nos prodiga en la Sagrada Escritura. David

dice que ellas le dieron esperanza. Y eso que aún no conocía todas las del Nuevo Testamento.

26 “Yo, por tanto, corro así, no como al azar; así lucho, no como quien hiere el aire; 27 sino que castigo mi cuerpo y lo esclavizo; no sea que, habiendo predicado a los demás, yo mismo resulte descalificado”. “Castigo mi cuerpo y lo esclavizo”, he aquí el propósito del ayuno. Sabemos que los deseos naturales de la carne van contra el espíritu: *“Porque la carne desea en contra del espíritu, y el espíritu en contra de la carne, siendo cosas opuestas entre sí, a fin de que no hagáis cuanto querriais”* (Gálatas 5, 17). Es necesario, entonces, que ella esté siempre sometida al espíritu, pues en cuanto le damos libertad nos lleva a sus obras que son malas: *“Y las obras de la carne son manifiestas, a saber: fornicación, impureza, lascivia, idolatría, hechicería, enemistades, contiendas, celos, ira, litigios, banderías, divisiones, envidias, embriagueces, orgías y otras cosas semejantes, respecto de las cuales os prevengo, como os lo he dicho ya, que los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios”* (Gálatas 5, 19 – 21). San Pablo nos revela el gran secreto de que nos libremos de realizar esos deseos de la carne, si vivimos según el espíritu: *“Digo pues: Andad según el Espíritu, y ya no cumpliréis las concupiscencias de la carne”* (Gálatas 5, 16). Importa mucho comprender bien esto, para que no se piense que las maceraciones corporales tienen valor en sí mismas, como si Dios se gozase en vernos sufrir. Lo que le agrada ante todo son los “sacrificios de justicia” y los “sacrificios de alabanza”, es decir, la rectitud de corazón para obedecerle según Él quiere, y no según nuestro propio concepto de la santidad, que esconde tal vez esa espantosa soberbia por la cual Satanás nos lleva a querer ser gigantes, en vez de ser niños como quiere Jesús: *“En verdad, os digo, si no volviereis a ser como los niños, no entraréis en el reino de los cielos”* (Mateo 18, 1), y a despreciar la gracia de Dios: *“No inutilizo la gracia de Dios. Porque si por la Ley se alcanza la justicia, entonces Cristo murió en vano”* (Gálatas 2, 21), queriendo santificarnos por nuestros méritos, como el fariseo del Templo: *“El fariseo, erguido, oraba en su corazón de esta manera: “Oh Dios, te doy gracias de que no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, ni como el publicano ése”* (Lucas 18, 11), y no por los de Cristo: *“En (el tiempo de) la paciencia de Dios- para manifestar su justicia en el tiempo actual, a fin de que sea Él mismo justo y justificador del que tiene fe en Jesús”* (Romanos 3, 26). Bien explica Santo Tomás que *“la maceración del propio cuerpo no es acepta a Dios, a menos que sea discreta, es decir, para refrenar la concupiscencia, y no grave excesivamente a la naturaleza”*. Porque el espíritu del Evangelio es un espíritu de moderación, que es lo que más cuesta a nuestro orgullo.

CAPÍTULO X

LA IDOLATRÍA EN LA HISTORIA DEL PUEBLO DE ISRAEL. **1** *“No quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos debajo de la nube, y todos pasaron por el mar”*; “Nuestros padres”: Los de Israel, que también lo son nuestros, como hijos que somos también de la promesa hecha a los Patriarcas: *“¿Qué diremos luego que obtuvo Abrahán, nuestro Padre según la carne?”* (Romanos 4, 1). En este versículo alude San Pablo al éxodo de los israelitas de Egipto bajo Moisés cuando pasaron el Mar Rojo, guiados por una nube que les daba sombra de día y luz de noche (Éxodo 13, 21). En orden a Moisés, es decir, fueron incorporados a él, como nosotros a Cristo (Éxodo 14, 3). Además, los israelitas, dice San Juan Crisóstomo, recibieron maná y agua; nosotros, el Cuerpo y la Sangre de Cristo. El adjetivo todos se repite cinco veces para acentuar que, aunque todo Israel recibió aquellas bendiciones, sólo un pequeño número entró en la tierra prometida. Véase la tremenda Parábola del banquete nupcial: *“Porque muchos son llamados, más pocos escogidos”* (Mateo 22, 14).

2 *“y todos en orden a Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar; 3 y todos comieron el mismo manjar espiritual, 4 y todos bebieron la misma bebida espiritual, puesto que bebían de una piedra espiritual que les iba siguiendo, y la piedra era Cristo”*. Piedra es, desde antiguo, uno de los nombres divinos: *“Él es la Roca, perfecta es su obra”* (Deuteronomio 32, 4); pero Él te hizo salir agua de una **roca** durísima (Deuteronomio 15, 8). “La piedra era Cristo”: Así le llama también el Príncipe de los Apóstoles: *“Arrimándoos a Él, como a **piedra** viva, reprobada ciertamente por los hombres, más para Dios escogida y preciosa”* (1 Pedro 2, 4 ss.) y el mismo Pablo en Efesios 2, 20: *“edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo piedra angular el mismo Cristo Jesús”*, San Justino, fundándose en los Evangelios (que él llama “Memorias de los Apóstoles”) escribe a Trifón el judío: *“Porque leemos (en ellos) que el Cristo es el Hijo de Dios, lo proclamamos y lo entendemos como Hijo, el mismo que en los libros de los Profetas es llamado la Sabiduría, el Día, el Oriente, la Espada, la **Piedra**, etc.”*. “Era el Mesías quien acordaba a la nación teocrática no solamente el agua para saciar su sed, sino también todas las demás gracias que necesitaba. Nada más bello y nada más real que esta actividad anticipada del Mesías en la historia judía. Ya un escritor sagrado había dicho que la divina Sabiduría estaba con los judíos en el desierto; ahora bien, esa Sabiduría es el mismo Verbo de Dios” (Fillion)-

5 *“Con todo, la mayor parte de ellos no agradó a Dios, pues fueron tendidos en el desierto. 6 Estas cosas sucedieron como figuras para nosotros: a fin de que no codiciemos lo malo como ellos codiciaron”*. “Como figuras”: así como los israelitas fueron bautizados en la nube y en el mar y alimentados con un manjar espiritual, así también nosotros recibimos las aguas del Bautismo y

el Pan del cielo en la Eucaristía. “Lo malo”: alusión a los israelitas que codiciaron las carnes de Egipto. Pero mientras tenían aún la carne de las codornices entre los dientes, fueron castigados.

7 *“No seáis, pues, idólatras, como algunos de ellos, según está escrito: “Sentose el pueblo a comer y a beber, y se levantaron para danzar.”* Cita de éxodo 32, 6. En los lugares mundanos de hoy, el baile entre las comidas parecer querer imitarla en esto al pie de la letra.

8 *“No cometamos, pues, fornicación, como algunos de ellos la cometieron y cayeron en un solo día veintitrés mil”.* Fornicar se usa generalmente en la Sagrada Escritura para señalar cuánta infidelidad se esconde en la idolatría: *“Adúlteros, ¿no sabéis que la amistad con el mundo es enemistad contra Dios? Quien, pues, quiere ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios”* (Santiago 4, 4). “Adúlteros”: En el lenguaje de la Biblia la apostasía se llama adulterio, porque la unión del alma con Dios es como un matrimonio, y el esposo que ama de veras es necesariamente celoso. De ahí que el Espíritu de Dios que mora en nosotros: *“Yo rogaré al Padre, y Él os dará otro Intercesor, que quede siempre con vosotros”* (Juan 14, 16) tenga celos y no permita que nos entreguemos a las cosas del mundo, porque es verdad revelada *“que si alguno ama el mundo no puede amar al Padre”* (1 Juan 2, 15). El Apóstol alude aquí a Ez. 23, 25: *“Descargaré sobre ti mis celos y te tratarán con furor; te cortarán la nariz y las orejas, y lo que queda de ti caerá al filo de la espada. Se llevarán a tus hijos y a tus hijas, y tus restos serán consumidos por el fuego”*, una vez más vemos aquí el motivo de la indignación del Dios de amor: los celos. Y también Apocalipsis 17, 2: *“con la que han fornicado los reyes de la tierra, embriagándose los moradores de la tierra con el vino de su prostitución”* y Apocalipsis 18, 3: *“Porque del vino de su furiosa fornicación bebieron todas las naciones; con ella fornicaron los reyes de la tierra y con el poder de su lujo se enriquecieron los mercaderes de la tierra”*. Aquí se refiere a la fornicación con las hijas de Moab.

9 *“No tentemos, pues, al Señor, como algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes”. Como nos explica en Números 21,5-6: “y murmuró contra Dios y contra Moisés: “¿Por qué nos habéis sacado de Egipto para morir en el desierto? Pues no hay pan, y no hay agua; nos provoca ya náusea este pan miserable.” Entonces Yahvé envió contra el pueblo serpientes abrasadoras, las cuales mordían al pueblo; y murió mucha gente de Israel”*.

10 *“No murmuréis, pues, como algunos de ellos murmuraron y perecieron a manos del Exterminador. 11Todo esto les sucedió a ellos en figura, y fué escrito para amonestación de nosotros para quienes ha venido el fin de las*

edades". "El fin de las edades": Fórmula semejante a la hebrea en Isaías 2, 2: "Acontecerá en los últimos tiempos que el monte de la Casa de Yahvé será establecido en la cumbre de los montes, y se elevará sobre los collados; y acudirán a él todas las naciones"; es aplicada, como observa Fillion, por oposición a los tiempos en que aún se esperaba la primera venida del Mesías. Existen otras expresiones semejantes en Gálatas 4, 4: "Mas cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, formado de mujer, puesto bajo la Ley"; Efesios 1, 10; "en la dispensación de la plenitud de los tiempos: reunirlo todo en Cristo, las cosas de los cielos y las de la tierra"; 1 Pedro 1, 5 "los que, por el poder de Dios, sois guardados mediante la fe para la salvación que está a punto de manifestarse en (este) último tiempo"; 1 Juan 2, 18: "Hijos, es hora final y, según habéis oído que viene el Anticristo, así ahora muchos se han hecho anticristos, por donde conocemos que es la última hora". Así también San Pablo aplica en forma análoga el anuncio de Isaías 49, 8 "Así dice Yahvé: "Al tiempo de la gracia te escucho, y en el día de la salvación vengo a auxiliarte; Yo te he constituido y puesto por alianza del pueblo, a fin de restaurar el país y repartir las heredades desoladas"; en II Corintios 6, 2: "porque Él dice: "En el tiempo aceptable te escuché, y en el día de salud te socorrí. "He aquí ahora tiempo aceptable. He aquí ahora día de salud", y en II Timoteo 3, 1: "Has de saber que en los últimos días sobrevendrán tiempos difíciles", esto es, en los tiempos que preceden a la segunda venida del Señor. Es un término que abarca todo el tiempo de la Ley Nueva, porque a nosotros, como dice San Pablo en el versículo 11, nos ha tocado el vivir al fin de las edades. Recuérdese que, según la parábola de los obreros de la última hora (Mateo 20, 6). nosotros, los gentiles, somos los últimos llamados. Es pues, erróneo referir este pasaje solamente a los que vendrán después de nosotros, como si hoy fuéramos mejores que ellos.

12 "Por tanto, el que cree estar en pie, cuide de no caer". Es decir que no estamos aún confirmados en la gracia y que nuestra carne estará inclinada al mal hasta el fin, por lo cual, aunque ya somos salvos en esperanza, "ya que en la esperanza hemos sido salvados" (Romanos 8, 24), hemos de saber que sólo podremos vencer nuestras malas inclinaciones recurriendo a la vida según el espíritu, porque "andad según el Espíritu, y ya no cumpliréis las concupiscencias de la carne" (Gálatas 5, 16), También el hombre redimido tiene que luchar con los apetitos de la carne, y eso será hasta el fin, pues en vano querríamos vencerla con la misma carne. San Pablo nos descubre aquí el gran secreto: la venceremos si nos dejamos guiar filialmente por el Espíritu. Él producirá en nosotros los frutos del Espíritu que se sobrepondrán a toda concupiscencia enemiga, y que cada instante en que nos libramos de caer en la carne es un nuevo favor que debemos "a la gracia de la divina misericordia" (Filipenses 1, 29), "para que no se gloríe ninguna carne", como dijo el Apóstol en el versículo 29 del capítulo 1 de esta carta.

13 “No nos ha sobrevenido tentación que no sea humana; y Dios es fiel y no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas, sino que aun junto a la tentación preparará la salida, para que podáis sobrellevarla”. Es la consoladora doctrina que expone en la Carta del apóstol Santiago 1, 13 “nadie cuando es tentado diga: *“Es Dios quien me tienta.”* Porque Dios, no pudiendo ser tentado al mal, no tienta Él tampoco a nadie”; no pudiendo Dios ser tentado al mal, claro está que no podría tentar a otros sin dejar de ser Él mismo la fuente de todo bien. Cuanto Él hace es infinitamente santo por el solo hecho de ser suyo. El hecho de que a veces no lo veamos, muestra hasta dónde está caída nuestra naturaleza y cómo la carne lucha contra el espíritu, tal y como nos lo explica en Gálatas 5, 17: *“Porque la carne desea en contra del espíritu, y el espíritu en contra de la carne, siendo cosas opuestas entre sí, a fin de que no hagáis cuanto querriais”*, añadiendo aún que de la tentación saldremos mejor que antes: *“Bienaventurado el varón que soporta la tentación porque, una vez probado, recibirá la corona de vida que el Señor tiene prometida a los que le aman”* (Santiago 1, 12). *“El que de la tentación hace que saquemos provecho, de manera que podamos sostenernos, Él mismo nos asiste a todos y nos da su mano para que alcancemos las eternas coronas por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, con espléndida aclamación”* (S. Crisóstomo).

LOS ÍDOLOS y LA MESA DEL SEÑOR. **14 “Por lo cual, amados míos, huid de la idolatría”.** Para evitar toda especie de idolatría, el Apóstol nos da instrucciones sobre el misterio eucarístico; **15 “Os hablo como a prudentes; juzgad vosotros mismos de lo que os digo: 16 El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos ¿no es comunión del cuerpo de Cristo?”** Con el ejemplo que San Pablo pone, comparándola con la participación en los sacrificios: **17 “Dado que uno es el pan, un cuerpo somos los muchos; pues todos participamos del único Pan. 18 Mirad al Israel según la carne. ¿Acaso los que comen de las víctimas no entran en comunión con el altar? 19 ¿Qué es, pues, lo que digo? ¿Que lo inmolido a los ídolos es algo? ¿O que el ídolo es algo? 20 Al contrario, digo que lo que inmolan [los gentiles], a los demonios lo inmolan, y no a Dios, y no quiero que vosotros entréis en comunión con los demonios”**, les explica perfectamente este misterio sobrenatural, pues ya los judíos que aún seguían el antiguo culto, continuado en el Templo de Jerusalén hasta su destrucción el año 70, así como su conducta en las sinagogas judías donde él mismo predicaba confirma la verdad, a menudo olvidada de que el rechazo definitivo de Israel fué al fin del tiempo de los Hechos de los Apóstoles, y basta los paganos en sus sacrificios idolátricos como nos apunta en el versículo 19 y siguiente, creían que la manducación de la víctima los ponía en comunión con el altar. Así vemos toda la realidad sobrenatural de la fracción del pan como

verdadera comunión del Pan de vida que es Cristo, y de su Sangre derramada en el Calvario y de ahí que declare el Apóstol la imposibilidad de mezclar ambos altares (versículos 19-21), lo cual notifica aquí a los gentiles de Corinto, como lo hará en la carta a los Hebreos 8, 5 y 13, 10. San Justino y San Ireneo atestiguan a este respecto la fe de los primeros cristianos sobre esta unión con Cristo, Víctima del Calvario y Sacerdote Eterno, mediante el misterio eucarístico al cual llama por eso San Agustín “*señal de unidad y vínculo de amor*”. La Didajé (escrita a fines del primer siglo cristiano), en su oración eucarística toma este concepto con trascendencia escatológica diciendo: “*Así como este pan fraccionado estuvo disperso sobre las colinas y fué recogido para formar un todo, así también de todos los confines de la tierra sea tu Iglesia reunida para el reino tuyo... De los cuatro vientos reúnela, santificada, en tu reino que para ella preparaste, porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos. ¡Venga la gracia! ¡Pase este mundo! ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Maran Atha! Amén*”. Mediante sus comparaciones y la del maná del cielo como alimento espiritual y la bebida espiritual de la Piedra que es Cristo, San Pablo quiere llevarnos a penetrar el escondido misterio espiritual del “único Pan” como nos dice en el versículo 17.

21 “No podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios. No podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios”. En capítulo 11, 17 volverá a hablarnos de la fracción del pan, como instituida por el mismo Jesús para memoria del Calvario, y se referirá a los ágapes para condenar los abusos que en ellos se cometían.

22 “¿O es que queremos provocar a celos al Señor? ¿Somos acaso más fuertes que Él?”

LA NORMA EN TODO ES: DAR GLORIA A DIOS. **23 “Todo es lícito”:** pero no todo conviene. “*Todo es lícito*”; pero no todo edifica”. **24 “Ninguno mire por lo propio sino por lo del prójimo”.** Aquí concreta netamente el Apóstol, en una clara norma de vida, esa verdadera obsesión que hemos de tener por la caridad fraterna según el Sermón de la Montaña. En el versículo 5 del capítulo 13 nos dice él mismo que la caridad no busca sus propios intereses. Esto no quiere decir que el cristiano quede abandonado y sin recursos, sino todo lo contrario: porque para ellos precisamente dijo Jesús que el Padre les dará todo por añadidura si antes buscan ellos lo que a Dios agrada (Mateo 6, 33). “*Por lo tanto, no los imitéis, porque vuestro Padre sabe qué cosas necesitáis, antes de que vosotros le pidáis*” (Mateo 6, 8). “Lo sabe ya el Padre”: Es ésta una inmensa luz para la oración. ¡Cuán fácil y confiado no ha de volverse nuestro ruego, si creemos que Él ya lo sabe, y que todo lo puede, y que quiere atendernos pues su amor está siempre vuelto hacia nosotros!, y esto, aunque hayamos sido malos. Es más aún: Como hemos dicho antes el

Padre nos lo dará todo por añadidura si buscamos su gloria como verdaderos hijos.

25 “De todo lo que se vende en el mercado, comed sin inquirir nada por motivos de conciencia”; San Pablo vuelve a tomar el hilo dando normas prácticas de cómo comportarse en los banquetes. Distingue tres casos, mostrando que la licitud en comer no estriba en lo que afecta a los manjares, sino en la caridad de que antes habló. La regla general es tener consideración con los flacos para no darles ocasión de tropiezo.

26 “porque “del Señor es la tierra y cuanto ella contiene”. Nótese con qué hermosa elocuencia y libertad aplica aquí esta cita del Salmo 23, 1.

27 “Si os convida alguno de los infieles y aceptáis, comed de cuanto os pongan delante, sin inquirir nada por motivos de conciencia. 28 Mas si alguno os dijere: “esto fué inmolido”, no comáis, en atención a aquel que lo señaló, y por la conciencia. 29 Por la conciencia digo, no la propia, sino la del otro. Mas ¿por qué ha de ser juzgada mi libertad por conciencia ajena? 30 Si yo tomo mi parte con acción de gracias ¿por qué he de ser censurando por aquello mismo de que doy gracias? 31 Por lo cual, ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier cosa, todo habéis de hacerlo para gloria de Dios”. También ésta ha sido llamada regla de oro de la caridad, tal y como dice Mateo 7, 12: “Así que, todo cuanto queréis que los hombres os hagan, hacedlo también vosotros a ellos; ésta es la Ley y los Profetas”. Es la regla de oro que Jesús nos ofrece para guía de nuestra conducta. Nótese su carácter positivo, en tanto que el Antiguo Testamento la presentaba en forma negativa: “No hagas jamás a otro lo que no quieres que otro te haga a ti” (Tobías 4, 16). Todo ha de hacerse por agradar a nuestro Padre: “Todos los días perseveraban unánimemente en el Templo, ponían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y amados de todo el pueblo; y cada día añadía el Señor a la unidad los que se salvaban”, (Hechos 2, 46). Y como lo que más le agrada a Él es que tengamos caridad unos con otros, tal ha de ser nuestra constante preocupación. Recordemos para siempre que aquí estaría la solución - ¡la única! - de todos los problemas individuales, sociales e internacionales, y que en vano se la buscará sin la caridad en las grandes asambleas, las habilidades diplomáticas o las técnicas sociológicas. Todo será inútil, dice León XIII en Rerum Novarum, sin “una gran efusión de caridad”. Mas no es tal cosa lo que anuncia Jesús, sino que nos previene que habrá toda suerte de guerras y odios entre hermanos, padres e hijos: “Oiréis también hablar de guerras y rumores de guerras. ¡Mirad que no os turbéis! Esto, en efecto, debe suceder, pero no es todavía el fin. Porque se levantará pueblo contra pueblo, reino contra reino, y habrá en diversos lugares hambres y pestes y terremotos. Todo esto es el

comienzo de los dolores. Después os entregarán a la tribulación y os matarán y seréis odiados de todos los pueblos por causa de mi nombre. Entonces se escandalizarán muchos, y mutuamente se traicionarán y se odiarán. Surgirán numerosos falsos profetas, que arrastrarán a muchos al error; y por efecto de los excesos de la iniquidad, la caridad de los más se enfriará”, (Mateo 24. 6-12). De lo cual hemos de sacar una saludable desconfianza en las soluciones humanistas y en el “simpático optimismo”, que según la Biblia es la característica de los falsos profetas, que surgirán precisamente cuando falte ese amor: “y por efecto de los excesos de la iniquidad, la caridad de los más se enfriará” (Mateo 24, 12). Amén de que “Jesús no se fiaba de ellos, porque a todos los conocía” (Juan 2, 24). Lección fundamental de doctrina y de vida. Cuando aún no estamos familiarizados con el lenguaje del divino Maestro y de la Biblia en general, sorprende hallar constantemente cierto pesimismo, que parece excesivo, sobre la maldad del hombre. Porque pensamos que han de ser muy raras las personas que obran por amor al mal. Nuestra sorpresa viene de ignorar el inmenso alcance que tiene el primero de los dogmas bíblicos: el pecado original. La Iglesia lo ha definido en términos clarísimos (Denzinger 174-200). Nuestra formación, con mezcla de humanismo orgulloso y de sentimentalismo materialista, nos lleva a confundir el orden natural con el sobrenatural, y a pensar que es caritativo creer en la bondad del hombre, siendo así que en tal creencia consiste la herejía pelagiana, que es la misma de Jean Jacques Rousseau, origen de tantos males contemporáneos. No es que el hombre se levante cada día pensando en hacer el mal por puro gusto. Es que el hombre, no sólo está naturalmente entregado a su propia inclinación depravada (que no se borró con el Bautismo), sino que está rodeado por el mundo enemigo del Evangelio, y expuesto además a la influencia del Maligno, que lo engaña y le mueve al mal con apariencia de bien. Es el “misterio de la iniquidad”, que San Pablo explica en II Tesalonicenses 2, 6. De ahí que todos necesitemos nacer de nuevo y renovarnos constantemente en el espíritu por el contacto con la divina Persona del único Salvador, Jesús, mediante el don que Él nos hace de su Palabra y de su Cuerpo y su Sangre redentora. De ahí la necesidad constante de vigilar y orar para no entrar en tentación, pues apenas entrados, somos vencidos. Jesús nos da así una lección de inmenso valor para el saludable conocimiento y desconfianza de nosotros mismos y de los demás, y muestra los abismos de la humana ceguera e iniquidad, que son enigmas impenetrables para pensadores y sociólogos de nuestros días y que en el Evangelio están explicados con claridad transparente. Al que ha entendido esto, la humildad se le hace luminosa, deseable y fácil.

32 “y no seáis ocasión de escándalo, ni para los judíos, ni para los griegos, ni para la Iglesia de Dios; 33 así como yo también en todo procuro complacer a todos, no buscando mi propio provecho, sino el de todos para que se salven”.

C. REGLAS PRÁCTICAS PARA LAS ASAMBLEAS CRISTIANAS (11,1-34)

CAPÍTULO XI

LA MUJER EN LA IGLESIA. **1** *“Sed imitadores míos tal cual soy yo de Cristo”*. El Apóstol, que al terminar el capítulo anterior no ha vacilado en señalar su propia conducta para mostrar que ella no contradice lo que sus labios predicán, se apresura a completar aquí su pensamiento con el Nombre del divino Maestro. Sólo Él es santo, y nadie puede serlo sino gracias a Él. Porque *“de su plenitud hemos recibido todos, a saber, una gracia correspondiente a su gracia”* (Juan 1, 16); Es decir que toda nuestra gracia procede de la Suya, y en Él somos colmados, como enseña el propio apóstol en Colosenses 2. 9-10: *“Porque en Él habita toda la plenitud de la Deidad corporalmente; y en Él estáis llenos vosotros, y Él es la cabeza de todo principado y potestad”*. Sin Él no podemos recibir absolutamente nada de la vida del Padre. Pero con Él podemos llegar a una plenitud de vida divina que corresponde a la plenitud de la divinidad que Él posee. Este misterio, en que consiste el destino inefablemente dichoso del hombre, se realiza por medio del Espíritu Santo, por la cual merced a la Redención de Cristo somos hechos verdaderamente hijos de Dios como Él lo es aún en su Humanidad santísima.

2 *“Os alabo de que en todas las cosas os acordéis de mí, y de que observéis las tradiciones conforme os las he transmitido. 3 Mas quiero que sepáis que la cabeza de todo varón es Cristo, y el varón, cabeza de la mujer, y Dios, cabeza de Cristo”*. San Pablo, que en las Epístolas de la cautividad nos presentará a Jesús como la Cabeza del Cuerpo Místico quiere aquí “que sepamos” que Jesús es Cabeza de cada varón, siendo éste para Cristo lo mismo que la esposa es para él, es decir, algo que, si bien le está sometido, no es una simple esclava sino el objeto de todo su amor, a quien él mismo se entrega totalmente. Este concepto del alma esposa de Cristo, que meditamos en el Cantar de los Cantares, es completado por San Pablo en II Corintios 11, 2, donde dice que nos ha presentado a Cristo para desposarnos con Él como una casta virgen. Dios es cabeza de Cristo: Cómo este misterio de amor y sumisión de la mujer al varón y del varón a Cristo, es el mismo que existe entre Jesús y el Padre.

4 *“Todo varón que ora o profetiza con la cabeza cubierta, deshonra su cabeza. 5 Mas toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta, deshonra su cabeza; porque es lo mismo que si estuviera rapada”*. Tomen nota las mujeres cristianas del celo con que San Pablo señala esta conveniencia de velarse la cabeza en el Templo, cosa que hoy está olvidada o deformada

por el uso de sombreros que nada cubren y que no son signo de dependencia como ha de ser el velo como lo expresa en el versículo 10. En tiempo de San Pablo, sólo las ramerías se atrevían a tener esa conducta.

6 “Por donde si una mujer no se cubre, que se rape también; más si es vergüenza para la mujer cortarse el pelo o raparse, que se cubra. 7 El hombre, al contrario, no debe cubrirse la cabeza, porque es imagen y gloria de Dios; más la mujer es gloria del varón”. “No se dice aquí que el varón sea la imagen y la gloria de Dios en atención solamente al cuerpo, alma y espíritu puesto que a este respecto lo es igualmente la mujer... No debe el varón cubrir su cabeza, porque el velo es señal de sujeción” (San Crisóstomo). En esta época de excesivo feminismo conviene recordar que la sujeción de la mujer no es doctrina de tal o cual escuela, sino que fué impuesta expresamente por Dios: “Estarás bajo la potestad de tu marido y él te dominará” (Génesis 3, 16). En Efesios 5, 22 nos dice: “Las mujeres sujetense a sus maridos como al Señor”. Empiezan aquí las instrucciones para cada estado: primero para los esposos cristianos, cuya unión es una figura de la de Cristo, como Cabeza, con la Iglesia. Este gran misterio del cual fluye la santificación más alta del matrimonio, nuestro su carácter sagrado, y prohíbe considerarlo como un contrato puramente civil, sujeto a la fluctuación de las voluntades. Jesús dice terminantemente: “Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre” (Mateo 19, 6; Marcos 10, 9). Por eso la Iglesia no reconoce el enlace civil como matrimonio legítimo.

8 “Pues no procede el varón de la mujer, sino la mujer del varón; 9 como tampoco fué creado el varón por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón. 10 Por tanto, debe la mujer llevar sobre su cabeza (la señal de estar bajo) autoridad, por causa de los ángeles”. Es decir, por respeto a los ángeles de la guarda, y quizá también por los que asisten invisiblemente a las asambleas de los cristianos (San Crisóstomo y San Agustín).

11 “Con todo, en el Señor, el varón no es sin la mujer, ni la mujer sin el varón. 12 Pues como la mujer procede del varón, así también el varón (nace) por medio de la mujer; más todas las cosas son de Dios. 13 Juzgad por vosotros mismos: ¿Es cosa decorosa que una mujer ore a Dios sin cubrirse? 14 ¿No os enseña la misma naturaleza que si el hombre deja crecer la cabellera, es deshonor para él? 15 Mas si la mujer deja crecer la cabellera es honra para ella; porque la cabellera le es dada a manera de velo. 16 Si, con todo eso, alguno quiere disputar, sepa que nosotros no tenemos tal costumbre, ni tampoco las Iglesias de Dios”.

LOS ÁGAPES Y LA EUCARISTÍA. **17 “Entretanto, al intimaros esto, no alabo el que vuestras reuniones no sean para bien sino para daño vuestro”.**

Con motivo de la “*fracción del pan*” (Hechos 2, 42) se organizaba una comida, el ágape que en griego significa amor, acto de fraternidad y que beneficiaba a los pobres. En esta hermosa institución, que San Crisóstomo llama “*causa y ocasión para ejercer la caridad*”, el espíritu del mundo se había introducido, como siempre, mezclando las miserias humanas con las cosas de Dios. El Apóstol señala francamente esos abusos.

18 “Pues, en primer lugar, oigo que al reuniros en la Iglesia hay escisiones entre vosotros; y en parte lo creo. 19 Porque menester es que haya entre vosotros facciones para que se manifieste entre vosotros cuáles sean los probados”. “Menester es que haya entre vosotros facciones”: esto es, disensiones. No es que sea necesario, sino que es inevitable, porque Jesús anunció que Él traería división (Mateo 10, 34) y que en un mismo hogar habría tres contra dos (Lucas 12, 51 s.) y a veces hay que odiar a la propia familia para ser discípulo de Él (Lucas 14, 26), porque no todos los invitados al banquete de bodas tienen el traje nupcial (Mateo 22, 14), y la separación definitiva de unos y otros sólo será en la consumación del siglo (Mateo 13, 47-49). Entretanto, en la lucha se manifiesta y se corrobora la fe de los que de veras son de Él (1 Pedro 1, 7). De ahí que el ideal de paz entre los que se llaman hermanos (Marcos 9, 49), no siempre sea posible (Romanos 12, 18) y que a veces los apóstoles enseñen la separación.

20 “Ahora, pues, cuando os reunís en un mismo lugar, no es para comer la Cena del Señor; 21 porque cada cual, al comenzar la cena, toma primero sus propias provisiones, y sucede que uno tiene hambre mientras otro está ebrio. 22 ¿Acaso no tenéis casas para comer y beber? ¿O es que despreciáis la Iglesia de Dios, y avergonzáis a los que nada tienen? ¿Qué os diré? ¿He de alabaros? En esto no alabo. 23 Porque yo he recibido del Señor lo que también he transmitido a vosotros: que el Señor Jesús la misma noche en que fué entregado, tomó pan; 24 y habiendo dado gracias, lo partió y dijo: Este es mi cuerpo, el (entregado) por vosotros. Esto haced en memoria mía. 25 Y de la misma manera (tomó) el cáliz, después de cenar, y dijo: Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre; esto haced cuantas veces bebáis, para memoria de Mí. “Yo he recibido del Señor”: En este pasaje vemos una vez más que el Apóstol, cual otro evangelista, nos transmite verdades recibidas directamente del Señor. En efecto, como hace notar Fillion, este relato “*ha debido servir de fuente a la relación que San Lucas (discípulo de Pablo) consignó en su Evangelio*”. Y así en Lucas 22, 19: “*Y habiendo tomado pan y dado gracias, (lo) rompió, y les dio diciendo: “Este es el cuerpo mío, el que se da para vosotros. Haced esto en memoria mía*”. Sobre la Eucaristía, hemos de aclarar “Dado gracias” en griego es “eujaristesas”, de ahí viene el nombre de Eucaristía. En el capítulo 10 de esta epístola nos exhortaba a evitar toda

especie de idolatría, y nos daba instrucciones sobre el misterio eucarístico enseñándonos las siguientes verdades como directamente recibidas del Señor:

- a) La Eucaristía es realmente el Cuerpo y la Sangre de Cristo:
- b) El Apóstol y sus sucesores están autorizados para perpetuar el acto sagrado.
- c) La Misa es un sacrificio.
- d) El mismo de la Cruz.
- e) La Eucaristía debe recibirse dignamente, es decir, con la plenitud de la fe y humildad del que severamente examina su conciencia.

26 *Porque cuantas veces comáis este pan y bebáis el cáliz, anunciad la muerte del Señor hasta que Él venga*. “Anunciad la muerte del Señor”: Sólo en la Cena dijo Jesús que su Cuerpo se entregaría por nosotros. Antes, había tenido que revelar muchas veces, a los azorados ojos de sus discípulos, el misterio de su rechazo por la Sinagoga y de su Pasión. Muerte y Resurrección. Pero su delicadeza infinita lo apartaba de decir que esa muerte era el precio que Él pagaba por el rechazo de Israel y la culpa de todos, y que ella había de brindar a todos la vida. Sólo en el momento de la despedida les reveló este misterio de su amor sin límites, eco del amor del Padre, y, queriendo anticiparles ese beneficio de su Redención, esa entrega total de sí mismo, les entregó -y en ellos a todos nosotros- la Eucaristía como algo inseparable de la Pasión. Tal es lo que enseña aquí San Pablo, lo mismo que en el versículo 27 ***“De modo que quien comiere el pan o bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor”***. Quien comiere indignamente: *“El que no piensa como Cristo, no come su Carne ni bebe su Sangre, aun cuando todos los días reciba para su juicio tan magno Sacramento. No piensa como Cristo el que, apartando de Él el afecto de su corazón, se vuelve al pecado; y bien puede llamarse miserable a este tal, a quien un bien tan grande es dado frecuentemente y de ello no recibe ni percibe una ventaja espiritual”* (San Agustín). Será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor: Se deduce de estas palabras que Jesucristo está presente bajo cada una de las dos especies (pan y vino). De no ser así, el Apóstol no podría decir que cualquiera por tomar indignamente alguna de ellas sería reo del Cuerpo y también de la Sangre del Señor.

28 *“Pero pruébese cada uno a sí mismo, y así coma del pan y beba del cáliz; 29 porque el que come y bebe, no haciendo distinción del Cuerpo (del Señor), come y bebe su propia condenación”*. “Pero pruébese cada uno a sí mismo”: tal y como después en la II Corintios 13, 5. Dos dice: *“Probaos a vosotros mismos para saber si tenéis la fe. Vosotros mismos examinaos. ¿O no reconocéis vuestro interior como que Jesucristo está en vosotros? A no ser que estéis reprobados”*. Queriendo hacer una “alusión a la confesión pública o exomológesis, confesión de los pecados en rito colectivo practicado cuando rezamos el Confiteor al principio de la Misa y antes de comulgar, tanto el

sacerdote como los fieles hacemos confesión pública de que somos pecadores, gravemente de corazón, de palabra, de obra y de omisión, y sin descargo alguno, decimos, “*por mi culpa, por mi culpa, por mi máxima culpa*”. Debemos darnos cuenta que no se trata de injurias más o menos leves contra otras creaturas, sino que al que hemos ofendido en todo pecado es directamente el Creador y Padre a quien todo se lo debemos. ¡Y sin embargo Él perdona tan fácilmente, a todo el que se arrepiente de corazón! Esta confesión pública en la piedra de toque de la verdadera contrición, esto es, un deseo de que Dios nos perdone porque somos culpables y malos, porque hemos obrado con maldad y a propósito. No nos excusamos, ni te pedimos que nos disculpes. Al contrario, hemos de tener la valentía de reconocer y afirmar: Yo me acuso y sólo espero que, después de establecida bien claramente mi responsabilidad, y aún más, que soy deudor insolvente, entonces Tú me perdones la deuda, pura y simplemente, por la sola virtud de tu asombrosa misericordia.

30 “Por esto hay entre vosotros muchos débiles y enfermos, y muchos que mueren”. 30. Muchos débiles y enfermos, etc. Vemos cómo S. Pablo observaba ese tristísimo fenómeno de las comuniones sin fruto que hoy notamos en los ambientes mundanos con apariencia de fe, que hallan compatible la unión eucarística con las desnudeces, las conversaciones, las lecturas, los espectáculos y las costumbres del mundo, el cual está condenado en el versículo **32 “Mas siendo juzgados por el Señor, somos corregidos para no ser condenados con el mundo”**, y cuyo príncipe es Satanás. San Pablo enseña también –cosa ciertamente insospechada- que tal es la causa de muchas enfermedades y aun de muchas muertes corporales y que en esto hemos de ver, no una severidad de Dios, sino al contrario. una misericordia que quiere evitar el castigo eterno.

33 “Por lo cual, hermanos míos, cuando os juntéis para comer, aguardaos los unos a los otros. 34 Si alguno tiene hambre, coma en su casa a fin de que no os reunáis para condenación. Cuando yo vaya arreglaré lo demás”.

CAPÍTULO XII

LOS DONES ESPIRITUALES. **1 “En orden a las cosas espirituales no quiero, hermanos, que seáis ignorantes”.** En los capítulos 12, 13 y 14 responde S. Pablo a la consulta sobre los carismas o dones especiales del Espíritu Santo (el griego dice literalmente los pneumáticos) concedidos abundantemente a los cristianos por el divino Espíritu, según era visible en la Iglesia. Así se nos exhorta el día de Pentecostés que celebramos 50 días después de la Pascua. La venida del Espíritu Santo en ese día produjo una cosecha espiritual, no solamente los apóstoles, sino también en todos los

discípulos, fieles y *“aquellos, pues, que aceptaron sus palabras, fueron bautizados y se agregaron en aquel día cerca de tres mil almas”* (Hechos 2,41). Y es que el Espíritu Santo se comunicó en: esta ocasión con un carácter de universalidad; por eso se considera a Pentecostés como el día natal de la Iglesia, y por eso ésta se llama católica, es decir, universal, abierta a todos los pueblos e individuos; si bien con una jerarquía instituida por el mismo Jesús con el cargo de difundir el conocimiento del Evangelio (lo cual presupone la ignorancia de muchos) y con la advertencia de que muchos serán los llamados y pocos los escogidos, lo cual presupone la libertad que Dios respeta en cada uno para aceptar o rechazar el Mensaje de Cristo.

2 *“Bien sabéis que cuando erais gentiles se os arrastraba de cualquier modo en pos de los ídolos mudos”*. A los que mirasen nuestra fe como un ciego dogmatismo gregario y servil, opone San Pablo aquí un verdadero alarde de vida espiritual. Jesús es la luz, y no quiso que se le siguiera en tinieblas con *“la fe del carbonero”* (Juan 12, 46), porque la vida eterna consiste en conocerlo bien a Él y por Él al Padre (Juan 17, 3). De ahí que el gran Apóstol no quiere que los cristianos ignoremos los misterios del Espíritu, y opone la Ley de Cristo –que no es ídolo mudo, porque habló y sus Palabras son la verdad que hace libres a los que las buscan y conservan (Juan 8, 31)- a la oscura esclavitud de los paganos que, sin vida espiritual propia, se dejaban pasivamente conducir a la superstición por mentores semejantes a aquellos sacerdotes de ídolo Bel cuyos subterfugios descubrió tan admirablemente el profeta Daniel en 14, 1-21.

3 *“Os hago saber, pues, que nadie que hable en el Espíritu de Dios, dice: “anatema sea Jesús”; y ninguno puede exclamar: “Jesús es el Señor”, si no es en Espíritu Santo”*. He aquí la regla general para distinguir los espíritus: todas las manifestaciones de palabra o de hecho que se oponen a Jesús, esto es, a su gloria o a su enseñanza, son malas. Nótese que el Espíritu Santo, que por voluntad del Padre es el glorificador de Jesús: *“Él me glorificará, porque tomará de lo mío, y os (lo) declarará. Todo cuanto tiene el Padre es mío”* (Juan 16, 14), es también quien nos anima y capacita para confesar que Jesús es el Señor, como muestra Filipenses 2, 11: *“y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre”*, el original griego expresa el sublime misterio del amor del Padre a su Hijo, que hace que el Padre se sienta glorificado en que confesemos como Señor a Cristo, *“por quien, y con quien y en quien”* recibe el Padre todo honor y gloria, como se proclama en el Canon de la Misa. Las almas iluminadas por el Espíritu Santo se elevan a la espiritualidad propia de los hijos de Dios (Romanos 8, 14), ya que con esta adopción de hijos de Dios no solamente se recibe la gracia, la caridad y los dones del Espíritu Santo, sino también al mismo Espíritu, que es el don primero e increado, merced a la mansión en ellas del divino Espíritu. El

Espíritu Santo es fuente de un gozo sin fin que consiste en la asimilación de Dios. ¡Convertirse en Dios! Nada puede apetecerse de más bello.

4 “Hay diversidad de dones, más el Espíritu es uno mismo, 5 y hay diversidad de ministerios, más el Señor es uno mismo; 6 y hay diversidad de operaciones, más el mismo Dios es el que las obra todas ellas en todos”. Los mejores autores señalan en los versículos 4-6 la mención sucesiva del Espíritu Santo, del Verbo encarnado y del Padre, de donde se deducen preciosas enseñanzas sobre la doctrina de la Santísima Trinidad y la distinción de las divinas Personas.

7 “A cada uno, empero, se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien (común)”. Es decir, no para Él sino para toda la Iglesia, lo cual comporta gravísima responsabilidad en quien recibe los dones, como se ve en la parábola de los talentos (Mat. 25, 14 ss). Ello explica que haya habido profetas infieles a su misión, y nos muestra que la posesión de esos dones no es por si misma un indicio suficiente de santidad.

8 “Porque a uno, por medio del Espíritu, se le otorga palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia, según el mismo Espíritu”; Trátase de los diversos carismas o inspiraciones y dones especiales, ministerios apostólicos y operaciones sobrenaturales. Se ha de hacer notar cómo San Pablo coloca por encima de la ciencia la sabiduría o conocimiento de los designios íntimos de Dios.

9 “a otro, en el mismo Espíritu, fe; a otro, dones de curaciones, en el único Espíritu; 10 a otro, operaciones de milagros; a otro, profecía; a otro, discreción de espíritus; a otro, variedad de lenguas; a otro, interpretación de lenguas”. Se refiere, no a la fe teológica sino a la fe que obra Milagros, y la eficacia de la fe que vence todos los obstáculos, “*porque en verdad os digo: Que, si tuviereis fe como un grano de mostaza, diríais a esta montaña: “Pásate de aquí, allá”, y se pasaría, y no habría para vosotros cosa imposible*” (Mateo 17, 20).

11 “Pero todas estas cosas las obra el mismo y único Espíritu, repartiendo a cada cual según quiere”. Como hay muchos miembros, pero un solo cuerpo, así hay también muchos carismas, pero un solo Espíritu. Ninguno se juzgue despreciado si otros están dotados de un don más apetecido. Cada uno guarde su puesto y el don que el Espíritu le ha concedido, pues que no se trata de dones personales y todos los carismas son inútiles sin la caridad. No hay felicidad mayor que la de saber que, de toda eternidad, Dios tenía un destino elegido especialmente para cada uno, por su infinito amor, de modo que en ese destino estará para nosotros el máximo de la dicha que a cada uno

conviene, tanto en la eternidad como desde ahora. Pretender cambiar esa posición por iniciativa propia sería, no solamente querer superar el amor de Dios y su sabiduría, sino también alterar el fin que Él mismo se propuso al crear a cada uno. Por lo demás, si bien las palabras según quiere se refieren al divino Espíritu, también es, en cierta manera, según quiere cada cual, es decir según acepta y desea. Porque el mismo Dios nos advierte que Él *“llena de bienes a los hambrientos”* (Lucas 1, 53) y nos invita a abrir bien la boca para poderla colmar. En un mercado donde todo se da gratis, el que pide poco es un necio y así nos lo, dice el Isaías 55, 1: *“¡Oh vosotros, sedientos todos, venid a las aguas! Venid también los que no tenéis dinero, comprad y comed; sí, venid y comprad, sin dinero y sin pago, vino y leche”*. Estupenda invitación de la Sabiduría, que es Cristo, a disfrutar las maravillas de su gracia y de su reino, que se da gratis, pero es para los que lo desean, para los que están sedientos de verdad y de vida. En realidad, sólo se trata, pues, de hacerse pequeño como un niño para recibir lo que se niega a los sabios y a los prudentes (Lucas 10, 21). Tal es el sentido de las palabras de San Agustín: *“Si quieres ser predestinado, hazte predestinado”*.

UNIDAD DEL CUERPO MÍSTICO EN LA DIVERSIDAD DE SUS MIEMBROS. **12** *“Porque así como el cuerpo es uno, más tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, forman un mismo cuerpo, así también Cristo”*. Admiremos cómo se ensancha aquí la visión al mostrársenos la Iglesia de Dios como un cuerpo orgánico, pero místico. Lo que el Espíritu Santo hace al distribuir así diversamente sus dones, no es sino edificar el cuerpo de Cristo que hemos de formar todos los cristianos. De manera que, si cada uno de nosotros tiene dones distintos, es porque somos miembros de ese Cuerpo y entre todos hemos de hacer la armonía del conjunto. Y esto, lejos de obstar al bien de cada uno, según lo que vimos en la nota anterior, lo confirma de una manera nueva, haciéndonos comprender que la mano no está hecha para ser usada como pie, ni el oído para ser ojo, etc., ni la mano podría ser feliz cortada del cuerpo, como si fuera ella misma una persona, por lo cual la plenitud de nuestro bien está en la armonía de ese Cuerpo, que es el Cristo total, cuya Cabeza o centro vital es el mismo Jesús (Efesios 4, 15) *“de cuya plenitud lo recibimos todos”* (Juan 1, 16), Es decir que toda nuestra gracia procede de la Suya, y en Él somos colmados, como enseña San Pablo: *“Porque en Él habita toda la plenitud de la Deidad corporalmente; y en Él estáis llenos vosotros, y Él es la cabeza de todo principado y potestad”* (Colonenses 2. 9-10). Sin Él no podemos recibir absolutamente nada de la vida del Padre. Pero con Él podemos llegar a una plenitud de vida divina que corresponde a la plenitud de la divinidad que Él posee, y *“que no puede corromperse, ni mancharse, ni marchitarse, y que está reservada en los cielos para vosotros”* (II Pedro, 1, 4). Al hablarnos San Pablo de esta del cuerpo humano, no es pues, sino el desarrollo de la alegoría

propuesta por el mismo Señor sobre la vid y los sarmientos: algo vital y orgánico, e infinitamente más real y profundo que toda figura literaria, como que los cuerpos físicos y todas las cosas creadas son imágenes visibles de las invisibles realidades espirituales, según lo vemos Romanos 1, 20; *“porque lo invisible de Él, su eterno poder y su divinidad, se hacen notorios desde la creación del mundo, siendo percibidos por sus obras, de manera que no tienen excusa”*. Revelación de suma importancia: Las cosas creadas son como símbolos de las increadas e invisibles y las almas rectas descubren incontables maravillas de Dios en la naturaleza, por la expresa disposición de Dios. San Pablo presenta aquí el concepto de cuerpo especialmente en cuanto a la solidaridad entre los miembros, de donde se deduce también la comunidad de bienes espirituales. En las Epístolas de la cautividad esencialmente Cristológicas, exployó el gran misterio del Cuerpo Místico con relación a Aquel que resucitado de entre los Muertos, sentado a la diestra del Padre y puesto sobre la casa de Dios como Sumo Sacerdote del Santuario celestial, es a un tiempo la Cabeza y la vida de toda “la Iglesia que es su Cuerpo”.

13 “Pues todos nosotros fuimos bautizados en un mismo Espíritu, para ser un solo cuerpo, ya judíos, ya griegos, ya esclavos, ya libres; y a todos se nos dio a beber un mismo Espíritu. 14 Dado que el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos. 15 Si dijere el pie: porque no soy mano, no soy del cuerpo, no por esto deja de ser del cuerpo. 16 Y si dijere el oído; porque no soy ojo, no soy del cuerpo, no por esto deja de ser del cuerpo. 17 Si todo el cuerpo fuera ojo ¿dónde estaría el oído? Si todo él fuera oído ¿dónde estaría el olfato? 18 Mas ahora Dios ha dispuesto los miembros, cada uno de ellos en el cuerpo, como Él ha querido. 19 Y si todos fueran un mismo miembro ¿dónde estaría el cuerpo? 20 Mas ahora son muchos los miembros, pero uno solo el cuerpo. 21 No puede el ojo decir a la mano: no te necesito; ni tampoco la cabeza a los pies: no tengo necesidad de vosotros. 22 Muy al contrario, aquellos miembros que parecen ser más débiles, son los más necesarios; 23 y los que reputamos más viles en el cuerpo, los rodeamos con más abundante honra; y nuestras partes indecorosas, las tratamos con mayor decoro”. Así como en este gráfico análisis del cuerpo físico -en que el Apóstol señala expresamente las deliberadas voluntades del Creador- sucede en el Cuerpo Místico de Cristo: los que hayamos estado más bajos, según el mundo, seremos los privilegiados de la gloria, los preferidos de Aquel que estuvo entre nosotros como un sirviente: *“Pues ¿quién es mayor, el que está sentado a la mesa, o el que sirve? ¿No es acaso el que está sentado a la mesa? Sin embargo, Yo estoy entre vosotros como el sirviente”* (Lucas 22, 27). Tal es lo que San Pablo nos dice sobre la posición siempre despreciada de los apóstoles: *“Pues ¿quién es mayor, el que está sentado a la mesa, o el que sirve? ¿No es acaso el que está sentado a la mesa? Sin embargo, Yo estoy entre vosotros como el sirviente, en azotes, en prisiones, en alborotos, en*

fatigas, en vigiliias, en ayunos; en pureza, en conocimiento, en longanimidad, en benignidad, en el Espíritu Santo, en caridad no fingida, con palabras de verdad, con poder de Dios, por las armas de la justicia, las de la diestra y las de la izquierda, en honra y deshonor, en mala y buena fama; cual impostores, siendo veraces; cual desconocidos, siendo bien conocidos; cual moribundos, más mirad que vivimos; cual castigados, mas no buenos; como tristes, más siempre alegres; como pobres, siendo así que enriquecemos a muchos; como que nada tenemos aunque lo poseemos todo.” (II Corintios 6, 4-10), no obstante ser esa vocación la primera, y la más deseable. ¿Es que acaso no habrían de cumplirse las predicciones de Jesús sobre los apóstoles verdaderos?: *“Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a Mí antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero como vosotros no sois del mundo -porque Yo os he entresacado del mundo- el mundo os odia. Acordaos de esta palabra que os dije: No es el siervo más grande que su Señor. Si me persiguieron a Mí, también os perseguirán a vosotros; si observaron mi palabra, observarán también la vuestra. Pero os harán todo esto a causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió”* (Juan 15, 18 -21). El mundo, que no recibe a Jesús, ni a su Espíritu, tampoco recibirá a sus discípulos. Con toda claridad profetiza el divino Redentor las persecuciones, que prueban el carácter sobrenatural de su Cuerpo místico. El mundo odia lo sobrenatural en los cristianos, así como lo ha odiado en Cristo. He aquí una piedra de toque para saber encontrar a los verdaderos apóstoles.

24 “en tanto que nuestras partes honestas no tienen necesidad de ello; más Dios combinó el cuerpo, de manera de dar decencia mayor a lo que menos la tenía; 25 para que no haya disensión en el cuerpo, sino que los miembros tengan el mismo cuidado los unos por los otros”. El Apóstol quiere acentuar, con toda razón, que esa solidaridad existe entre los miembros como un hecho real, o sea que no se trata de un precepto que deba cumplirse en sentido moral, sino de algo que afecta vitalmente al interés de todos y de cada uno, tanto en un cuerpo espiritual como en el físico. De ahí han tomado los sociólogos, no solamente la concepción orgánica de la sociedad humana, sino también el concepto de la solidaridad social que sirvió de base para demostrar la conveniencia y la necesidad de la armonía entre los hombres.

26 “Por donde si un miembro sufre, sufren con él todos los miembros; y si un miembro es honrado, se regocijan con él todos los miembros. 27 Vosotros sois, pues, cuerpo de Cristo y miembros (cada uno) en parte”. Es decir, no que unos seamos miembros de otros, sino que nadie es más que una parte de esos miembros, o sea que necesita de los demás, según la solidaridad que antes vimos, y no puede pretender que él sólo es todo el Cuerpo de Cristo. Esas distintas partes son las que luego enumera en los versículos 28 y siguientes, y

entre ellas hay que aspirar ambiciosamente a las más grandes y mejores, que son el apostolado y la profecía.

28 “Y a unos puso Dios en la Iglesia, primero apóstoles, segundo profetas, tercero doctores, a otros les dió el don de milagros, de curaciones, auxilios, gobiernos y variedades de lenguas. 29 ¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Son todos doctores? ¿Son todos obradores de milagros? 30 ¿Tienen todos dones de curaciones? ¿Hablan todos en lenguas? ¿Son todos intérpretes? 31 Aspirad a los dones más grandes. Pero os voy a mostrar todavía un camino más excelente”. 31. “Ya está Pablo ardiendo, llevado al amor”, dice aquí San Ambrosio. El amor es más que todo, y es lo que valoriza todo, como veremos en el próximo capítulo 13, y lo es todo en sí mismo, como que se confunde con el mismo Dios puesto que Él es amor (1 Juan 4, 8). Hallamos en ese versículo 8 la más alta definición de Dios. El Padre es el Amor Infinito, el Hijo es el Verbo Amor, la Palabra de Amor del Padre, unidos Ambos por el divino Espíritu de Amor. El Padre siendo el Amor es lo contrario al egoísmo, es decir, algo que difícilmente imaginamos sin honda meditación espiritual. Porque solemos imaginarlo como el infinito omnipotente vuelto hacia Sí mismo, contemplándose y amándose por no existir nada más digno de ello que Él mismo. Pero olvidamos que el Padre tiene un Hijo, eterno como Él, y que su amor está puesto en Él, de modo que el amor infinito, que es la sustancia del Padre, no se detiene en Sí mismo, en su Persona, sino que sale hacia Jesús, y en Él hacia nosotros. Por eso el discípulo amado debió al amar su Evangelio y su gran Epístola, y en ellos hallamos la cumbre de lo que Dios, reveló en materia de espiritualidad, así como en el Apocalipsis, del mismo Juan, está la cumbre de los misterios revelados en cuanto a nuestro destino y al del universo.

D. LOS DONES ESPIRITUALES Y SU USO (12,1 – 14,40)

CAPÍTULO XIII

TRATADO DE LA CARIDAD. 1 “Aunque yo hable la lengua de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe”. Todo el capítulo es más que un sublime himno lírico a la caridad; es un retrato, sin duda el más auténtico y vigoroso que jamás se trazó del amor, el más alto de los dones y de las virtudes teologales, para librarnos de confundirlo con sus muchas imitaciones: el sentimentalismo, la beneficencia filantrópica, la limosna ostentosa. etc., San Pablo fija aquí el concepto de la caridad según sus características esenciales, pues son las que cualquiera puede reconocer simplemente en todo amor verdadero. Si no es así no es amor. Mas para poder pensar en la caridad como amor de nuestra parte a Dios y al prójimo, hemos de pensar antes en la caridad como amor que Dios

nos tiene y que Él nos comunica, sin lo cual seríamos incapaces de amar (Denzinger 198 s.). Dios es amor; y ese amor infinito del Padre por el Hijo nos es extendido a nosotros por la misión del “*Espíritu Santo que nos ha sido dado*” (Romanos 5, 5), el cual pone entonces en nosotros esa capacidad de amar al Padre como lo amó Jesús, y de amarnos entre nosotros como Jesús nos amó: “*Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros: para que, así como Yo os he amado, vosotros también os améis unos a otros*” (Juan 13, 34). El mandamiento es “nuevo” en cuanto propone a los hombres la imitación de la caridad de Cristo: amor que se anticipa a las manifestaciones de amistad; amor compasivo que perdona y soporta; amor desinteresado y sin medida. Es de notar que San Pablo usa siempre la voz griega ágape, que suele traducirse indistintamente por caridad o amor, amén de que también, sobre todo, así la usaba Jesús. (Consiguientemente, no lo confundamos y usemos el termino actual de solidaridad),

2 “*Y aunque tenga (donde) profecía, y sepa todos los misterios, y toda la ciencia, y tenga toda la fe en forma que traslade montañas, si no tengo amor, nada soy*”. Como muy bien se observa, la fe de que aquí se trata entre otros carismas, es lo que se llama “fe milagrosa” y no en manera alguna “la primera de las tres virtudes teologales”, que sobrepasa los límites de aquélla y que, siendo el “*principio de la humana salvación, el fundamento y la raíz de toda justificación*” (Concilio Tridentino), es la base y condición previa de toda posible caridad, pues es cosa admitida que no pueda amarse lo que no se conoce. Según la expresión clásica, “*el fuego de la caridad se enciende con la antorcha de la fe*”, o sea que en vano pretenderíamos ser capaces de proceder como se indica en el versículo 4 (“*El amor es paciente...*”) si antes no hemos buscado el motor necesario entregando el corazón al amor que viene del conocimiento de Cristo, como lo dice la Escritura. En ella se nos revela el Amor del Padre: “*En esto está el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó (primero) a nosotros y envió su Hijo como propiciación por nuestros pecados*” (1 Juan 4, 10), está claro que Dios no nos amó por méritos o atractivos nuestros, ni siquiera porque nosotros nos hubiésemos arrepentido de nuestros pecados, sino que Él se adelantó a ofrecernos la gracia para que pudiéramos arrepentirnos: “*La causa meritoria de nuestra justificación, declara el Concilio de Trento, “es el Hijo Unigénito de Dios, nuestro Señor Jesucristo, el cual, cuando éramos enemigos, movido del excesivo amor con que nos amó, por su santísima Pasión en el leño de la Cruz nos mereció la justificación y satisfizo por nosotros a Dios Padre*”. Solo ese conocimiento espiritual, admirativo y consolador, como nos dice San Pablo en Gálatas 5, 6: “*sólo la fe que obra por el amor*”, esto es, las obras del verdadero amor brotan espontáneamente del verdadero conocimiento, y solo llegaremos a él si nuestra fe obra en la caridad y bondad de que somos amados

podrá convertir nuestro corazón egoísta, a esa vida que aquí indica San Pablo, en que el amor es el móvil de todos nuestros actos.

3 “Y si repartiese mi hacienda toda, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, mas no tengo caridad, nada me aprovecha”. Esto es lo que ha sido llamado “*lección formidable*”, es decir terrible: Antes que las obras materiales, hay que cuidar la sinceridad del amor con que las hacemos; amor que sólo puede venir de una fe viva de amor, formada en el conocimiento espiritual de Dios, que Él mismo nos da por medio de su Palabra como vemos en Juan 17, 3: “*Y la vida eterna es: que te conozcan a Ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo Enviado tuyo*”, porque el conocimiento del Padre y del Hijo -obra del Espíritu de ambos “que habló por los profetas”- se vuelve vida divina en el alma de los creyentes, los cuales son “*partícipes de la naturaleza divina*” (II Pedro 1, 4), amén de que “*la fe viene, pues, del oír, y el oír por la palabra de Cristo*” (Romanos 10, 17); hay aquí una luz de extraordinaria importancia para nuestra propia conversión y la del prójimo: Es la Palabra divina la que tiene fuerza sobrenatural para transformar las almas, como ya lo señalaba David en el Salmo 18, 8-10: “*La Ley de Yahvé es perfecta, restaura el alma. El testimonio de Yahvé es fiel, hace sabio al hombre sencillo. Los preceptos de Yahvé son rectos, alegran el corazón. La enseñanza de Yahvé es clara, ilumina los ojos. El temor de Yahvé es santo, permanece para siempre. Los juicios de Yahvé son la verdad, todos son la justicia misma, más codiciables que el oro, oro abundante y finísimo; más sabrosos que la miel que destila de los panales*”.

4 “El amor es paciente; el amor es benigno, sin envidia; el amor no es jactancioso, no se engríe; 5 no hace nada que no sea conveniente, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal”. “No busca lo suyo”: Nótese que esta admirable norma, sin la cual nuestro natural egoísmo viviría sembrando ruinas desenfrenadamente, no significa que hayamos de empeñarnos en buscar las cosas desagradables sino en cuidar ante todo que ninguna de nuestras ventajas pueda ser en detrimento de otro. Dios nos permite hartas cosas agradables que no son con daño ajeno. Más aún, todas nos las promete Él por añadidura si tenemos esta disposición, fundamental de caridad que no aceptaría nada que fuese con perjuicio del prójimo. ¡Qué paraíso de paz y bienestar y sería entonces el mundo! Pero si no podemos hacer que lo sea para todos, nadie puede impedirnos que lo hagamos un paraíso así entre nosotros.

6 “no se regocija en la injusticia, antes se regocija con la verdad; 7 todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”. Apliquemos esto al amor que Dios tiene con nosotros y veremos hasta dónde llega su asombrosa bondad. “*Sed, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*” (Mateo 5, 48), otro paralelismo de gran importancia para el conocimiento de Dios, señalaremos entre este texto y el correspondiente de

Lucas 6, 36: *“Sed misericordiosos como es misericordioso vuestro padre”*. Allí se nos manda ser perfectos y se nos da como modelo la perfección del mismo Padre celestial, lo cual parecería desconcertante para nuestra miseria. Sin embargo, vemos que esa perfección de Dios consiste en la misericordia, y que Él mismo se digna ofrecérsenos como ejemplo, empezando por practicar antes con nosotros mucho más de lo que nos manda hacer con el prójimo, puesto que ha llegado a darnos su Hijo único, y su propio Espíritu, el cual nos presta la fuerza necesaria para corresponder a su amor e imitar con los demás hombres esas maravillas de misericordia que Él ha hecho con nosotros. “Todo lo cree”: San Juan nos lo explica en primera carta: *“cree que Jesús es el Cristo, es engendrado de Dios. Y todo el que ama al (Padre) que engendró, ama también al’ engendrado por Él”* (1 Juan 5,1) Por la fe creemos en el amor infinito del Padre, mas no llegamos a ser verdaderamente sus hijos, sino en la medida en que esta creencia transforma toda nuestra alma para hacerla vivir de la divina vida del Padre, que es amor. *“En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: cuando amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos”* (1 Juan 5-2), esta es prueba inversa de la que se nos dice en 1 Juan 4, 12: *“A Dios nadie lo ha visto jamás; más si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor llega en nosotros a la perfección”*, es decir, que la caridad para con el prójimo nos proporciona una piedra de toque sobre el estado de nuestra amistad con Dios. Y es anterior a aquélla, pues claro está que nuestro amor al prójimo procede, de nuestro amor a Dios y no esto de aquello; así como el amor que tenemos a Dios procede a su vez del amor con que Él nos ama y por el cual nos da su propio Espíritu que nos capacita para amarlo a Él y amar al prójimo. En cuanto al amor al prójimo, San Juan nos da la regla en su primera carta 4, 1: *“Carísimos, no creáis a todo espíritu, sino poned a prueba los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido al mundo”*, indicándonos así que debemos examinarlo todo, ya que no todo lo que parece bueno, lo es en efecto. Hay que examinarlo a la luz de la fe. *“Porque éste es el amor de Dios: que, guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son pesados; porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y ésta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe”* (1 Juan 5, 3-4). Y también venceremos a Satanás en la fe: *“Sed sobrios y estad en vela: vuestro adversario el diablo ronda, como un león rugiente, buscando a quien devorar. Resistidle, firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos sufren vuestros hermanos en el mundo”* (1 Pedro 5, 8-9)

8 *“El amor nunca se acaba; en cambio, las profecías terminarán, las lenguas cesarán, la ciencia tendrá su fin. 9 Porque (sólo) en parte conocemos, y en parte profetizamos; 10 más cuando llegue lo perfecto, entonces lo parcial se acabará. 11 Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; más cuando llegué a ser hombre, me deshice de las cosas de niño. 12 Porque ahora miramos en un enigma, a*

través de un espejo; más entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, entonces conoceré plenamente de la manera en que también fui conocido". Sólo por el espejo de la fe, perfeccionada por el amor y sostenida por la esperanza, podemos contemplar desde ahora el enigma de Dios. ¿Cómo podríamos de otra manera ver las realidades espirituales con los ojos de la carne, de una carne caída que no sólo es ajena al espíritu, sino que le es contraria?, *"Porque la carne desea en contra del espíritu, y el espíritu en contra de la carne, siendo cosas opuestas entre sí, a fin de que no hagáis cuanto querriais"* (Gálatas 5, 17). De ahí el inmenso valor de la fe, y el gran mérito que Dios le atribuye cuando es verdadera, haciendo que nos sea imputada como justicia. Porque es necesario realmente que concedamos un crédito sin límites, para que aceptemos de buena gana poner nuestro corazón en lo que no vemos, quitándolo de lo que vemos, sólo por creer que la Palabra de Dios no puede engañarnos cuando nos habla y nos ofrece su propia vida divina, mostrándonos que aquello es todo y que esto es nada. De ahí que nuestra fe, si es viva, honre tanto a Dios y le agrade tanto, como al padre agrada la total confianza del hijito que sin sombra de duda le sigue, sabiendo que en ello está su bien. Él nos da entonces evidencias tales de su verdad cuando escuchamos su lenguaje en las Escrituras, que ello, como dice Santa Angela de Foligno, nos hace olvidar del mundo exterior y también de nosotros mismos. Pero, sin embargo, el deseo de ver cara a cara, ese anhelo de toda la Iglesia y de cada alma, con el cual termina toda la Biblia: *"Ven. Señor Jesús"* (Apocalipsis 22, 20), crece en nosotros cada vez más porque se nos ha hecho saber que *"el Espíritu y la novia dicen: "Ven"* (Apocalipsis 22,17): *"Ven, Señor Jesús"* es, como hemos dicho, el suspiro con que termina toda la Biblia y con ella toda la Revelación divina; es el mismo con que empieza el Cantar de los Cantares: *"Bésemelo con los besos de su boca!"* (Cantares 1, 1) y acaba: *"Ven, amado mío, y sé cómo la gacela y el cervatillo sobre los montes de los bálsamos"* (Cantares 8, 14) como un estribillo en que la Esposa repite actualmente, después de tan maravillosas visiones, el suspiro con que empezó el poema anhelando el beso del Esposo. En efecto, así lo ha visto la tradición cristiana, según lo expresa uno de sus ilustres representantes al decir que "es una voz secreta que, aguzada por el movimiento oculto del Espíritu Santo, suena de continuo en los pechos y corazones de los ánimos justos y amados de Cristo, como nos lo ha dicho antes San Juan: *"El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven (Señor)!"* Y poco después dice el mismo, en persona suya como uno de los más justos: *"¡Así sea, ven, Señor Jesús! "Como la gacela y el cervatillo"*: esto es, velozmente. Jesús anunció, en efecto, que su regreso sería con *"la rapidez del relámpago"* (Mateo 24, 27), y este ansioso deseo y dichosa esperanza de su Venida, por parte de la Esposa, ha sido justamente llamado "la plenitud de la fe", pues sabemos por San Pablo que quien cree de veras obra por amor (Gálatas 5, 6), y al que se ama se le desea en visión y posesión plena. Tan santo deseo, cuya feliz realización hemos de esperar a cada hora,

resulta, así como una piedra de toque del verdadero amor a Jesús, pues no se concebiría que lo amásemos y no deseásemos presenciar su triunfo glorioso, “*verlo aparecer sobre las nubes*” (Apocalipsis 1, 7) y “*ser arrebatados a su encuentro en los aires*” (I Tesalonicenses 4, 17). De ahí lo que San Juan enseña sobre el carácter santificador de este voto con que empieza y termina el divino Cántico, paralelamente con el Apocalipsis: “*Sabemos que cuando aparezca seremos semejantes a Él porque lo veremos tal cual es. Entretanto, todo el que tiene esta esperanza en Él se hace santo como es santo Él*” (I Juan 3, 2 s.).

“Ven. Señor Jesús”: es el mismo suspiro de Israel para llamar al Mesías, es el que hoy, con mayor motivo después de haberlo conocido en su primera venida, emite la Iglesia ansiosa, como esposa, de “*las Bodas del Cordero*” (Apocalipsis 19, 7). Aquí vemos que ese suspiro es igualmente el de cada alma creyente, que también es novia: “*Porque mi celo por vosotros es celo de Dios, como que a un solo esposo os he desposado, para presentaros cual casta virgen a Cristo*” (II Corintios 11, 2). “*Diga también quien escucha. Ven*” (Apocalipsis 22, 17). El vehemente pedido de “*que Él venga presto*” (Apocalipsis 22, 12) sin demora, nos parecería tal vez una insistencia egoísta y atrevida, como que pretendiera enseñarle a Él cuando ha de venir, y es que no se refiere necesariamente a un tiempo inmediato, sino que significa que Él viene con diligencia, que viene a ti su tiempo, como lo hizo la primera vez “*en la plenitud del tiempo*” (Gálatas 4, 4). Es decir, que para ese encuentro anhelado Él está pronto siempre, y así hemos de estar nosotros. Bien es verdad que ignoramos el día fijo: “*No os corresponde conocer tiempos y ocasiones que el Padre ha fijado con su propia autoridad*” (Hechos 1,7), pero conocemos las señales próximas del día: “*En verdad, os digo, que no pasará la generación ésta hasta que todo esto suceda*” (Mateo 24, 33, y aún podemos apresurarlo: “*¿cuál no debe ser la santidad de vuestra conducta y piedad, para esperar y apresurar la Parusía del día de Dios*” (II Pedro 3, 11-12). Y aquí se aumenta nuestro consuelo al saber que vendrá sin demora no bien suene el instante (II Pedro 3, 9). En cuanto a nosotros, esta espera, como bien dice un predicador, comporta la esperanza de que Él llegue en nuestros días, pues su anuncio, repetido por San Juan mucho después de la caída de Jerusalén, ya no podría confundirse con aquel acontecimiento. Si se nos dice que vivamos esperando a Jesús y que “*el tiempo está cerca*”, ello significa la posibilidad de que Él llegue en cualquier momento, sin que nada pueda oponerse a la dichosa esperanza, pues vendrá “*como un ladrón*” (II Pedro 3, 10), esto es, aunque muchos piensen que aún no se han cumplido los signos precursores.

Bien vemos en estos versículos, que es Él quien nos enseña a llamarle. Fácil es entender esto comparándolo con el caso de cualquier esposo a quien la esposa ausente llamase con ansias, porque él lo es todo en su vida. ¿Cómo no habría de complacerlo a él tal deseo de verlo, que es la mejor prueba del amor?

Así la Esperanza es la mejor prueba de la Caridad. Pero la amada no lo fuerza, porque sabe que sólo algo muy importante puede detenerlo a que demore la unión, debe antes completarse el número de los elegidos, y la novia ha de estar vestida de blanco, sin mancha ni arruga alguna, como Él la quiere: *“Maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó Él mismo por ella”* (Efesios 5, 25). En esto se vive, pues, muy intensamente el precepto de la caridad fraterna, al compartir la longanimidad de Dios: “en (el tiempo de) la paciencia de Dios” (Romanos 3, 26); y también el misterio de la comunión de los Santos, al solidarizar nuestra esperanza con la de toda la Iglesia (como lo hacía todo buen israelita, cuya esperanza mesiánica se confundía con la de todo Israel) y al aceptar de buen grado que esa plenitud de felicidad, que esperamos junto con la glorificación del Amado, esté sometida, por obra de su insondable caridad divina, a esa gran paciencia con que sólo Él sabe esperar a los pecadores durante el justo tiempo hasta completar el ramillete que ha de ofrecer un día *“a su Dios y Padre para glorificarle”*, *“conforme al señorío que le conferiste sobre todo el género humano, dando vida eterna a todos los que Tú le has dado”* (Juan 17, 1- 2).

A medida que ahondamos en este amor, se acrecienta y crece más en nosotros, porque se nos ha hecho saber que ese día, al conocer de la manera en que también fui conocido, seremos hechos iguales a Jesús: *“Porque Él, a los que preconoció, los predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo, para que Éste sea el primogénito entre muchos hermanos”* (Romanos 8, 29). El mismo San Juan nos revela que esta anhelosa esperanza de ver a Jesús, nos santifica, así como Él es santo: *“Entretanto quienquiera tiene en Él esta esperanza se hace puro, así como Él es puro”* (1 Juan 3. 3). Y San Pablo nos muestra que no se trata de desear la muerte, sino la transformación que él mismo revela nos traerá Cristo en su venida: *“Porque el mismo Señor, dada la señal, descenderá del cielo, a la voz del arcángel y al son de la trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero”*.

3 “Al presente permanecen la fe, la esperanza y la caridad, estas tres; más la mayor de ellas es la caridad”. San Agustín, previniéndonos contra la vanidad del culto puramente exterior, nos dice que el culto máximo que Dios recibe de nosotros es el de nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor. La caridad es, como dice Santo Tomás, la que, mientras vivimos, da la vida a la fe y a la esperanza, pero un día sólo la caridad permanecerá para siempre y, como dice el Doctor Angélico en otro lugar, la diferencia en la bienaventuranza corresponderá al grado de caridad y no al de alguna otra virtud. Por esta razón, entre mil otras, ella es la más excelente de las tres virtudes teologales, si las miramos como distintas entre sí. Notemos que así cumplirá Él, de un modo infinitamente admirable y superabundante, aquella loca ambición de nuestros primeros padres: *“Replicó la serpiente a la mujer: “De ninguna manera moriréis”* (Génesis 3, 4), que Satanás les inspiró sin

sospechar que en eso consistía el ansia del mismo Dios por prodigar su propia vida divina, mas no por vía de rebelión, que era innecesaria, sino por vía de Paternidad, haciéndonos hijos suyos iguales a Jesús y gracias a los méritos redentores de Jesús. Tal es la obra que hace en nosotros el Espíritu Santo: *“Porque todos cuantos son movidos por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”* (Romanos 8, 14), no se trata, pues, aquí de una simple regla de moral, sino de revelarnos el asombroso misterio del Espíritu Santo que se digna tomar el timón de nuestra vida cuando nos le entregamos con la confiada docilidad de los que se saben hijos del Padre celestial. Véase la inefable promesa de Jesús en Lucas 11, 13: *“Si pues vosotros, aunque malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre dará desde el cielo el Espíritu Santo a quienes se lo pidan!”*. Admirable revelación, que contiene todo el secreto de la vida espiritual. La diferencia entre nuestra actitud frente a Dios, y la que tenemos frente a todo legislador y juez, consiste en que a este último le obedecemos directamente, o incurrimos en el castigo, el cual no se perdona, aunque nos arrepintamos. Con Dios, en cambio, no sólo sabemos que perdona al que se arrepiente de corazón, sino que podemos también decirle esta cosa asombrosa: *“Padre, no soy capaz de cumplir tu Ley, porque soy malo, pero dame Tú mismo el buen espíritu, tu propio Espíritu, que Jesús nos prometió en tu nombre, y entonces no sólo te obedeceré, sino que el hacerlo me será fácil y alegre”*. Tal oración, propia de la fe viva y de la infancia espiritual, es la que más glorifica al divino Padre, porque le da ocasión de desplegar misericordia; y su eficacia es infalible, pues que se funda en la promesa hecha aquí por Jesús.

San Crisóstomo apuntala esta revelación diciendo: *“El espíritu de filiación o adopción divina se conoce en cuanto que aquel que lo recibe es movido por el Espíritu Santo a llamar a Dios su Padre”*. Con esta adopción de hijos de Dios no solamente se recibe la gracia, la caridad y los dones del Espíritu Santo, sino también al mismo Espíritu, que es el don primero e increado. Unidos a Cristo, nuestra Cabeza, cama sarmientos a la vid, y circulando por todos una misma vida podemos decir: ¡Padre! y alcanzaremos la misma herencia del Hijo. Olvidar esta verdad sería negar la conciencia, que es ley aun para los paganos, e incurrir en el espíritu de esclavitud, que el mismo San Pablo declaró ajeno al dogma cristiano y sustituido por este espíritu de hijos de Dios.

CAPÍTULO XIV

DON DE LENGUAS Y DON DE PROFECÍA. 1 *“Aspirad al amor. Anhelad también los dones espirituales, particularmente el de profecía”*. “Aspirad al amor”: Fruto del grandioso capítulo precedente es esta norma que San Pablo nos da a manera de conclusión y lema de toda vida cristiana. El amor es todo y sin él no hay nada. De ahí la audaz fórmula de San Agustín: *“Ama y haz lo que quieras”* (Dilige et quod vis fac). *“El amor no hace mal al prójimo. Por*

donde el amor es la plenitud de la Ley.” (Romanos 13, 10); Es ésta una lección fundamental de doctrina y espiritualidad. El que tiene amor tiene todas las virtudes; si le falta el amor, no tiene ninguna que merezca tal nombre en el orden sobrenatural. *“Particularmente el de profecía”*, es decir, el don de entender la auténtica Palabra de Dios y hablarla para edificar a otros, para exhortarlos y consolarlos. Los profetas son, pues, en primer lugar, predicadores. Cada predicador de la verdad sobrenatural revelada por Dios es un moderno profeta, cuya existencia en la Iglesia debe ser cosa normal, según enseña el Apóstol.

2 *“Porque el que habla en lenguas, no habla a los hombres sino a Dios, pues nadie le entiende, porque habla en espíritu misterios”* “Hablar en lenguas”, es decir, predicar o alabar a Dios en una lengua que los oyentes no entienden, según el Apóstol no es de provecho para el prójimo, porque así no se puede edificar ni estar unido a los oyentes.

3 *“Mas el que profetiza, habla a los hombres para edificación y exhortación y consuelo, 4 El que habla en lenguas, se edifica a sí mismo; más el que profetiza, edifica a la Iglesia, 5 Deseo que todos vosotros habléis en lenguas, pero más aún que profeticéis; porque mayor es el que profetiza que quien habla en lenguas, a no ser que también interprete, para que la Iglesia reciba edificación. 6 Ahora bien, hermanos, si yo fuera a vosotros hablando en lenguas ¿qué os aprovecharía si no os hablase por revelación, o con ciencia, o con profecía, o con enseñanza? 7 Aun las cosas inanimadas que producen sonido, como la flauta o la cítara, si no dan voces distinguibles ¿cómo se sabrá qué es lo que se toca con la flauta y qué con la cítara? 8 Así también si la trompeta diera un sonido confuso ¿quién se prepararía para la batalla? 9 De la misma manera vosotros, si con la lengua no proferís palabras inteligibles, ¿cómo se conocerá lo que decís? Pues estáis hablando al aire. 10 Por numerosos que sean tal vez en el mundo los diversos sonidos, nada hay, empero, que no sea una voz (inteligible)”*. Notable observación que nos hace admirar las maravillas de la naturaleza no obstante haber caído ella también cuando pecó el hombre”: *“porque también la creación misma será libertada de la servidumbre de la corrupción para (participar de) la libertad de la gloria de los hijos de Dios”* (Romanos 8, 21). Hasta la creación inanimada, que a raíz del pecado de los primeros padres fué sometida a la maldición (Génesis 3, 17), ha de tomar parte en la felicidad del hombre. De la transformación de las cosas creadas nos hablan tanto los vates del Antiguo Testamento como los del Nuevo. Los Santos Padres hacen notar que el Hijo de Dios precisamente se hizo hombre porque en la naturaleza humana podía abrazar simultáneamente la sustancia material y espiritual de la creación. Es la promesa maravillosa de Efesios 1, 10): *“en la dispensación de la plenitud de los tiempos: reunirlo todo en Cristo, las cosas de los cielos y las de la*

tierra". Así Cristo es, tanto en el mundo cósmico cuanto, en el sobrenatural centro y lazo de unión viviente del universo, principio de armonía y unidad. Todo lo que estaba separado y disperso por el pecado, "en el mundo sensible y en el mundo de los espíritus", Dios lo reunirá y lo volverá definitivamente a Sí por Cristo, el cual, como fué por la creación principio de existencia de todas las cosas, es por la Redención en la plenitud de sus frutos.

11 "Si, pues, el valor del sonido es para mí ininteligible, será para el que habla un bárbaro, y el que habla un bárbaro para mí". Insiste el Apóstol sobre la necesidad de edificar a la comunidad, y no a sí mismo; lo cual nos muestra cuánto desea San Pablo que el pueblo esté unido a la oración litúrgica de la Iglesia. Así lo manifiesta el "Orate fratres"- orad hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro sea Dios, Padre todopoderoso-. en que el sacerdote se dirige al pueblo diciéndole que la Misa es un sacrificio de él y de ellos ("meum ac vestrum sacrificium").

12 "Así también vosotros, ya que anheláis dones espirituales, procurad tenerlos abundantemente para edificación de la Iglesia".

EL DON DE LENGUAS REQUIERE INTERPRETACIÓN. 13" Por lo cual, el que habla en lenguas, ruegue poder interpretar. 14 Porque si hago oración en lenguas, mi espíritu ora, pero mi mente queda sin fruto. 15 ¿Qué haré pues? Oraré con el espíritu, más oraré también con la mente; cantaré con el espíritu, más cantaré también con la mente. 16 De lo contrario, si tú bendices sólo con el espíritu ¿cómo al fin de tu acción de gracias el simple fiel dirá el Amén? puesto que no entiende lo que tú dices". Tal fué precisamente el origen de la adopción, por la Iglesia Occidental, de la lengua latina, que entonces era la vulgar. Las Iglesias griegas vinculadas a la Sede romana continuaron usando el griego, y en los países orientales usan también el árabe, el armenio, siríaco, etc. De tiempo en tiempo se ha manifestado, por parte de teólogos, liturgistas o canonistas, alguna tendencia, deseo o súplica en favor de los idiomas vernáculos. A partir del Vaticano II, La Santa Sede ha accedido a dispensar del latín y a usar las diversas lenguas vernáculos..

17 "Tú, en verdad, das bien las gracias, más el otro no se edifica. 18 Gracias doy a Dios de que sé hablar en lenguas más que todos vosotros; 19 pero en la Iglesia quiero más bien hablar cinco palabras con mi inteligencia, para instruir también a otros, que diez mil palabras en lenguas". San Pablo quiere decir: Lo que uno no entiende, no puede servir para la edificación. Por eso no debe omitirse ninguna diligencia para poner a los fieles en estado de tomar parte en las oraciones públicas, ya sea explicándoselas de viva voz, ya sea poniendo en sus manos versiones fieles y exactas que ilustren su

entendimiento, sostengan y fomenten su atención (Concilio de Trento Sesión XXII, capítulo 8).

20 “Hermanos, no seáis niños en inteligencia; sed, sí, niños en la malicia; más en la inteligencia sed hombres acabados. 21 En la Ley está escrito: “En lenguas extrañas, y por otros labios hablaré a este pueblo; y ni aun así me oirán, dice el Señor.” 22 De manera que el don de lenguas es para señal, no a los creyentes, sino a los que no creen; más la profecía no es para los incrédulos, sino para los creyentes. 23 Si, pues, toda la Iglesia está congregada, y todos hablan en lenguas, y entran hombres sencillos o que no creen ¿no dirán que estáis locos? 24 Si en cambio todos profetizan, y entra un incrédulo o un hombre sencillo, es por todos convencido y Juzgado por todos. 25 Los secretos de su corazón se hacen manifiestos; y así, cayendo sobre su rostro, adorará a Dios, confesando que realmente Dios está en medio de vosotros”.

EL MODO DE USAR LOS CARISMAS DE CADA UNO. **26 “¿Qué hacer, hermanos? Pues cuando os reunís, cada uno tiene un salmo, o una enseñanza, o una revelación, o don de lenguas, o interpretación. Hágase todo para edificación”.** La intervención de los fieles en la Iglesia, como se ve, era frecuentísima. El orden resultaba de la caridad del Espíritu Santo, que a todos los llenaba.

27 “Si alguno habla en lenguas, que sean dos, o cuando mucho, tres, y por turno; y que uno interprete. 28 Pero si no hay intérprete, calle en la Iglesia, y hable consigo y con Dios. 29 Cuanto a los profetas, hablen dos o tres, y los otros juzguen. 30 Mas si algo fuere revelado a otro que está sentado, cállese el primero. 31 Porque podéis profetizar todos, uno por uno, para que todos aprendan, y todos sean consolados; 32 pues los espíritus de los profetas obedecen a los profetas”. “Obedecen a los profetas”: es decir, según bien explica Santo Tomás, que los profetas no se ponen fuera de sí (como aquellos a quienes un demonio enfurece con movimientos violentos y extraordinarios para decir sus falsas revelaciones) sino que saben moderar sus transportes según las conveniencias del auditorio.

33 “puesto que Dios no es Dios de desorden, sino de paz. Como en todas las Iglesias de los santos, 34 las mujeres guarden silencio en las asambleas; porque no les compete hablar, sino estar sujetas, como también lo dice la Ley. 35 Y si desean aprender algo, pregunten a sus maridos en casa; porque es cosa indecorosa para la mujer hablar en asamblea”. ¡Cuán lejos estamos de esta normalidad! En vez de que los hombres instruyan a sus mujeres, estas suelen verse obligadas a catequizar a sus maridos. Pero el Apóstol deja firmemente constancia de que tal es el plan de Dios, para que lo conozcan

quienes busquen agradarle según Él nos enseña y no según la ocurrencia propia.

36 “¿O es que la Palabra de Dios tuvo su origen en vosotros, o ha llegado sólo a vosotros?” Grave advertencia a los predicadores para que no crean que es palabra divina toda palabra que sale de sus labios, sino que busquen su inspiración en las Palabras reveladas por Dios, aunque éstas no les conquisten el aplauso del mundo. “*Y para semejante ministerio ¿quién puede creerse capaz? Pues no somos como muchísimos que prostituyen la Palabra de Dios; sino que, con ánimo sincero, como de parte de Dios y en presencia de Dios, hablamos en Cristo*”.

37 “Si alguno piensa que es profeta o que es espiritual, reconozca que lo que os escribo es precepto del Señor. 38 Mas si alguno lo desconoce, será desconocido él. 39 Así que, hermanos míos, aspirad a la profecía, y en cuanto al hablar en lenguas. no lo impidáis. 40 Hágase, pues, todo honestamente y por orden.

E. LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS (15,1 – 58)

CAPÍTULO XV

EL HECHO DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO. En este capítulo nos ilustra San Pablo sobre lo que más nos interesa en nuestro destino eterno: el gran misterio de nuestra resurrección corporal, que es consecuencia de la de Cristo Redentor, y nos descubre arcanos de inmenso consuelo, tristemente ignorados por muchos.

1“Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os prediqué y que aceptasteis, y en el cual perseveráis, 2 y por el cual os salváis, si lo retenéis en los términos que os lo anuncié, a menos que hayáis creído en vano. 3 Porque os trasmití ante todo lo que yo mismo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; 4 y que fué sepultado; y que fué resucitado al tercer día, conforme a las Escrituras; 5 y que se apareció a Cefas, y después a los Doce”. De esta aparición de Jesús a Cefas nos habla San Lucas (24, 34): “*los cuales dijeron: Realmente resucitó el Señor y se ha aparecido a Simón*”. San Pablo recibió su Evangelio de boca del mismo Jesús, y no por otros conductos: “*Pablo, apóstol -no de pan de hombres, ni por mediación de hombre alguno, sino por Jesucristo, y por Dios Padre que levantó a Él de entre los Muertos-*” (Gálatas 1, 1). Por eso su testimonio sobre la Resurrección vale tanto como el de los demás apóstoles.

6 Lugo fué visto por más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales la mayor parte viven hasta ahora; más algunos murieron ya. 7 Posteriormente se apareció a Santiago, y luego a todos los apóstoles. 8 Y al último de todos, como al abortivo, se me apareció también a mí. 9 Porque yo soy el ínfimo de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, pues perseguí a la Iglesia de Dios. 10 Mas por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia que me dió no resultó estéril, antes bien he trabajado más copiosamente que todos ellos; bien que no yo, sino la gracia de Dios conmigo”. Santo Tomás nos explica los efectos de la gracia empleando la imagen del hierro: de sí rudo, frío e informe, se vuelve ardiente, luminoso, flexible, cuando se lo coloca en el fuego y éste lo penetra. La gracia es el fuego que nos transforma.

11 “Sea, pues, yo, o sean ellos, así predicamos, y así creísteis”.

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO ES PRENDA DE LA NUESTRA. 12 “Ahora bien, si se predica a Cristo como resucitado de entre los muertos ¿cómo es que algunos dicen entre vosotros que no hay resurrección de muertos?” El siguiente párrafo quiere decir que, en Cristo Jesús, Él y los fieles son un mismo cuerpo místico, cuyos miembros participan del destino de la Cabeza. Niegan, pues, su propia resurrección quienes no creen en la del Señor.

13 “Si es así que no hay resurrección de muertos, tampoco ha resucitado Cristo. 14 Y si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe. 15 Y entonces somos también hallados falsos testigos de Dios, por cuanto atestiguamos contrariamente a Dios que Él resucitó a Cristo, a quien no resucitó, si es así que los muertos no resucitan. 16 Porque si los muertos no resucitan, tampoco ha resucitado Cristo; 17 y si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe; aun estáis en vuestros pecados. 18 Por consiguiente, también los que ya murieron en Cristo, se perdieron. 19 Si solamente para esta vida tenemos esperanza en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres. 20 Más ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicia de los que durmieron. 21 Puesto que por un hombre vino la muerte, por un hombre viene también la resurrección de los muertos”. Ese segundo hombre es Cristo. Nuestro Señor Jesucristo, dice San Ambrosio, es la vida en todo; su divinidad es la vida, su eternidad es la vida su carne es la vida, y su pasión es la vida... Su muerte es la vida, sus heridas son la vida, y su resurrección es también la vida del Universo.

22 “Porque como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. 23 Pero cada uno por su orden: como primicia Cristo; luego los de Cristo en su Parusía”; San Pablo toca el gran misterio de la Parusía o segunda venida del Señor, objeto de nuestra esperanza. Hay quien traduce: “Los que serán de Cristo en el momento de su venida”. El Apóstol revela aquí

un nuevo rasgo de la Escatología que se refiere a la resurrección. Muchos expositores antiguos y también muchos modernos niegan el sentido cronológico de las palabras “*primicia*”, “*luego*” y “*después*”. Según ellos no se trataría de una sucesión sino de una diferencia en la dignidad: los de Cristo alcanzarían más felicidad que los otros. Por su parte San Crisóstomo, Teofilacto, y otros Padres interpretan que los justos resucitarán en el gran “*día del Señor*” antes que los réprobos en cuyo juicio participarán con Cristo. Cornelio a Lapide sostiene también el sentido literal y temporal: “*Cristo el primero, según el tiempo como según la dignidad; después los justos, y finalmente la consumación del siglo*”. También San Jerónimo admite que este capítulo se refiere exclusivamente a la resurrección de los justos.

24 “después el fin, cuando Él entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya derribado todo principado y toda potestad y todo poder. 25 Porque es necesario que Él reine hasta que ponga a todos los enemigos bajo sus pies”. Después de haber triunfado completamente de todos sus enemigos, Jesucristo cambiará esta manera de reinar, en otra más sublime y más espiritual (S. Tomás). De la misma manera el Salmo 109 nos lo dice en el versículo 1: “*Siéntate a mi diestra, hasta que Yo haga de tus enemigos el escabel de tus pies*”. Este Salmo, es según Vaccari, “el más célebre de todo el Salterio”, goza del privilegio de haber sido interpretado por Jesús mismo: “*Estando aún reunidos los fariseos, Jesús les propuso esta cuestión: “¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?” Dijéronle “de David”. Replicó Él: “¿Cómo, entonces, David (inspirado), por el Espíritu, lo llama “Señor”, cuando dice: “El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos bajo tus pies?” Si David lo llama “Señor”, ¿cómo es su hijo? “Y nadie pudo responderle nada, y desde ese día nadie osó más proponerle cuestiones” (Mateo 22, 41-46).* Después de señalar allí como autor a David, de modo que nadie pudiese negarlo el Señor prueba con él a los judíos la divinidad de su Persona. Prueba también que el Padre le reservaba el asiento a su diestra glorificándolo como Hombre -según dice el Credo: “*Subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre*”- y destaca sus derechos como Mesías Rey, que Israel desconoció cuando El vino y “*los suyos no lo recibieron*” (Juan 1, 11. Estos derechos los ejercerá cuando el Padre le ponga a todos sus enemigos bajo sus pies para “*reunirlo todo en Cristo, las cosas del cielo y las de la tierra*” (Efesios 1, 10) y someterlo todo a Él, en el día de su glorificación final, porque “*al presente no vemos todavía sujetas a Él todas las cosas*” (Hebreos 2, 8). No hay pasaje, en todo el Antiguo Testamento que no sea tan citado en el Nuevo como este Salmo, y San Pablo no se cansa de citarlo como mesiánico en diferentes citas, porque el Mesías es aquí proclamado Hijo de Dios, Rey futuro y Sacerdote para siempre. Para cada una de estas proclamaciones habla solemnemente Dios en Persona, es decir, el Padre, tres veces sucesivas. En lo restante es David quien confirma la profecía

explicando su sentido. “A mi Señor”: A Cristo, al cual David llama proféticamente mi Señor como a Hijo de Dios. Vano parece detenerse a mostrar que esto no pudo dirigirse a Salomón, ni siquiera como “tipo” de Cristo, pues aquel “rey pacífico” nunca se pareció en nada al formidable Guerrero que aquí vemos. “Siéntate a mi diestra”: Que esto no se refiere al Verbo eterno antes de su Encarnación, sino a Cristo después de su Ascensión, como consta de muchos textos. Sentarlo a su diestra como Hombre, equivale a otorgar a su Humanidad santísima la misma gloria que como Verbo tuvo eternamente y que Él había pedido en Juan 17,5: “*Y ahora Tú, Padre, glorifícame a Mí junto a Ti mismo, con aquella gloria que en Ti tuve antes que el mundo existiese*”. “Que ponga a tus enemigos bajo tus pies”, esto es, hasta que llegue la hora en que el Padre se disponga a decretar el triunfo definitivo del divino Hijo que en su primera venida fué humillado. Equivale al otro artículo del Credo, según el cual desde la diestra del Padre “*vendrá otra vez con gloria a juzgar a vivos y a muertos y su reinado no tendrá fin*”.

26 “El último enemigo destruido será la muerte”. Como nos explicará en los versículos Véase 51-55.

27 “Porque “todas las cosas las sometió bajo sus pies”. Mas cuando dice que todas las cosas están sometidas, claro es que queda exceptuado Aquél que se las sometió todas a Él. 28 Y cuando le hayan sido sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo también se someterá al que le sometió todas las cosas, para que Dios sea todo en todo”.

¿QUÉ SERIA SI NO HUBIERA RESURRECCIÓN? **29 “De no ser así ¿qué hacen los que se bautizan por los muertos? Si los muertos de ninguna manera resucitan ¿por qué pues se bautizan por ellos?”** De aquí se deduce que algunos corintios se bautizaban en lugar de los difuntos que no habían recibido el Bautismo. El Apóstol no dice que apruebe tal cosa, antes señala lo absurdo de practicarla si no se cree en la resurrección.

30 “¿Y por qué nosotros mismos nos exponemos a peligros a toda hora? 31 En cuanto, a mí, cada día me expongo a la muerte, y os aseguro, hermanos, que es por la gloria que a causa de vosotros tengo en Cristo Jesús, Señor nuestro. 32 Si por solos motivos humanos luché yo con las fieras en Éfeso ¿de qué me sirve? Si los muertos no resucitan “¿comamos y bebamos! que mañana morimos”. 33 Mas no os dejéis seducir: malas compañías corrompen buenas costumbres. 34 Reaccionad con rectitud y no pequéis; porque -lo digo para vergüenza vuestra- a algunos les falta conocimiento de Dios”.

NATURALEZA DE LOS CUERPOS RESUCITADOS. 35 ***“Pero alguien dirá: ¿Cómo resucitan los muertos? y ¿con qué cuerpo vienen? 36 ¡Oh ignorante! Lo que tú siembras no es vivificado si no muere”***. Con imágenes tomadas de la naturaleza explaya San Pablo, en lo que sigue, la doctrina de la resurrección del cuerpo, explicando a la vez la glorificación del cuerpo mediante la vida que hemos recibido de Cristo.

37 “Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de ser, sino un simple grano, como por ejemplo de trigo, o algún otro. 38 Mas Dios le da un cuerpo, así como Él quiso, y a cada semilla cuerpo propio. 39 No toda carne es la misma carne, sino que una es de hombres, otra de ganados, otra de volátiles y otra de peces. 40 Hay también cuerpos celestes y cuerpos terrestres; pero, uno es el esplendor de los celestes, y otro el de los terrestres. 41 Uno es el esplendor del sol, otro el esplendor de la luna, y otro el esplendor de las estrellas; pues en esplendor se diferencia estrella de estrella”. Esta diferencia entre los destinos de las almas no significa que cada persona tenga su religión, como si adorase a distinto Dios, pero sí que cada uno tiene su religiosidad, es decir, su espiritualidad característica. Algunos oscilan entre la superstición y la fe, según el grado de conocimiento que tienen de Dios. Jesús nos muestra muchas veces estas diferencias, presentándonos tipos de esa distinta religiosidad y señalándonos cuál es la mejor, principalmente en el caso de Marta y María (Lucas 10, 38 ss). También podemos verlo en los paralelos que Él hace del fariseo con el publicano (Lucas 18, 9 y ss.): de los dos hermanos (Mateo 21, 28 ss); de la pecadora con el fariseo (Lucas 7, 36-47) y hasta de Sodoma y Gomorra o de las ciudades paganas de Tiro y Sidón, con las ciudades elegidas de Betsaida y Cafarnaúm (Mateo 11, 21 ss.) y aún de los publicanos y las rameras, mejores que los orgullosos maestros y dignatarios de la Sinagoga (Mateo 21, 31 s.), que se habían apoderado de la llave del conocimiento de Dios que está en las Escrituras, sin explicar a los demás su sentido (Lucas 11, 52).

42 “Así sucede también en la resurrección de los muertos. Sembrado corruptible, es resucitado incorruptible; 43 sembrado en ignominia, resucita en gloria; sembrado en debilidad, resucita en poder”; Destaca el Apóstol las cualidades de incorruptibilidad, inmortalidad y espiritualidad o sutileza de los cuerpos glorificados, y nos revela que nuestro cuerpo así transformado tendrá un esplendor semejante al del mismo Cristo glorioso. Tal y como nos dice en Filipenses 3, 20: ***“En cambio la ciudadanía nuestra es en los cielos, de donde también, como Salvador, estamos aguardando al Señor Jesucristo; el cual vendrá a transformar el cuerpo de la humillación nuestra conforme al cuerpo de la gloria Suya, en virtud del poder de Aquel que es capaz para someterle a Él mismo todas las cosas”***. “La ciudadanía nuestra”: Nuestra patria o morada

donde habitamos espiritualmente. “Como Salvador”: *“Más cuando estas cosas comiencen a ocurrir, erguíos y levantad la cabeza, porque vuestra redención se acerca”*. Esta recomendación del divino Salvador, añadida a sus insistentes exhortaciones a la vigilancia, muestra que la prudencia cristiana no está en desentenderse de estos grandes misterios, sino en prestar la debida atención a las señales que Él bondadosamente nos anticipa, tanto más cuanto que el supremo acontecimiento puede sorprendernos en un instante, menos previsible que el momento de la muerte. “Vuestra redención”: así llama Jesús al ansiado día de la resurrección corporal, en que se consumará la plenitud de nuestro destino. San Pablo la llama la redención de nuestros cuerpos: *“asimismo nosotros, los que tenemos las primicias del Espíritu, también gemimos en nuestro interior, aguardando la filiación, la redención de nuestro cuerpo”* (Romanos 8, 23). Aquí se nos llama la atención sobre la maravillosa gloria de esta Resurrección que nos traerá Jesús, mostrándonos que la plenitud de nuestro destino eterno no se realiza con el premio que el alma recibe en la hora de la muerte. Estamos aguardando al Señor: Es la inscripción que se lee en el frontispicio interior del cementerio del Norte de Buenos Aires, como palabra de dichosa esperanza puesta en boca de los muertos.

44 “sembrado cuerpo natural, resucita cuerpo espiritual; pues si hay cuerpo natural, lo hay también espiritual; 45 como está escrito: “El primer hombre, Adán, fué hecho alma viviente”, el postrer Adán, espíritu vivificante. 46 Mas no fué antes lo espiritual, sino lo natural, y después lo espiritual. 47 El primer hombre, hecho de tierra, es terrenal; el segundo hombre viene del cielo. “Mirabilis reformasti”, se dice en la Misa Tridentina. Cristo no sólo nos volvió, con su Redención, a la imagen y semejanza divinas en que fuimos creados y que perdimos por el pecado, sino que nos elevó más alto, hasta hacernos como Él, verdaderos hijos de Dios, si creemos en su nombre: *“Pero a todos los que lo recibieron, les dió el poder de llegar a ser hijos de Dios: a los que creen en su nombre”* (Juan 1, 12). “hijos de Dios”: “El misericordiosísimo Dios de tal modo amó al mundo, que dió a su Hijo Unigénito; y el Verbo del Padre Eterno, con aquel mismo único amor divino, asumió de la descendencia de Adán la naturaleza humana, pero inocente y exenta de toda mancha, para que del nuevo y celestial Adán se derivase la gracia del Espíritu Santo a todos los hijos del primer padre” (Pío XII, Encíclica sobre el Cuerpo Místico).

48 “Cual es el terrenal, tales son los terrenales; y cual el celestial, tales serán los celestiales. 49 Y así como hemos llevado la imagen del hombre terrenal, llevaremos la imagen del celestial”.

MISTERIO CONSOLADOR. 50 *“Lo que digo, hermanos, es, pues, esto: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción puede poseer la incorruptibilidad. 51 “He aquí que os digo un misterio: No todos moriremos, pero todos seremos transformados”* “No todos moriremos, pero todos seremos transformados”: Esta verdad expresa San Pablo también en la primera carta a los tesalonicenses (4, 17): *“Después, nosotros los vivientes que quedemos, seremos arrebatados juntamente con ellos en nubes hacia el aire al encuentro del Señor; y así estaremos siempre con el Señor”*. San Agustín y San Jerónimo siguen esta interpretación, según la cual se librarán de la muerte los amigos de Cristo que vivan en el día de su segunda venida. Así lo indica también Santo Tomás y muchos teólogos modernos.

52 *“en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la trompeta final; porque sonará la trompeta y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados”*. A los primeros cristianos, más que a nosotros, les preocupaba la segunda venida de Cristo, especialmente en cuanto a la suerte de los muertos. Creían que éstos, tal vez, fueran remitidos al último lugar en la resurrección o que la resurrección ya había pasado: *“Evita las vanas palabras profanas; sólo servirán para mayor impiedad, y su palabra cundirá cual gangrena. De los tales son Himeneo y Fileto, que aberrando de la verdad dicen que la resurrección ya ha sucedido y subvierten así la fe de algunos”* (II Timoteo 2, 16-18). Alude a la doctrina de los falsos doctores, dos de los cuales, Himeneo y Fileto, son mencionados nominalmente. Enseñaban que la resurrección ya pasó. No se trata, pues, de la negación de la resurrección, sino de la inversión de su fecha, con lo cual se arrebatava a los cristianos su más cara esperanza. Según la doctrina de San Pablo, los que son de Cristo, los santos, tienen preferencia en el día de la resurrección, y juzgarán con Cristo al mundo y hasta a los ángeles. Por lo cual los cristianos debemos aguardar con paciencia su venida. Himeneo y Fileto negaban esa esperanza y parece que “la reducían a la resurrección espiritual de la muerte del pecado a la vida de la gracia, en tanto que San Pablo, especialmente en esta carta, defiende el carácter futuro y real de semejante privilegio. Acerca del éxito obtenido ya entonces por esos “hombres de mentira”, anota sabiamente Fillion: *“El espíritu humano es tan fácil de extraviar, que basta enseñar un error, para que en seguida halle adherentes.”* San Pablo insiste en que de ninguna manera hemos de angustiarnos: ellos resucitarán los primeros, y los otros justos que estén vivos serán arrebatados al encuentro de Cristo en el aire. *“No queremos, hermanos, que estéis en ignorancia acerca de los que duermen, para que no os contristéis como los demás, que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también (creemos que) Dios llevará con Jesús a los que durmieron en Él. Pues esto os decimos con palabras del Señor; que nosotros, los vivientes que quedemos hasta la Parusía del Señor, no nos adelantaremos a los que durmieron. Porque el mismo Señor, dada la señal,*

descenderá del cielo, a la voz del arcángel y al son de la trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Después, nosotros los vivientes que quedemos, seremos arrebatados juntamente con ellos en nubes hacia el aire al encuentro del Señor; y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras” (I Tesalonicenses 4, 13-18).

53 *“Pues es necesario que esto corruptible se vista de incorruptibilidad, y esto mortal se vista de inmortalidad”*. O sea, la resurrección gloriosa de los muertos y la transformación de los vivos. Recordemos las palabras de Jesús en Juan 11,25-26: *“Yo soy la resurrección y la vida; quien cree ‘en Mí, aunque muera, revivirá. 26Y todo viviente y creyente en Mí, no morirá jamás”*.

DEMOS GRACIAS A CRISTO POR SU TRIUNFO SOBRE LA MUERTE.

54 *“Cuando esto corruptible se haya vestido de incorruptibilidad, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: “La muerte es engullida en la victoria”. “La muerte es engullida en la victoria”*: Esta cita suele atribuirse a Oseas 13, 14, que alude al mismo misterio: *“Efraím ha provocado a su Señor con amargos pecados; por lo cual hará caer sobre él la sangre derramada, y le dará la paga por sus ultrajes”*. En realidad, corresponde a Isaías 25, 8, que dice *“destruirá la muerte para siempre”*.

55 *“¿Dónde quedó, oh muerte, tu victoria? ¿dónde, oh muerte, tu aguijón?”* Es decir: tu victoria sobre los que ya mataste, y tu aguijón para seguir matando en adelante. Así se entiende lo que dijo en el versículo 26.

56 *“El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado es la Ley”*. Es decir: *“en cuanto el pecado se aumentó por la Ley y así alcanzó el máximo de su poder”* (Santo Tomás).

57 *“¡Gracias sean dadas a Dios que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo! 58 Así que, amados hermanos míos, estad firmes, incommovibles, abundando siempre en la obra del Señor, sabiendo que vuestra fatiga no es vana en el Señor”*.

EPILOGO (16,1- 24)

CAPÍTULO XVI

ACERCA DE LA COLECTA. **1** *“En cuanto a la colecta para los santos, según he ordenado a las Iglesias de Galacia, haced también vosotros”*. Los santos o cristianos a que se refiere el Apóstol, son los pobres de la Iglesia de Jerusalén.

2 “El primer día de la semana, cada uno de vosotros ponga aparte para sí lo que sea de su agrado, reservándolo, no sea que cuando llegue yo, se hagan entonces las colectas”. Como se ve, ya los primeros cristianos santificaban el primer día de la semana, o sea, el domingo, sustituyéndolo al sábado del Antiguo Testamento. Tal y como se expresa en Juan 20,1: *“El primer día de la semana, de madrugada, siendo todavía oscuro, María Magdalena llegó al sepulcro; y vió quitada la losa sepulcral”*. Era el domingo de la Resurrección, que desde entonces sustituyó para los cristianos al sábado, día santo del Antiguo Testamento

3 “Y cuando yo haya llegado, a aquellos que vosotros tuviereis a bien, los enviaré con cartas, para que lleven vuestro don a Jerusalén; 4 y si conviene que vaya también yo, irán conmigo”.

PLANES DE VIAJE. **5 “Iré a veros después de recorrer la Macedonia; pues por Macedonia tengo que pasar. 6 Y puede ser que me detenga entre vosotros y aun pase el invierno; para que me despedáis a dondequiera que vaya”.**6. El Apóstol pasó el invierno en Corinto donde escribió la epístola a los Romanos en el invierno del año 57-58.

7 “Porque esta vez no quiero veros de paso, y espero permanecer algún tiempo entre vosotros, si el Señor lo permite. 8 Me quedaré en Éfeso hasta Pentecostés; 9 porque se me ha abierto una puerta grande y eficaz, y los adversarios son muchos. 10 Si Timoteo llega, mirad que esté entre vosotros sin timidez, ya que él hace la obra del Señor lo mismo que yo. 11 Que nadie, pues, le menosprecie; despedidle en paz para que venga a mí, porque le estoy esperando con los hermanos. 12 En cuanto al hermano Apolo, mucho le encarecí que fuese a vosotros con los hermanos, mas no tuvo voluntad alguna de ir ahora; irá cuando tenga oportunidad”.

EXHORTACIONES y SALUDOS. **13 “Velad; estad firmes en la fe; portaos varonilmente; confortaos. 14 Todas vuestras cosas se hagan con amor. 15 Os exhorto, hermanos -porque conocéis la casa de Estéfanos, que es primicias de Acaya y que se han consagrado al servicio de los santos-”.** Estéfanos, Fortunato y Acaico eran los mensajeros enviados por los corintios a San Pablo.

16 “que también vosotros os pongáis a disposición de ellos y de todo el que colabore y se afane. 17 Me regocijo de la llegada de Estéfanos, Fortunato y Acaico; porque ellos han suplido vuestra falta, 18 recreando mi espíritu y el vuestro. Estimádselo, pues, a hombres como ellos”. 19 Os saludan las Iglesias de Asia. Os mandan muchos saludos en el Señor, Aquila y Prisca,

junto con la Iglesia que está en su casa". Aquila y Priscila le habían dado hospedaje en Corinto y están ahora con él en Éfeso. "Aquila y Priscila", sobre estos cónyuges ejemplares nos dan noticia los Hechos en 18, 1-2: "*Después de esto, Pablo partió de Atenas y se fué a Corinto, donde encontró a un judío, llamado Aquila, natural del Ponto, que poco antes había venido de Italia, con Priscila, su mujer, porque Claudio había ordenado que todos los judíos saliesen de Roma*".

20 "Os saludan todos los hermanos. Saludaos unos a otros en ósculo santo. 21Va la salutación de mi propio puño: Pablo". La firma de propio puño era sello de autenticidad como vemos en II Tesalonicenses 3,17: "*La salutación va de mi propia mano, Pablo, que es la señal en todas las epístolas*".

22 "Si alguno no ama al Señor, sea anatema. ¡Maran-atha!" "Maran-atha", palabras arameas que significan: Nuestro Señor viene. Así se saludaban los primeros cristianos para prepararse a la segunda venida del Señor ("Ven, Señor Jesús."). Según la Doctrina de los Apóstoles esta palabra formaba parte del rito de la Eucaristía. El escritor judío Klausner ha hecho la siguiente observación a este respecto: "Para los primeros cristianos esta parusía de Jesús y su palabra de saludo era Marana tha (¡Ven, Señor nuestro!), y no Maran atha (Nuestro Señor ha venido)."

23 "La gracia del Señor Jesús sea con vosotros. 24Mi amor está con todos vosotros, en Cristo Jesús".